This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Spear 6074.2.31

HARVARD COLLEGE LIBRARY

FROM THE LIBRARY OF

GEORGE EDWARD RICHARDS

A.B. 1867, M.D. 1883

THE GIFT OF
ANNA M. RICHARDS
1919

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Span 6074.2.31

FACUNDO DORADO

RENACIMIENTO

NOVELA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE R. ÁLVAREZ
Á CARGO DE ARTURO MENÉNDEZ

1906

Digitized by Google

Digitized by Google

RENACIMIENTO

Digitized by Google

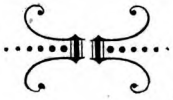
Digitized by Google

RENACIMIENTO

NOVELA

POR

FACUNDO DORADO



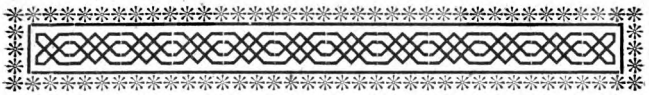
MADRID, 1906
BLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE R. ÁLVAREZ
Á CARGO DE ARTURO MENÉNDEZ
15, Ronda de Atocha, 15.
Teléfono 809.

Digitized by Google

Span 6074.2.31
HARVARD COLLEGE LIBRARY
THE GIFT OF
MRS. GEORGE E. RICHARDS
NOV. 1, 1919.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Digitized by Google



CAPÍTULO PRIMERO

"¡Cuál gritan esos malditos!...,,

ERA la mañana del 2 de Mayo. Magdalena, que diez y ocho primaveras tenía, cosiendo estuvo toda la noche con el fin de acabar la tarea que sacó del taller, y pálida por la vigilia se asomó á la ventana de su cuarto, al que se llegaba subiendo la friolera de cien escalones.

El lindo rostro de la obrera, fatigado por el insomnio, halló suave marco en las flores de los tiestos, cuidados con cariñosa solicitud, y tras de algunos mimos al canario, que la saludaba como á la aurora, miró al cielo, iluminado con las primeras luces del alba, que parecían aproximarse tímidamente á las estrellas para borrarlas con un beso.

na madrileña de pura raza. Tenía como lí-
el mundo, bien precisos y determinados,
toda vaguedad de misterio, la pradera de

Digitized by Google

San Isidro, las ventas del Espíritu Santo, los Cuatro Caminos, el Puente de Vallecas y los Viveros. Siempre había en sus labios la canción popular más aplaudida del género chico, el *timo* de moda, y ella estaba al tanto de la vida de Madrid, pues contaba, entre otras callejeras, con la información de un periódico, cuyas secciones de noticias y espectáculos leía asiduamente. Bajo una envoltura de descoco, debido al contacto de la villa, conservaba en el fondo de su ser, en lo más íntimo, por una especie de acordonamiento secular, algo de sencilla y primitiva rudeza inalterable.

Tiempo es de decir que también la hermosura de la joven era madrileña. Sus facciones no tenían perfección estatuaria, mas convenía tomar precauciones para el análisis, pues el conjunto del rostro encantador mareaba, serpeando la gracia luminosa, como divino don, por el cuerpo menudo, flexible y gentil, que parece sin peso al ver el garbo de su andar; por la tez pálida mate; por los labios gruesos y rojos, como si eternamente brindasen las cerezas de que habla Víctor Hugo; por la naricilla maliciosa y el pelo moreno, con tonos bronceados, y por aquellos ojos, sobre todo por los ojos, grandes, rasgados y negros, donde estaban la vida y hasta el lenguaje de Magdalena.

Saliendo al fin de su contemplación se retiró de la ventana y comenzó el atavío de su per quien profesaba culto ferviente.

Se adormecía mirándose al espejo. Se pa

Digitized by Google

horas muertas acicalándose, peinándose el abundoso cabello, que sus dos manitas de obrera, algo ordinarias, apenas podían abarcar, cuando no era la peinadora quien atendía al complicado artificio.

Hija del pueblo, sus pasiones eran su ley. Sabía sentir, sabía amar, y eso, á su juicio, la bastaba. Su padre murió cuando ella era muy niña, y su madre, con mil apuros, pudo sacarla adelante. Los convencionalismos arraigaron poco en su espíritu. Ella ignoraba la razón de las desigualdades sociales; sólo sufría, y á veces horriblemente, su peso.

Caritativa y alegre, poseía para el dolor y las amarguras una estoica pasividad. No ignoraba que había maldades y corazones corrompidos, pero de oídas, como los cuentos de brujas y trasgos. Tampoco su inocencia virginal era ignorante; en el obrador aprendió mucho y estaba pronta á soltar una fresca al lucero del alba y á escupir ante cualquier intruso el comentario que diz pusiera una maja, su ascendiente, á un bando de los invasores. En cambio, se humillaría al hombre amado, hasta el punto de poder hacer suyas, para repetirlas de verdad, las palabras de Clitemnestra á Agamenón en la tragedia de Esquilo: «Para los demás, fiera; para ti, perra.»

Se oyó estrepitoso ruido de pisadas, mezclado
isas, y después llamaron violentamente á la
a. Magdalena de un brinco fué á abrirla de
en par, y en el mezquino cuarto hubo como

Digitized by Google

una irrupción. Entraron seis, tres muchachas y tres mozos con pinta de estudiantes. Las mujeres se besaron, los hombres dieron la mano á Magdalena, y á poco, restableciéndose un tanto el orden y obedientes á una ley de atracción, se fueron formando parejas.

La de nuestra heroína se llamaba Enrique. Hijo de viuda rica, muy mal criado, era un señorito chulo, Tenorio injerto en chispero de sainete, desmirriado, con expresión de vejez, producto híbrido especial de nuestra cultura.

—¿Y Pepe?—preguntó Magdalena.

—Se queda abajo.

—¿Por qué no ha subido?

—Niña, os olvidáis de su panza.

Esto dijo uno de los visitantes, de nombre Eugenio. Un tronera, según *vox populi*.

—Cuidado, cuidado—dijo uno—que aquí está Pepa.

—¡Ah, sí! La Pe... pa, la no... via de Pe... pe—repuso Eugenio, recalcando las sílabas.

—¡Gracioso!

Hombres y mujeres empezaron á dar señales de impaciencia.

—Vamos, prontito.

—Pero, hija, ¿todavía estás así?

—Date prisa, calmosa.

—Estoy en seguida—replicó Magdalena, y en en su alcoba.

—¿Pero queréis bajar?—gritó una voz tonan

Digitized by Google

—Allá vamos, Pepe—contestó Eugenio, asomándose á la escalera, seguido de los demás.

Comenzó un tiroteo, en que las frases eran los proyectiles.

—Siéntate, mastodonte—, chillaba Eugenio.

Un hombre de imponente estatura, casi harapiento, se adelantó por el pasillo. Cesaron las conversaciones de los jóvenes, que se pusieron á mirar con atención al desconocido, el cual se destacaba en la luz indecisa del lugar con fantásticos contornos de sueño, casi velado el rostro por su barba y su cabellera, de un tono claro, descuidadas y abundantes.

Era el ex cura don Salvador. Mucho tiempo con sus extravagancias fué piedra de escándalo, y no paró ahí. Con ser tan graves sus manías, que le pusieron en evidencia, casi hasta correrle por la calle los chicos, no eran nada y se le podían perdonar comparadas con sus heréticos atrevimientos. En más de un caso hizo el púlpito tribuna de club. Cuajaba el templo de gente baldía, nada pulcra ni de fiar, de trazas y hablar tormentosos. Tuvo más de un pique con los sacristanes, inmunes de la *chifladura* del clérigo, y aun osó pretender que las puertas no se cerrasen y entraran los que dormían en los escalones á la intemperie. Por último, á fuerza de dar cuanto poseía, de armar zalagardas en [illegible] con sus predicaciones al raso, terminadas [illegible] en la delegación, tuvo él mismo, falto de [illegible]e pernoctar en la iglesia. Sus hábitos eran

Digitized by Google

una pura lástima é indecorosos. Gran tolerancia se guardó con aquel perturbado, al cual, gracias á que llegó á tener *cosas*, se le perdonaron muchas. Era irrespetúoso y desconocía la santa obediencia. Los consejos, las amonestaciones, los castigos, no le importaban. Voces clamantes en la soledad. A mayores iba la locura y llegó el día, uno muy solemne (oficiaba el obispo y las naves, llenas de público, resplandecían), en que frenético y descomunal, excitado por la lectura del Evangelio, cuando lo de Jésús y los mercaderes, empezó á llover palos sobre la concurrencia. Fué el colmo. Ni quiso comparecer á los llamamientos en forma de su prelado y se encontró un día con que el expulso del templo era él. Retiradas las licencias, excomulgado, comenzó la vida triste de los de su clase, remedo en nuestra edad de los apestados de otros tiempos.

Aquel hombre, en cuyo ministerio cifraron sus padres humildes la nobleza de la casa, por la cual impusiéronse sacrificios; que logró al fin, tras el trabajo de muchos años y de constancia, sostenida por un espíritu místico, sobrepujar las dificultades de la pobreza y se creyó asistido de los propios ángeles al consagrar, misacantano, por vez primera ante sus padres, llorosos de emoción; que ardiente, consumido en llama voraz, domándose, lleno de caridad que le arrebataba, quiso ser modelo de sacerdotes y pecó de pensamiento con la van
subir á los altares; que sufrió privaciones y
guras y humillación, cuando fué apartado d

Digitized by Google

munión de los fieles y se vió réprobo el que soñaba con la gloria de los santos, se hundió más en su demencia, á ratos sombría y acometedora, y rechazado del mundo puede decirse, sin medios ni ganas de curarse para volver al redil, en pleno ambiente de miseria, vivió entre los miserables, repartiendo los tesoros de su espíritu, todo su haber, pretendiendo con fe y amor hacer milagros en los cuerpos y las almas, no queriendo más que el pan de cada día, lo preciso, que buenos corazones le daban, y alguna vez que se les olvidó, el infeliz no tuvo albergue y pidió limosna.

Extrañándose Pepe del repentino silencio de los de arriba, repitió:

—¿Pero queréis bajar?

Los jóvenes recobraron su alborozo, y la figura austera que descendía con lentitud se halló entre dos corrientes de loco placer.

Todos gritaban á una, se increpaban, reían, y Eugenio, para coronar la fiesta y vaciado de palabras, comenzó á remedar el canto del gallo.

Una vieja asomóse á una de las puertas refunfuñando:

—¡Vaya unas horas de meter ruido! Bien podían ustedes tener un poco de consideración.

Aquello fué un trasunto de las noches del Sábado. Maullidos, chasquidos, gritos, silbidos suaves de lechuza, risas y el canto del gallo que sin interrupción remedaba Eugenio, se mezclaron al ruido del portazo y á las frases coléricas de la

Digitized by Google

vieja, que volvió á encerrarse, contribuyendo á la algazara el desaforado gritar de Pepe, muy creído de que el barullo era en su honor.

Al volver en busca de Magdalena vieron en el dintel de una de las habitaciones, levantando pobre cortina de percal, á una mujer aviejada, débil, angulosa, enfermiza, lámpara casi rota, sosteniendo una luz brillante que se escapaba por los ojos, ojos serenos, que con la placidez de la fisonomía y los suaves cabellos blancos borraban la impresión triste de la vejez y la hacían venerable.

—Buenos días, señora Pepa—gritaron todos.

—Buenos días, hijos míos—respondió.

—¿Cómo estás, mamá?

—He pasado la noche más tranquila—y observando la afectuosa solicitud con que á ella se acercaba Enrique, le tendió la mano, la apretó cuanto pudo y le miró con una mirada de suprema angustia. Era que sintiéndose tirar hacia abajo, le encomendaba el ser hermoso que la pobre madre adoraba como la hostia viva de la religión del amor.

Un rayo de sol penetró en el cuarto. Era pequeño, de paredes blancas, de techo en declive. Había cuatro puertas: una, la de entrada, enfrente del tragaluz del tejado; otra en la pared de la izquierda, acceso á la cocina; dos á la derecha, correspondientes á los dormitorios, y entre ambas, parte principal del ajuar humilde, una cómoda a
y sobre ella tazas boca abajo en sus platillo
sos, dos conteniendo rosas frescas, un niño

Digitized by Google

dentro de un fanal, varias chucherías y acericos con alfileres. Un espejo de negro marco se inclinaba sobre la cómoda, y bajo él colgaban seis ó siete fotografías, ocupando el sitio de honor la de un obrero joven, el padre de Magdalena.

—¿Pero queréis bajar?—interrogó de nuevo el vozarrón.

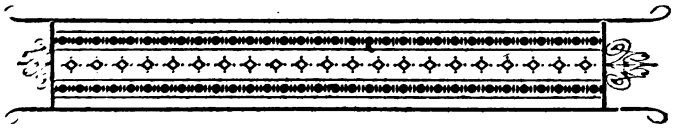
Fué la pregunta de una virtud prodigiosa. Los hombres se dirigieron á la puerta, ellas corrieron en montón delante del espejo para arreglar ese último detalle del tocado que nunca se arregla, que tiene la culpa de que no parezcan todo lo bonitas que quieren. La impaciencia de los galanes llegaba al límite, contagiando á sus novias, quienes, sin conseguir arreglar el último detalle, comenzaron á importunar á la madre de Magdalena, pues con calma desesperadora no concluía de perfilarla. Magdalena logró escaparse.

—¡Adiós, mamá!

—¡Adiós, señora Josefa!—fué la despedida.

—Adiós, hijos, que os divirtais—decía la buena mujer asomada al hueco de la escalera, por la cual, metiendo más bulla que un ejército, riente y bulliciosa, bajaba aquella oleada de juventud á los valles de la vida.

Digitized by Google



CAPÍTULO II

"Allá va la nave...,,

El sol se había enseñoreado del cielo cuando las alegres parejas pisaron la calle, una de las que desembocan en la de Atocha.

El gordo Pepe (don José de Sandoval y de Cuatro Molinos) poseía, además de la cara más bonachona, colorada y sudorosa de ordinario, un excelente buen humor, inalterable, de hombre satisfecho. No podían á su lado parar las penas, porque las aventaba su típica risa estrepitosa.

Al ver á los que esperaba cruzó las manos sobre el vientre y meneó la cabeza. Cortaron sus reproches palmaditas de las muchachas en los mofletes, y ya desarmado, brindó galantemente sus dos brazos, cogidos al punto, saludó cortesmente á la portera, que había simpatizado con aquel señor amable, y se dirigieron todos hacia el Retiro.

Digitized by Google

Dudaron en la Puerta de Atocha si seguir en derechura hacia el Angel Caído, decidiendo subir por el Prado.

Pasaron junto al Obelisco, á cuya verja se agolpaban madrugadores para oir misa, y sin detenerse, como multitud de personas más, en el Parque se metieron por la Puerta de España.

¡Hermoso jardín, que nos prestas lo más grato, el solaz, y lo más divino, el sueño; el de árboles, cuyos troncos nos son tan conocidos como caras amigas; el de calles enarenadas, por donde hemos paseado nuestra dicha ó nuestras ilusiones; el de fuentes próvidas, que fueron como Castalias para nuestros poetas del siglo de oro; el de estanques, á cuyo alrededor mariposean los niños; vergel lleno de la gloria de la primavera, á la que unge santamente el perfume de las acacias, eres digno de recibir al amor!

Bonitas obreras formaban el núcleo del escuadrón de muchachas, que todo lo invadía irresistiblemente. Animado bullicio salía de entre los árboles.

El viejo Anacreonte no se hubiera desdeñado de cantar aquellos rostros picarescos, aquellas imprudencias de la carrera que, arremolinando las faldas, hacen el efecto del vendaval en otras ocasiones; aquellas palabras sin concluir ó concluídas
rando en una oreja aterciopelada; aquel car-
de los rostros que les asemeja á una manzana
ima á caer. Anacreonte hubiera dejado á su

Digitized by Google

musa retozona danzar bajo el toldo de follaje, en los paseos donde la sombra de la arboleda teje una alfombra digna de aquellos piececitos.

Magdalena quería frenéticamente á su novio. Bien lo denunciaban sus miradas, el embeleso con que le oía, el abandono total de su persona en presencia suya. La sorprendían á veces mirándole como embobada, respirando al ser querido, en éxtasis. No lo desconocía él.

En el Retiro se desayunaron; allí pasearon y corrieron, sin dejar nunca de charlar y reir; allí la ola turbia que apaga la razón y enfurece la carne comenzó á anegar sus sentidos.

Pasado el mediodía resolvieron, atraídas las mujeres por el brillo de las paradas, ver el desfile en honor de los Mártires de la Independencia.

Se pararon en la Cibeles. Dos filas de tropa se extendían por la calle de Alcalá, y el sol, que llenaba la hermosa vía, de apariencia europea, resaltaba el tono alegre de los edificios, mucho más risueño á la sazón por las vistosas colgaduras de los balcones. El cielo semejaba una bóveda cristalina, y en la luz desbordada, triunfadora, sin la frescura de un soplo de aire, gesticulaban los rostros congestionados y se levantaba el rumor placentero característico de Madrid.

En lo alto de la cuesta se distinguió los tricornios de la Guardia civil avanzando paus[illegible] te y detrás largas hileras de personas de [illegible]. Después agrupáronse los soldados, y tras [illegible]

Digitized by Google

cargas del piquete de honor, comenzó el desfile.

La multitud se escalonaba en la carrera, se amontonaba junto al Dos de Mayo y sobre ella sobresalían racimos de chicuelos abrazados á los faroles y subidos á los árboles. Pasó el batallón de veteranos á los acordes de un paso doble popular; desfiló un regimiento, y otro, y otros; luego retembló el piso al galopar de la caballería, se extremeció violentamente con las ruedas de los cañones, que cruzaban como un vértigo, y mientras se hizo el alarde y los rayos del sol en armas, cascos y galones, bordados y plumas, en sombrillas y atavíos femeniles, en hojas y flores, encendían toda una gama resplandeciente, al murmullo del gentío, al vocear de los vendedores, se mezclaban los himnos de las charangas, el gritar estrepitoso de las cornetas, la algazara universal, que desvanecía ideas de muerte al honrarse la memoria de los patriotas sacrificados.

Magdalena, aguardando el tranvía de las Ventas, cogida del brazo de Enrique, cercada por la jovialidad de sus amigos, miró el cenotafio de los héroes madrileños, erguido en la atmósfera purísima, en el azul profundo, sin una nube. Su pensamiento hallábase muy lejos de él. Sentía plétora de vida, un mareo de sensualidad. La ola turbia iba subiendo, subiendo...

traron en un barracón de las Ventas, y en panorama de aduar africano, junto al arroyo polvoriento, inmundo, mientras pasaban y

Digitized by Google

pasaban entierros, cuyo contraste diario con las francachelas de la vulgaridad deprime el espíritu por lo brutal, por lo crudo, se lanzaron al baile nuestros expedicionarios al son de un canallesco organillo.

El contacto de los bailarines encendía los rostros. Las parejas sostenían diálogos en voz muy baja, y las mujeres se reían, ardid que emplean cuando se avergüenzan del pudor y quieren disimular que lo sienten.

Comieron. El vino circulaba con profusión. Las muchachas tomaban ya la iniciativa en los juegos, y Pepe, con enternecimientos extraños, miraba á todos con ojos á medio cerrar, parecía acariciarles con aquella mirada dulzona, y exclamaba:

—Estoy en mi elemento.

—Querido, estás borracho—le replicó alguno, mientras pugnaba muy seriamente por pinchar una aceituna con el mango del tenedor.

—¿A que no aciertas á quién quiero yo?—preguntaba otro, recostando la cabeza en el hombro de una de las chicas.

—¿Que no lo acierto?—interrumpió Eugenio, creyendo en no sabemos qué alusión.

—Ni tú tampoco.

—¿Quién no acierta dónde está el Derecho?

—Pues yo llevo cinco años con esa adivinanza en la Universidad, y...

—El Derecho puede definirse de dos man...
señor.

Digitized by Google

—Y de muchas maneras.

—Sólo de dos.

—Y de muchas.

—Te digo que no.

—¡Adios, pontífice!

—De dos, de dos. El *Facultas agentis* de los romanos, es una. Le define como acción...

—Me basta con esa—replicó su contrincante, abrazando á su vecina de asiento.

—Brindo por la Pepa, que tiene la mayor cantidad posible de novio.

—Sí, pero *ná*.

—Se contenta con el derecho, como los reyes destronados.

—Ladrar no es morder—contestaba una de las damas á cierto recadito.

—¡Vivan las leyes!

—¿Por qué ese grito reaccionario?

—¡Dejaos de disputas!—dijo una de ellas.

—Verdad. Á vosotras me atengo, lo más real y tangible.

—¡Á vuestra salud!

—¡Á la vuestra!

—¡Qué ganas tengo de ser burgués!—gritó Eugenio!

—¡Magnífico!

Eugenio, con aire insolente, desabrochado el chaleco, no muy seguro el paso, se adelantó á la empalizada é increpó de este modo á los ocupantes de una carretela:

Digitized by Google

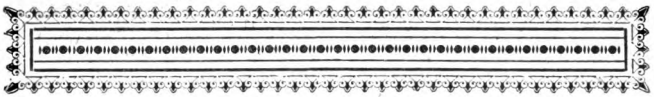
—¡Qué ganas tengo de ser burgués!

Aquí fué ella. Pepe, hecho un zaque, se convirtió en Jeremías. La redonda cara se bañó en llanto y empezó sus lamentaciones.

—¿Qué va ser del mundo? ¿Qué va á ser de las personas decentes? ¡Hombres, sed cristianos! Siento golpes de zapa con los que tiembla el suelo. (Flaqueaban sus piernas.) ¡No me abandonéis, hijos míos!

Como si la chacota universal con que trataban de consolarle fuese un arrullo, se quedó profundamente dormido. La noche llegaba y la *juerga* tomó tales caracteres que allí la borrachera de Pepe, privándole de toda acción, fué lo más digno.

Digitized by Google



CAPÍTULO III

"Dulces cadenas."

En casa de Magdalena había siempre una hora luminosa que basta para la resignación de los pobres. Esa hora de sol era la visita de Enrique, cada vez más corta, más regateada. La joven le miraba á los ojos para adivinar sus deseos. En ella había sumisión, en él despotismo; ella era amante y él desdeñoso; ella procuraba tenerle alegre y él la hacía llorar.

La señora Josefa seguía con sus achaques. La vida iba extinguiéndose muy de prisa.

Una noche de Noviembre, Magdalena cosía y miraba con frecuencia á la ventana de su buhardilla, [illegible]vés de cuyos cristales no se veía nada, porque [illegible]na de esas noches de lúgubre serenidad, de [illegible]o negro.

¿No vendrá esta noche?

Digitized by Google

—¿Por qué no, hija mía?

—Puede venir, no está tan malo el tiempo.

—Tranquilízate. No vais á estar siempre como dos tórtolos. Si no viene hoy, vendrá mañana.

—Que venga hoy, aunque falte otro día.

—Siempre dices lo mismo.

—Hoy tengo razones para ello.

—He notado en ti algo de particular.

—No, no, nada.

—¿Estás enferma?

—¡Qué tontería!

La madre no insistió.

—¿Te falta mucho?

—No, estoy concluyendo.

—¡Cuánto trabajas, hija mía!

—¡Qué hemos de hacer!

Después de un rato entró un nuevo personaje, una joven, de alguna menos edad que Magdalena. Se llamaba María, y era alta, desgarbada, de aspecto huraño.

Prima hermana de Magdalena, había quedado huérfana siendo muy niña y albergada en un asilo durante varios años, pasiva, sin voluntad, blanda como cera, su docilidad y su falta de alegría conquistaron á las Hermanas, convirtiéndola en favorita de sus predilecciones. Por su recomendación entró, medio sirviente, medio protegida, en casa de una señora vieja, muy devota, con una ción singular, en que se mezclaba la superst con la fe, hasta el punto de alcanzar con ella

Digitized by Google

predicamento don Salvador, á quien perdonaba lo de renegado por lo de brujo, y el cual acabó de trastornar la débil cabeza de María.

—Buenas noches—dijo sentándose en sitio adonde llegaba poco la luz del quinqué.

—Buenas las tengas, sensitiva de la sombra—contestó Magdalena, que había leído eso en un folletín y se lo aplicaba siempre á su prima.

—No hagas caso de sus chanzas—dijo la madre.

—Tú siempre trabajando.

—Cuando no hay rentas... Quiero ganar mucho dinero para casarme, porque á mí me llama Dios por ese camino.

—¿Para qué sirve el dinero?

—¿Para qué sirve? ¡Figúrate! Teniéndole, hasta podría darte la dote de monja.

—La señora me ha ofrecido cuanto necesite.

—¡Valiente gazmoña!

—Chica, chica—interrumpió la madre.

—¿Y don Salvador?—preguntó María.

—No sé—contestó la anciana.—Hoy no le he visto.

—Estará curando á algún enfermo ó consolando á algún triste.

—De seguro, haciendo obras de caridad.

Es un hombre tan bueno!

Tan bueno? Mejor harías, Magdalena, en de-
e es un santo. Yo me pasaría la vida mirán-
oyéndole.

Digitized by Google

—Buena panza echarías—replicó festivamente Magdalena.

—Dios viste al lirio del campo y alimenta á los pajarillos del aire.

—Pico no te falta—dijo sentenciosamente la señora Josefa.

—El pobre, desde que no puede decir misa, anda siempre á bofetadas con el hambre.

—Jesús no tenía donde reclinar la cabeza.

—Por caridad se le deja dormir en un desván de ese pasillo, sobre unas esteras. ¡Un señor sacerdote!

—Es una perdición no tener buena la cabeza.

—Tía, los juicios de Dios, abismo grande.

—Yo digo, como mi madre, que está chiflado.

—Por Dios, cállense. Él lo sabe todo, él lo puede todo. ¿No han oído que ha resucitado á un muerto? Le hizo levantarse de la caja y le devolvió el alma, la cual dicen que estaba ya á pique de entrar en los infiernos. ¿No lo creen? Pues por la vecindad bien se murmura.

—Estábamos alegres y nos has puesto tristes, prima.

Un golpe en la puerta y un brinco de Magdalena, que impetuosamente corrió á abrirla, fueron simultáneos. Magdalena, sin apartar su mirada de Enrique, le agradecía su venida como una limosna espléndida.

Enrique saludó á la anciana, quien de afectuosamente el saludo, y á María, que co apenas.

Digitized by Google

—¡Maldita noche!—dijo el recién llegado.—Se necesita valor para venir.

Magdalena, sin fijarse en el sentido de tales palabras, acercó una silla.

—Mira, siéntate aquí, que está abrigadito. ¿Por qué no has venido antes?

—¿Todavía te quejas?

Se sentaron juntos, lo más cerca posible. En la penumbra, María se puso á rezar en voz baja y la señora Josefa la acompañó, hasta que, dormitando, comenzó á dar cabezadas.

—Enrique, Enrique mío. Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué es?

—¡Cuando tú lo sepas!...

—Dímela.

—Espera, espera—continuaba con una voz acariciadora. —¡Cuando lo sepa también mi madre!... Pero debe saberlo por ti.

—Vamos, ¿qué es ello?

—Ten calma, hombre. Me da vergüenza.

—¿Me tomas por un lila?

—¡Tonto, si tú supieras!...

—Tú quieres *guasearte*. Dímelo ó vete á paseo.

—Pues atiende, Enrique.—Y se aproximó á su oído. Una ola de sangre subió á las mejillas de Magdalena.

—¿Es cierto lo que dices?

—Es cierto. Ya estarás alegre.

—Sí—masculló trabajosamente Enrique,

Digitized by Google

como si las palabras le martirizaran la lengua.

—¿Qué necesidad habia de eso?

—¿Qué necesidad?...—preguntó Magdalena, y se nubló su frente.—¿Pero de verdad no te alegras, Enrique?

—Si me alegro mucho, si me alegro mucho...

—Ya lo decía yo—replicó Magdalena, ansiosa de creer,

—Me alegro, pero con prudencia.

—Ya vas adquiriendo gravedad.

—¡Qué cursi es esto!—pensó Enrique.

—Hablemos del porvenir.

—Como quieras.

—¡Qué trabajo me ha costado decírtelo! Considera... Todos los días lo dejaba para mañana, pero ya no había remedio. Hay que acelerar la boda, señorito.

—La palabra es palabra.

—Nunca he dudado de ti, Enrique.

—No tendrías razón si dudases.

—¿Te vas tan pronto?

—Chica, un compromiso ineludible. No hay más remedio.

—Yo creí que esta noche te parecerían muy cortas las horas.

—Y me lo parecen, pero tengo que hacer.

—Otro en tu caso no tendría nada que h[illegible]

—Para ti se reduce todo en el mundo á mirando á la cara. ¿Verdad, hijita? Pr[illegible] fresca.

Digitized by Google

—No me hables así esta noche, por Dios.

—Vaya, hasta mañana.

—Haz lo que quieras, pero yo merecía otro pago.

—¿Lloras?

—Creía imposible llorar esta noche.

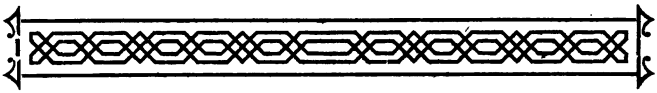
—Vaya, vaya, adiós. No hay quien te sufra.

—No te enfades.

—¡Si eres más pelma!... ¡Adiós!

Magdalena salió á la escalera á despedirle. Gotas de lluvia resbalaron sin ruido por los vidrios de la ventana, como un llanto mudo. La anciana despertó en aquel ambiente de quietud pavorosa, no vió á su hija y oyó la voz de María que, abstraída en sus ensueños, recitaba monótonamente con el Profeta: «Fué el Señor como enemigo; destruyó á Israel, destruyó todos sus palacios, disipó sus fortalezas y multiplicó en la hija de Judá la tristeza y lamentación.»

Digitized by Google



CAPÍTULO IV

"¿Qué es la vida?... Una ilusión."

DICIEMBRE se enseñorea de Madrid. La traidora pulmonía acecha en la calle á los transeuntes, y dentro de la casa de Magdalena la muerte acecha á la madre.

En el pobre lecho reposa el cuerpo de la enferma, tan tenue, tan flaco, que apenas hace bulto. ¡Se muere!

Este grito parecía salir de todo, pues todo tiene voz para la desgracia, y sin cesar le oía Magdalena. ¡Pobre Magdalena! Desde la noche en que reveló á Enrique su estado él no había vuelto. ¡Cuántas lágrimas y cuánta desesperación! Ella no quería que su madre, la pobrecita vieja, que se acercaba á la tumba con la carga de la hon
se enterase de su deshonra. Luchó para ocu
y pudo conseguirlo, tanto más fácilmente,

Digitized by Google

cuanto que su madre, vencida por la enfermedad, cayó en el lecho de la agonía.

Un mes llevaba la muerte combatiendo con su presa, un mes en que la joven, sola con su madre, lloraba, trabajaba y la asistía. Magdalena sintió dolor y vergüenza al principio; más tarde sólo sintió dolor. La muerte se la presentaba con toda su negrura.

Muchas veces la enferma cogía las manos de su hija y se pasaba largos ratos mirándola, mientras Magdalena volvía el rostro para que no viese su aflicción.

El llanto corría con más abundancia cuando la moribunda observaba á su niña y la inquietaba su palidez y temía por su salud y la suplicaba que se cuidase.

En los ratos de sosiego Magdalena sufrió el horror de su abandono. Ya no anidaban en su boca los cantares ni las flores servían de contraste al raso de su piel, y muchas veces hundía la cabeza en la cama de la enferma, sin duda para que sus pensamientos fuesen sagrados, y meditaba.

La noche era serena, una de esas noches frías y claras que matan sonriendo al pobre que llora. Sus ojos se hundían y miraban con fijeza. Las manos de la enferma asían maquinalmente las sábanas. Magdalena y María velaban junto al lecho.

e pronto la enferma comenzó á hacer visajes, 'ando al mismo tiempo la mano á la garganta, ıo para aliviar un enorme peso. Magdalena se

Digitized by Google

abalanzó á la moribunda, besándola y llamándola como se llama á los seres queridos que se mueren:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

Estos tres gritos salieron de sus entrañas, redoblando en cada uno la fuerza de su voz, y era imposible—¡así lo creía!—que ante el supremo derecho de una hija no se anulase cualquier otro derecho.

Se agravó más la enferma, y entonces, al presentir aterrada la presencia de la *Intrusa*, salió Magdalena á la puerta, gritando:

—¡Socorro! ¡Mi madre se muere!

A poco un hombre se presentó en el dintel. Era don Salvador. Alto, enjuto, sombrío, vestido de harapos, con la barba y el cabello rubios, muy canosos ya, desordenados, revueltos, velando su rostro, donde fulguraba en sus ojos azules una mirada intensa de visionario ó demente.

Con acento varonil, dulce, solemne, dijo: ¡Lágrimas! ¡Bienaventurados los que lloran!

Ya Magdalena había vuelto junto á su madre. El hombre avanzó también lentamente y colocóse cerca de la cama, delante de una mesilla, sobre la cual brillaba temblona luz de aceite, que arrojaba la sombra del haraposo sobre la tapia frontera de la salita á obscuras, donde podrían imaginarse todos los delirios.

Y así fué que María, la mística, creyó en la miclaridad del fondo percibir una armazón sin

Digitized by Google

tra: dos maderos toscos á medio labrar, unidos en cruz.

—Hija—suspiró la enferma—me muero.

—No quiero, madre. Si tú mueres no tengo fe en nada, ni en Dios.

—¡Jesús!—exclamó santiguándose con espanto María.

—No te asustes—la dijo don Salvador.—El Hijo del Hombre dudó de su Padre en el momento del sacrificio.

El mendigo cogió una mano de la enferma:

—¡Hermana!

—¡Ah, es don Salvador!

—Tuve hambre y me diste pan, tuve frío y me diste abrigo, tuve tristeza y tus palabras la consolaron.

María vió en los maderos condensarse una sombra, y unos pies, surcados por un hilo rojo, quedaron sujetos á la cruz con un clavo torcido que los atravesaba.

El rostro de la agonizante era como de cristal. Le empañaba la muerte, pero su transparencia permitía casi leer los pensamientos de aquella simple vida consagrada al trabajo.

Hubo una tregua. La anciana, sumida en sopor, Magdalena queriendo descubrir con su mirada el secreto de la vida, terca y más terca en no com-
muerte. Por fuera el cielo obscuro, lleno
luminosos, parecía el paño de una tumba
nte bordado de estrellas de plata.

Digitized by Google

—Dios mío, ¿qué va á ser de mí?—prorrumpió sollozando aquella criatura tan próxima á la orfandad.

—Hija—respondió don Salvador con voz conmovida—yo no tengo donde reclinar la cabeza, pero, no lo olvides, en mí podrás hallar siempre un refugio; mis labios están siempre dispuestos á verter sobre tus tribulaciones las palabras de la caridad, mis ojos te mirarán siempre desde lo alto de la cruz.

Sobre la de sus sueños había visto María irse dibujando unas piernas descarnadas, y cuajándose cada vez más la sombra, al terminar don Salvador sus palabras se destacó sobre el madero un pecho extenuado.

—¡Hija, hija!—clamó con ansia la señora Josefa.

Magdalena pegó sus labios á los de su madre, que no satisfecha cogió con ambas manos la cabeza encantadora.

—¡Dios mío, retira de sus labios el cáliz de la pasión y yo le apuraré!—murmuró don Salvador, gimiendo.

Magdalena, que loca de dolor evocó en un instante su infancia, recordando cosas olvidadas para siempre al parecer, besaba frenética á su madre.

—No creas—dijo ésta abandonándose á una confidencia tan tranquila como las de aquellas no en que las dos cosían y hablaban—no creas me olvido de Enrique. (Este nombre turbó la

Digitized by Google

jestad de la agonía.) Dios le tocará el corazón. He pensado mucho en eso, porque te vas á quedar sola.

Magdalena oía como aletargada la voz, cuyo timbre nunca se borraría de su recuerdo.

—No tengo que decirte que seas siempre honrada, porque sé que eres buena. Trabaja como hasta aquí, y como no tendrás ya que cuidarme podrás vivir regularmente. Hija, no hagas mal á tu prójimo; cuando te encuentres en la desgracia no te acobardes, sino triunfa con la paciencia. Piensa que siempre te estaré mirando desde el lugar adonde vaya.

Y volviéndose hacia don Salvador, le dijo:

—A usted se la encomiendo.

Invadió á Magdalena una ola de hiel. Seguía abrazada á su madre, pidiendo morir juntas. La cara del mendigo perdió algo de su serenidad; una á modo de nube siniestra la veló y sus labios se movieron como las palmeras del desierto á la aproximación del viento abrasado.

Era un rezo incoherente el suyo. Sus palabras, medio inteligibles, tan pronto eran de piedad y bendición como de cólera. A las bienaventuranzas se unían las imprecaciones. Extendió los brazos.

Súbito María vió en la cruz otros brazos casi dislocados por la tensión, con las manos taladradas y gotas de sangre lentamente y sin ruido co-
zaron á desprenderse de las heridas.

Madre mía!—rugió Magdalena.

: ojos vidriosos, inmóviles, se habían hundido

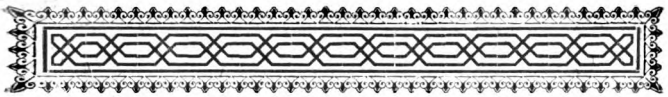
Digitized by Google

de repente, como si algo tirase de ellos; la respiración era tan tenue que no hubiera podido mover un pétalo de rosa puesto entre los labios; la transparencia de la piel era mayor y se habían cruzado las manos sobre el pecho.

—Padre nuestro, que estás en los cielos—comenzó á rezar de hinojos don Salvador, acompañándole María, quien contempló con terror el fantástico crucifijo que inclinaba sobre el cuerpo clavado la cabeza coronada de espinas, lívida, llena de sangre.

A poco Magdalena se enderezó con la rigidez de un autómata y miró en torno suyo con mirada estúpida. Seguían las estrellas parpadeando como ojos de tigre en la noche helada. Profundo silencio envolvía todo.

Digitized by Google



CAPÍTULO V

"¡Ser ó no ser! Planteemos el problema."

En un gabinete lujoso, una señora de edad, muy gruesa, de semblante apacible, pero como una máscara que expresara la bondad, leía.

Un criado se presentó en la puerta y anunció:

—Señora, una joven pobre y desconocida de la casa suplica á la señora que la permita verla.

—¿Pide algo?

—No, señora.

—¿La dijeron que no recibía?

—Sí, señora, pero aseguró tantas veces que era un asunto importantísimo el que la traía, que me decidí á avisar para que la señora lo supiera.

—¡Que pase!

Magdalena, llorosa, enlutada, con paso inseguro, llegó al dintel y se paró.

Digitized by Google

La anciana la examinó un momento. Luego, con aire de protección, dijo:

—Entre usted, hija mía; entre usted y diga lo que guste.

La huérfana pensó: ¡qué buena es esta señora!, y avanzó algunos pasos.

La dueña de la casa se dispuso á escuchar.

—Vamos, hija—insistió, viendo que Magdalena seguía callada.—No tenga usted recelo alguno, porque llega en buena ocasión.

—Señora—balbuceó Magdalena, y no pudo continuar.

—Vamos, lo de siempre. Yo le ahorraré á usted el trabajo de la petición. Tome usted.

Magdalena sintió una sacudida en su ser, y rechazando la dádiva, replicó:

—Vengo á pedir, pero no dinero.

—Ignoro absolutamente adónde va usted á parar.

—Señora, yo soy una pobre. Mi padre murió cuando yo era muy pequeñita. Desde entonces, señora, tuve que trabajar. Yo he vivido trabajando como una negra, y mi pobrecita madre trabajaba también mucho. Yo he crecido sin saber nada del mundo, sin verle, hasta que un día (aquí le tembló la voz) un hombre, un señorito, me dijo que le quisiese, y tanto porfió, que le quise.

—¡Qué charlatana es la niña!—pensó la vieja, y dijo en voz alta:

—Ignoro absolutamente adónde va usted á parar.

Digitized by Google

Magdalena, rota la exclusa de su timidez circunstancial, hablaba aturdida, febrilmente.

—Ese hombre me ha abandonado y me veo sola, completamente sola, porque mi madre se ha muerto. Estoy deshonrada. Me dió aquel hombre palabra de casamiento.

—¿Y yo qué puedo hacer por usted?

—Quien me dió esa palabra es su hijo, señora.

—¡Mi hijo!—repitió la anciana, y mirando con estupor á Magdalena añadió, después de una pausa, ya caída la máscara de bondad:

—¿Con que V. es una de esas...?

—¡Señora!

—¡Calle usted! ¿Cómo se atreve á venir á una casa decente?

—¡Soy una infeliz!

—¿Sí, eh? Estas mujeres se olvidan del alma, se entregan con desenfreno á sus apetitos, embaucan á los hijos de familia, y luego... ¡Salga usted!

—Quiero mi honra.

—¿Pensará usted apelar al escándalo? Pues no es eso lo que la conviene. Si es una mujer regular, espero que nos entenderemos. (Magdalena, alentada por la esperanza, la miró con sorpresa.) Sí, joven, odia el delito y compadece al delincuente. Le daré algún dinero y no se acuerde más de nosotros.

A Magdalena se le inyectaron los ojos en sangre
impulsos de escupir alguna cara, mas se
por un esfuerzo supremo y se limitó á gri-
voz rabiosa:

Digitized by Google

—Yo he venido por mi honra, que vale tanto como la de usted. Si su hijo es caballero, cumpla su palabra.

—¿Qué palabra?

—La de casarse conmigo.

La madre de Enrique no quiso oir más. Tocó un timbre y apareció el criado.

—Acompañe usted á esa mujer hasta la puerta.

—¡Piedad!

—Eche usted pronto á esa mujer.

El doméstico empujó groseramente á Magdalena.

—Hay jueces. Pediré justicia.

—La harán, metiéndola á usted en la cárcel.

—¡Señora!

—Pronto, pronto, y si vuelve á venir avisen á una pareja.

Magdalena salió de aquella casa y se fué á la suya. Su cuerpo era un vaso de hiel que rebosaba. La habían vilipendiado, escarnecido, arrojado.

—Si los muertos nos miran desde donde están, como mi madre me dijo—pensaba—¡cuánto llorará al verme ahora!

Hacía un mes que su madre había muerto. Desde entonces estuvo insensible, dominada por un embelesamiento casi idiota, del que despertaba de cuando en cuando para que don Salvador le empeñase algún objeto de los pocos no consumidos todavía por la adversidad. Magdalena, al cabo de ese tiempo, se encontró con varias papeletas de empeño y una de desahucio. Tuvo que despertar

Digitized by Google

vida negra de la miseria, y sublevándose el instinto de conservación quiso luchar, é ignorante del mundo, hizo la visita á la madre de Enrique.

Salió de ella como atontada, pero había jueces.

—Mañana iré á pedir justicia—se dijo.

Entró en su cuartucho, se sentó en una silla y rompió á llorar. Llena de llanto, abrió la puerta al oir que llamaban, y entró don Salvador.

—¿Lloras?—preguntó con interés vivísimo, pues llegó á ser casi un padre para la joven.—¿Por qué lloras? Habla.

—No, es imposible.

—Tengo derecho á consolarte.

—No tengo consuelo. Soy muy mala.

—¿Tú, paloma sin mancilla? Dime tus penas.

—No quise contárselas á mi madre.

—¿Qué sucede, niña?—preguntó con alarma don Salvador.

—Usted mismo, al oirme, usted, que tanto me quiere y se interesa por mí, usted mismo me despreciaría.

—No sabes lo que dices y te perdono.

—Sí, perdóneme usted. ¡Soy tan infeliz...!

—Habla, Magdalena. Te lo pido por Dios.

—No quiera usted saberlo.

—Sí quiero. Te lo mando, en nombre de tu madre, que está en el cielo.

Pues escuche usted.—Y en las menos palabras que pudo le narró su cuita.

Me mira usted con horror. Usted lo ha queri-

Digitized by Google

do. Sus ojos se apartan de mí. ¡No me abandone usted también!—sollozó desesperadamente.

Pero al volver don Salvador la cabeza, pudo ella ver lágrimas en los ojos que creía llenos de rayos, y la voz que tanto deseaba oir moduló estas palabras:

—Magdalena, eres bendita, porque has amado mucho.

Y la tendió los brazos, y Magdalena, enajenada, fué resbalando hasta quedar de hinojos, y los cabellos flotantes de la pecadora envolvieron los pies de aquel hombre, como si secaran un ungüento precioso, de fragancia inmortal.

Alzada del suelo, y más tranquila, rogóla don Salvador que le contase todo, y ella no omitió nada, ni la visita reciente.

—¿Te han arrojado?

—Sí, señor.

—¡Miserables, protervos!—rugió con voz sombría.

—Ya los arreglarán los jueces.

—¿Qué jueces?

—Los jueces.

—El juez en la otra vida les pedirá cuentas. El hombre no puede ser juez de otro.

—Yo quiero mi honra.

—¿Qué importa tenerla entre los hombres?

—Quiero justicia.

—La justicia no es de este mundo. Los dominan la sinagoga. Ninguno está lim

Digitized by Google

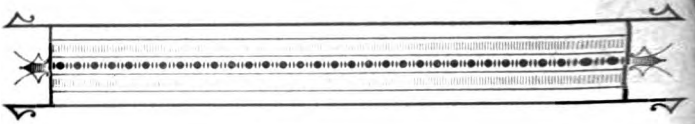
tirarte la primera piedra, pero serás apedreada.

—Eso es horrible.

—Mírate en mí. También me han echado. ¿Y qué? Yo digo la misa en los cielos, en los abismos... donde quiera. Yo los tendré que absolver. ¡Ya verán, ya verán! (El extravío creciente tornaba espantosa su catadura. Magdalena comenzó á temblar.) Voy á partir contigo la hostia, que consagro porque puedo, porque soy el ungido y no hay quien borre el sello que imprime Dios, y ya verán, ya verán cuando los juzgue... Tú no tienes que hacer los sacrificios de otros. Eres pobre, mañana no tendrás casa, pero tienes aún más de lo necesario. No mires sino al día y no pidas más que el pan de ese día, y tampoco, si tus hermanos no han comido. Nada es nuestro. Los que me han echado no miran que coma yo ó no coma, pero son el rico avariento, y ya verán, ya verán... Tú eres un ángel. Ruega por nosotros los pecadores y por ellos más, porque ya verán, ya verán cuánto lo necesitan...

Bruscamente salió de la habitación.

Digitized by Google



CAPÍTULO VI

"¡Apurar cielos pretendo!...,,

AL otro día fué Magdalena por esas calles en busca de los jueces. Entró en la Casa de Canónigos, vulgarmente así denominada, como sigue llamándose las Salesas al destartalado caserón de enfrente, sin arraigar en las costumbres el título oficial de Palacio de Justicia.

Quizás efecto de la situación de su espíritu, quizás producto de la explicable emoción del que no frecuenta parajes donde hay algo extraño, fuera de su medio, que le sobrecoge, lo cierto es que Magdalena, al hallarse dentro de la casa de los Juzgados, sintió malestar, á que contribuía el aire antipático de vejez, abandono y mezquindad del edificio, á pesar de ser nuevo y construído *ad hoc*

Se oía ruido de colmena. Era un ir y venir sante, un trajín continuo, un trasiego maread-

Digitized by Google

papeles, chocándose, confundiéndose, tropezando las personas; en muchos despachos sin poderse rebullir. Se estaba en momento de vertiginosa actividad, de calentura, en las postrimerías de la jornada, con el acicate de la hora de los toros, en aquel día de gran corrida extraordinaria.

Montes de papel se levantan á punta de pluma por abogados, procuradores, clientes, escribanos, jueces, oficiales, chupatintas, alguaciles... y justicia es *constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuere.*

Magdalena iba de uno á otro piso sin saber qué hacer.

A los litigantes, ¡pobrecillos!, bien se les conocía en el gesto la satisfacción interior. Muchos entraban humildes, y fingiendo indiferente tranquilidad, preguntaban:

—¿Cómo va eso?

—Sigue sus trámites.

—Yo, sepa usía—peroraba un pobrete ante un alguacil, en su afán instintivo de buscar valedores—no tengo más que lo poquito que gano con mi sudor. Se empeñó la Colasa un día en que había de convidarle á unas copas, yo me aceleré y...

En su peregrinación por los pasillos, ante una puerta abierta, sobre la que campeaba el rótulo de un Juzgado, oyó Magdalena gritar la apertura de [illegible]icio:

¡José Porfioso contra Pedro Zote!

[illegible]tró, pero por poco tiempo, absorta como esta-

Digitized by Google

ba en sí misma, y sin que le fuera posible despertar al ruido de informes que no la interesaban, dichos en lenguaje extraño.

De una escribanía vió salir al pobrete de antes, que de un puñetazo se encasquetó la gorra y juraba y perjuraba.

—¡El señor juez!—gritó un alguacil, y Magdalena, que hasta entonces había vagado de aquí para allá sin atreverse á nada, quiso abalanzarse al funcionario, pero un violento empellón del alguacil le salvó del ataque.

La atmósfera era insoportable, cargada de humo; el aire se mascaba, olía mal. Magdalena, á la ventura, entró en una de las escribanías, resuelta á acabar pronto.

—¿Qué quiere usted?—la dijo una voz áspera y destemplada.

Pero el hombre cuya era tal voz, aunque de apariencia procerosa, tenía buen fondo y, robando espacio á sus ocupaciones, escuchó, y oficiosamente, compadecido, demostró á Magdalena cuán absurda era su demanda de obligar á casarse á su seductor, y que aun el estupro en aquel caso y circunstancias era imposible de probar para la aplicación del leve castigo, que nada esencialmente venía á resolver. De otras cosas del procedimiento enteró á Magdalena, que ya no le escuchaba, perdida en la inmensidad de su desdicha sin reparación, y sistía á creer, temiendo que la engañasen, re de todo. Salió casi sin agradecer, y en la

Digitized by Google

aguardó, procurando no ocupar apenas sitio, deseosa en su intención de tornarse invisible, cobarde, temblorosa, humillada.

Varios jueces salieron, mas ella, que no conocía sino á uno, el que quiso abordar, esperó hasta que le vió aparecer.

Iba acompañado y Magdalena se fué detrás, espiándole, y cuando se quedó solo se acercó, y flaqueándole las rodillas, llorosa y con voz remisa, dijo:

—¡Señor juez!

Éste se paró.

—¿Qué quiere usted?

—¡Justicia!

—¿En medio de la calle? Pida usted en forma.

Y la apartó con severo ademán, que la dejó helada, y siguió andando.

Magdalena perdió todo instinto de vida. La esponja de su pena borró el sol como se borra un guarismo inútil, y erró por las calles, sin ver una cara amiga, notando, por el contrario, que todo le era hostil, que estaba usurpando aire y luz. Para los pobres como ella, sin un cuarto, hay un medio de suicidarse gratis que ofrece la embriaguez del vértigo: el viaducto.

Comenzaban á encender los faroles cuando des- [illegible] la calle de Segovia Magdalena vió sobre el fon- [illegible] incendiado del crepúsculo una masa negra, [illegible] sobre las casas en unos á modo de zancos. [illegible] luces aquellas del puente fatídico, medio des-

Digitized by Google

vanecidas en la lumbre roja del ocaso, hacían pensar que fueron puestas allí, entre el cielo y la tierra, para guiar á la desesperación.

Magdalena llegó arriba, vió á un lado el Palacio Real, al otro la cúpula de San Francisco, entre los dos, por camino, el viaducto, se agarró á la barandilla y sintió que unas manos vigorosas la sujetaban.

—¡Me caso con!...—exclamaba una voz bronca é irritadísima.—Usted nos quiere perder.

—¡Tira, tira, compañero!—decía otra voz.

Magdalena, obligada á soltar los hierros, fué lanzada al suelo con cólera.

—¡Por vida de!... Esta gente no hace más que fastidiar.

—¿Se habrá desmayado?

—¡Me caso con!... El que se quiera matar que se mate, pero no paguen los que no tienen culpa.

—Aun no *he vuelto en sí.*

—Llevémosla cerca del juez.

Magdalena, al abrir los ojos, vió en derredor suyo un montón de gente y cuatro guardias, de los cuales dos levantáronla y con ella se fueron al Juzgado.

Precisamente estaba de guardia el juez á quien Magdalena pidiera justicia.

—Vaya, esta noche se quedará usted aquí para que se calme y no haga más locuras. Condúzcanla á la escribanía y que la dejen descansar.

A la mañana siguiente, el juez la dijo:

—¿Me promete usted no atentar contra su vi

Digitized by Google

Magdalena callaba.

El juez la habló así:

—No tiene usted derecho á disponer de su existencia. Al hacerlo comete usted un crimen del que habrá de responder ante Dios.

—¿Cómo?—meditó confusamente Magdalena.—¿Mi vida me pertenece para el dolor y no es mía para la libertad? ¿Desprecian mi cuerpo y he de conservarle?

Ante aquellas esfinges sociales temblaba.

Salió de allí vigilada desde largo por orden del juez, y á los pocos pasos encontró á don Salvador, quien mirándola con suprema piedad, la dijo:

—Sé lo que has hecho, Magdalena, pero tú no sabes lo que ibas á hacer.

—Quiero morir.

—¡Calla!—repuso vivamente el ex cura, con tal acento, que impresionada Magdalena, contestó:

—Es usted muy bueno.

—Te he seguido ayer todo el día, te he visto hablar con ese hombre que llaman juez y acercarte al viaducto; pero imposible, Magdalena, imposible que yo presumiera tu intención. Toda la noche he estado bajo estas ventanas esperando que salieras.

—¡Pobre don Salvador!

—Hay una buena mujer llamada Marta, sin más recursos para vivir que el jornal de su marido, [illegible]o de una fragua, y esa mujer, rica de cora- [illegible]rradecida á mí, porque tuvo fe y sanó de [illegible]rmedad, te permite hospedarte en su casa.

Digitized by Google

—Déjeme usted, don Salvador.

—Ven, Magdalena.

Ésta, desfallecida, se apoyó en él, teniendo por toda protección en medio de una gran capital los andrajos de un pordiosero.

Digitized by Google

CAPÍTULO VII

"Esto, Jnés, ello se alaba...,,

MARTA era una buena mujer, como había dicho don Salvador. Tenía cuarenta años y una flacura extremada, los ojos muy vivos, el pelo negro. La agilidad de su cuerpo hacía pensar en las alas. Nunca llegó tarde al socorro de una aflicción. Podía llamarse la Providencia de los vecinos, pues *señá* Marta estaba siempre dispuesta á velar á un enfermo, á cuidar de los niños, á amortajar á un cadáver, á regocijarse con las buenas noticias de sus prójimos y á prestar esa multitud de pequeños servicios que hacen más llevadera la vida de los pobres en las islas inhospitalarias de las casas de vecindad.

Donde existe ese tipo suele adquirir relieve con [illegible]dad del marido, buen hombre, de cortos [illegible]uy trabajador, que se limita á ganar un

Digitized by Google

jornal, que deja hacer, que refunfuña á veces por las bondades de su cónyuge, quien con su ternura y buen gobierno le domina, pero que goza, en realidad, con la parte de incienso que por ellas le corresponde.

—Vaya, la *venturada* de Dios—decía la *señá* Marta, acariciando á Magdalena—¡y qué hermosa eres!

—¡Cuídala mucho, Marta!—la encargaba don Salvador.

—Ya lo creo. Aquí vas á estar mejor que en la gloria.

—Bien, bien, Marta—repetía aquél.

—Pero la *venturada* de Dios está muy tristona. ¡Ea, qué demonio! A tu edad de un puñetazo se derriba una torre. ¿No te gusta la casa?—Ésta se hallaba limpia como los chorros del oro.

—Sí, señora.

—Pues, entonces... Si has de tener buen trato, no te lo quiero decir hasta que lo veas.

—Marta—interrumpió don Salvador con aquella voz suya musical, solemne—Magdalena es desgraciada.

—Yo no me meto en vidas ajenas. Allá cada uno se las componga.

—Hablas verdad. Dios mismo no se recató de Judas, y sólo el hombre, el pecador, deshonra á su hermano.

—Verdaderamente esta chica está enf Acuéstate.

Digitized by Google

—Sí, querría descansar—respondió Magdalena.

—Pues á ello.

Magdalena entró, precedida de Marta, en la alcoba que se le había dispuesto. La buena mujer mulló la cama, cuidó maternalmente á su huéspeda, la ayudó á desnudarse, la arropó bien y salió de puntillas, corriendo con mucha precaución la cortina de la puerta.

—Allí queda la *venturada* de Dios. ¡Pobrecilla! ¡Qué triste está!

—Muy triste, Marta.

—Usted también, don Salvador.

—Yo siempre, hasta morir.

—Este mundo es bien pícaro.

—Marta, paciencia.

Tras de una pausa, don Salvador dijo:

—No sé cuánto tiempo estará en tu casa esa joven.

—Por mí, todo el tiempo que quiera.

Un párvulo, vestido con blusa azul y unos pantalones largos de pana, con rodilleras de color aproximado al de los pantalones, entró saltando; pero al ver á don Salvador se quitó respetuosamente la gorra y le besó la mano, besando después la de su madre.

—Hijo mío—dijo abrazándole la *señá* Marta.—¿Cómo vas de escuela?

—Bien; esta semana *pue* que me den premio.

¡Alhaja!

Buenos días, don Salvador—dijo el muchacho.

Digitized by Google

Aquél, que no había notado la entrada del niño ni el beso que le diera, caído de pronto en una de sus cavilaciones sombrías, oyó su voz, y atrayéndole hacia sí le puso las manos sobre la cabeza y dijo:

—Hay que ser como los niños.

—Los niños son ángeles—afirmó Marta.

Don Salvador se había levantado, recaído en su estupor, y apenas si pudo despedirse.

—Adiós, Marta.

Hizo ésta frecuentes visitas á la alcoba de Magdalena y observó que dormía profundamente, con un sueño letárgico, igual que si sus desgracias, convirtiéndose en plomo, llenasen su cerebro.

—¡Pobre muchacha!—solía murmurar.—El Señor nos libre de un mal paso.

Tenía una inquietud, su marido, porque si bien es cierto que nunca se opuso formalmente á las caridades de su mujer, nunca tampoco llegaron hasta disponer de la casa, como ahora lo hacía.

El niño, entreteniendo el hambre con un zoquete de pan, había visto á la nueva vecina y preguntado con un si es no es de miedo qué hacía allí; pero tranquilizado por su madre y aprovechando el permiso que le concedieron, se fué á jugar.

Dieron las doce y se renovaron las angustias de Marta.

A poco un obrero entró jugando con el
que le abrazaba las piernas. Representaba c
ta y tantos años. A su estatura colosal le

Digitized by Google

todo aire gallardo, altanero ó majestuoso el ser naturalmente cargado de espaldas. Su robusto corpanchón, con deformes manos callosas, nervudas, y grandes pies, recordaba la pesadez de movimientos del elefante. La cara ancha, de muy acentuadas facciones, como si todo él fuera labrado en un bloque sin desbastar, suavizábase con la expresión de unos ojos muy abiertos, obscuros, plácidos, sin reflejos de tempestad, ojos de vaca; de modo que, pese al conjunto y á detalles como el de las cejas hoscosas y el bigote fiero, muy negro y abundoso, y la bronca pelambrera crespa sin encanecer y el lunar velludo junto á la boca, llevaba en sí escrita, despertando confianza, la hombría de bien, con su aspecto inocente y simpático, no excepcional en los grandullones.

Ya en el centro de la sala estaba puesta la mesita. Echado el hirviente líquido de un puchero ventrudo y requemado en la fuente de loza ordinaria, casi llena de rebanadas sutiles de pan, sentáronse dispuestos á emprenderla con la sopa, hasta no dejar rastro del cocido, los tres personajes.

—¿Cómo te ha ido, chata?—preguntó el hombre.

—Muy bien. Tú, *arrastrao*, estate quieto y no molestes á padre.

—Déjale, mujer.

Buen tuno está.

Te ha dado guerra?

o, si es un angelote. Vamos, niño, deja á tu
e.

Digitized by Google

—¡Qué empeño, mujer!

—Es que vendrás molido.

—No estoy muy descansado.

—Trabajas mucho... Mira, he comprado para ti unos rabanitos, que tanto te gustan.

—Zalamera está hoy mi chata.

—Quita, tonto.

—Madre, yo quiero rábanos.

—¡A callar!

—Yo quiero rábanos.

—Toma, bribón—dijo el padre, dándole el más gordo.

—Hijito, eres tan padrazo...

—¿Quieres tú también uno, chata?

—No, cómetelos tú.

—Vamos, anda. Ya sabemos lo que es necesidad.

—Lo tomaré porque no digas.

—¿Pero qué es lo que estás haciendo?

—Pues nada—contestó la buena mujer, turbándose.—Aparto este caldito para una enferma. No sé cómo te diga...

—¿El qué?

—Pues, ya verás. Ello es... ¿Has notado qué rica está la sopa?

—Sí, pero dime lo que me tienes que decir.

—Hay ocasiones en que una no puede por menos, porque una no es de piedra, y luego... pues... como dijo el otro, hoy por ti, mañana por mí, porq" una le sale de adentro, y una es persona hum. y... vamos, ya me comprendes...

Digitized by Google

—No entiendo una jota.

—Padre, ¿no sabes que hay en casa?—comenzó á decir el muchacho, pero un tirón de orejas cortó los vuelos del orador.

—Aquí hay *intríngulis*—concluyó sentenciosamente el obrero.

—¿Qué ha de haber que no sea como Dios manda?—objetó Marta, agarrándose al recurso de echarla por la tremenda.—Parece que tu mujer es una *liosa*. ¡Cualquiera que te oyera...!

—Pero, mujer, ¿á qué viene eso?

—Padre, padre—decía el chico, mientras sus ojines bulliciosos miraban al autor de sus días.—Padre, yo lo sé.

—¿Qué sabes tú, mocoso?—interrogó la madre en tal actitud, que el chico optó por comer y callar.

—Vamos, Marta, suéltalo de una vez.

—Pues sabrás... que tenemos huéspedes.

—¿Cómo huéspedes?

—Hijo, parece que te ha picado una víbora.

—No estás tú mala víbora.

—Gracias, hombre, por el puñado de honra.

—¿Pero qué huéspedes son esos?

—No es más que uno.

—¿Y á santo de qué viene aquí ese hombre?

—No es hombre.

—¿Entonces es una mujer?

—¡Claro!

—¿Cómo que claro?

—Que claro.

Digitized by Google

—Eso también lo digo yo.

—Y yo.

—Pues, señor, bueno. ¿Pero me quieres decir á qué viene esa mujer? Eso no está tan claro.

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no está claro.

—Claro que no está claro.

—¿Has notado qué garbanzos tan ricos?

—Lo que yo quiero es lo otro.

—¿Qué otro?

—Esa mujer... ¿Ves? Ya no sé lo que me pesco.

—Pues verás, hombre, verás. No hay que formar misterio. Esa joven, porque es una joven, se hospeda aquí, pagando su tanto cuanto.

—¡Si yo no quiero compañías!

—Bueno, no alborotes, porque esa mujer está enferma.

—¡Eso faltaba! ¿Con que enferma también?

—Nadie tiene comprada la salud. El día de mañana que yo falte no te gustaría á ti que, estando malo, te dejasen morir como un perro.

—Mujer, eso es *discarriarse*. No vamos ahora por ese camino.

—Pues sabrás que la pobrecita no tiene padre ni madre, que algún tuno debe de haberla perdido, y figúrate que nace esa criatura y me la echan á una alcantarilla... ¡Pobre hijo mío!—terminando á su retoño.

—Mujer, eso es *discarriarse*—replico

Digitized by Google

mientras casi metía la cara en el plato, él sabría por qué.

—Si una no puede tener corazón, si hemos de dejar morirse á las gentes porque no gustamos de testigos de vista, si hemos de cerrar la puerta á quien llama con su dinero, si...

—Mujer, ¿has notado qué rica está la carne?

—Ahora me recuerdas que no la vendría mal á esa pobre un cachito.—Y apartó de la ración escasa.

—Bueno, llévaselo; pero en cuanto á quedarse aquí, nones.

—Esa infeliz no tiene á nadie. Don Salvador...

—¡Ah, vamos! ¿Anda don Salvador en el ajo? ¡Tonto de mí que no se me había ocurrido!

—Él la ha traído á casa.

—Pues que se la lleve á la suya.

—Hijo, la suya la barre el aire.

—Bien dice Manuel, mi oficial, que si hiciéramos caso de ese hombre seríamos todos *méndigos*.

—¡Calla! Don Salvador es un santo.

—Gran pareja hubierais hecho los dos.

—No hagas comparanzas. Y habla tú mal de don Salvador; atrévete, hombre, cuando si tienes mujer es por él, ¡bendito sea!, pues si no, comiendo estoy tierra desde aquella enfermedad pícara, que no había médico que la entendiese. Solito es-
y puede ser que no te pesara, porque, como
mala, como te doy tantos disgustos...
jer, eso es *discarriarse*—balbuceó Juan.

Digitized by Google

—¿No es bueno socorrer á los pobres?

—Sí, pero es mejor que no los haya. Esto también lo dice mi oficial.

—¿Te falta á ti algo? ¿No me sacrifico por ti y por este *arrastrao,* que rompe más que ve? ¿Qué quejas tienes de mí?

—Ninguna, Marta.

—Pues deja que dé á los pobres lo que nos sobra.

—No sobrá, y menos para traerlos á casa.

—Si no es más que por unos días...

—Que busque otra casa.

—¡Pero si no tiene un céntimo!

—¡Hola! ¿De modo que la has admitido de balde?

—¿Qué iba á hacer? Ten lástima de ella. ¿Cómo vamos á arrojarla á la calle, enferma y sin un mendrugo de pan que llevarse á la boca?—Marta dijo eso llorando.

—Juan, si algo me quieres, déjame hacer esta obra de caridad tan grande, que será la última, te lo juro.

—No te creo, Marta. No ganamos ni lo necesario. Para el pobre el corazón es un bandido.

—No te robará nada. El que siembra aquí coge en el cielo.

—¡Ta, ta! Nadie ha visto llover monedas de cinco duros.

—¡Bien!—dijo Marta tomando una resolución heroica.—En esa alcoba está; cógela de ur
y á la calle.

Juan se quedó inmóvil, mirando á Marta.

Digitized by Google

—¡Anda, hombre! ¡Ve tú y échala!

—Mujer, eso es *discarriarse.*

—¡Anda, anda!

—Si no es más que por unos días, pero pocos, bueno, que se quede. Ya no tiene remedio.

—Gracias, Juan.

—Pero no te metas otra vez á redentora.

—¡Ca! Una y no más.

—Tú, Juanito, á la escuela. Ya es hora.

—¿Se queda aquí esa mujer?—preguntó el chico.

—Sí, hijo, es una primita tuya—contestó su madre.—¿Te vas, Juan?

—Voy á acompañar al chico, no se metan con él.

—Entra á ver á la enferma.

Marta miró á la alcoba, separando un poco la cortina, é hizo señas á su marido para que se acercase.

Magdalena dormía aún y el obrero pudo contemplarla á su sabor, y lo mismo el pequeño que, aproximándose á la cama, se empinaba para ver.

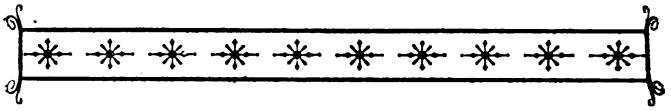
—¿Qué te parece?—preguntó Marta.

—Muy guapa, muy guapa... ¡Pobrecita...! ¡Y qué joven...! ¡Vaya, vaya, hasta luego!

Y se alejó con el niño, musitando:

—¡Qué cabezas desencuadernadas...! ¡Y qué hombres tan pillos...!

Digitized by Google



CAPÍTULO VIII

"De racional el título se borre
al que nunca en sus obras ha pensado."

La fragua funcionaba activamente. Cerca de ella, en el patio, calentaban las llantas de algunas ruedas. Conforme con el aspecto de los obreros, todo músculos y todo sombras, el cobertizo de la fragua le componían recios maderos, músculos formidables, manchados de hollín.

Manuel era el oficial de herrero. Apoyábase en un martillo sobre la bigornia, con su mandil de cuero fuerte, remangada la camisa en los brazos y abierta en el pecho, con actitud de cíclope. Tenía treinta años, robusta complexión y regular estatura. Sobre sus piernas firmes se alzaba con gallardía el busto, de tórax amplio, de brazos atléticos luchador; sobre el vigoroso cuello se destaca noble cabeza, naturalmente erguida; su pelo

Digitized by Google

era obscuro, como el sedoso bigote; la frente recta y despejada, la nariz de rasgos helénicos, garzos los ojos, que parecían absorber todo en la intensidad de su luz. Muy blanco y de color sano, con poderoso fruncimiento de cejas, casi unidas, solía exteriorizar sus quereres, y el entrecejo romano era como el carro de triunfo de su obstinación.

Su padre, también obrero, encargado de un taller, deseoso, como muchos, de que el hijo rompiese la muralla de la familia y se moviese en otra esfera más amplia y elevada para su ilusión, le había puesto á estudiar á costa de innumerables sacrificios. Cursó algunos años, pero su padre enfermó, murió, y el estudiante, un rezagado más, tuvo que ahorcar los libros. No hizo el tránsito sonriéndose, no; al truncar su destino mojó los dos cabos de la rota cadena con sus lágrimas, y separando la vista los apartó de sí. Mientras batía el hierro y sus músculos se endurecían, la inteligencia de Manuel, alimentada por las lecturas, no se petrificaba en la ociosidad.

—¡Fuera!—gritó—y en seguida una masa de hierro candente, movida por dos hombres, trazó un semicírculo, hasta descansar en el yunque.

Súbito, alrededor, los obreros, á compás del oficial, que llevaba como la batuta, descargaron alternativamente sobre la masa roja sus fuertes mar-

ifican el alma sueños viriles al oir aquel rudo
..tre las maderas renegridas, junto al hogar,

Digitized by Google

donde la llama, no animada por el soplo del fuelle, vacila arrojando intermitentes resplandores sobre los obreros, casi desnudos, goteando sudor, manchados de tizne, viendo su apoteosis salir del hierro machacado que, en premio de su fatiga, los envuelve en una lluvia de estrellas.

—¡Basta!—exclamó Manuel—y el hierro fué restituído á la fragua al mismo tiempo que un rayo de sol, penetrando por angosta tronera, á través de la celosía de una telaraña, á quien dió la luz un tesoro de colores, llegando hasta el yunque, se azulaba con el humo flotante en la atmósfera. El soplo del fuelle encendió otra vez el fuego, que avivaron con salpicaduras de agua.

—Muchachos, se ha batido bien. No hay que dolerse de nuestros cuerpos—expresó Manuel jovialmente.

—Maestro—replicó Juan, el marido de Marta—solamente los ricos pueden tener compasión de su cuerpo.

—Vaya, gruñones, día llegará en que todos seamos felices.

—Los que lo sean.

—Que seremos he dicho.

—No te entiendo. El niño que tenía, mi único alivio, se murió el mes pasado—murmuró sordamente un obrero.

—¡Pobrecito! Ya al borde de la sepultura
tras los enterradores preparaban las cuerd
bajarle, besaste por última vez su frente

Digitized by Google

blanca, y él vuelve, créelo, quizás en este rayo de sol. Por lo menos la memoria del niño es también como un rayo de sol para el frío de tu pobreza.

—¡Hum...! Yo no le veo.

—No llores, hombre.

—Dejadle que llore—replicó el oficial.

—Créeme—prorrumpió Juan.—Esto no se arregla si no se da mucho palo.

—¡Si tú quisieras, maestro!... Pero no quieres hacer nada.

—¿Que no quiero?—Manuel comenzó á golpear un pedazo de hierro frío.

—¿Qué haces?

—Trabajar este hierro. ¿Podré?—y cesó en su faena ante la perplejidad de todos.—Siempre estáis esperando el Mesías.

El aliento de la fragua era sostenido. La llama, inmóvil, apenas si se coronaba de un vapor tenue, y Manuel hundía la vista en la lumbre.

Fuera de allí, un día risueño desplegaba sus bellezas.

—Buena pelotera tuve ayer con mi mujer—empezó á decir Juan.—Le puse las peras á cuarto.

—Tú eres terrible. Ya lo sabemos.

—Se empeñaba en admitir en casa una huéspeda sin dinero y que además ha dado un traspiés.

·Buena alhaja!

¿Pero tú?

Bonito es mi genio. Para quedarse en casa han o que oirme.

Digitized by Google

—¿Pero se ha quedado?

—¡Ja, ja!

—En mi lugar hubierais hecho lo mismo y quizá menos, porque yo soy muy hombre; pero mi mujer, aunque parece tan simplona...

—Cuéntanos eso, Juan—pidió Manuel.

Y relatados el caso y la escena bromearon un poco, en su interior algo conmovidos.

Preguntaron, los que no le conocían, detalles de don Salvador, y dadas las noticias, burlas y cuchufletas, con alguna admiración mezcladas, llovieron sobre el cura loco.

—Esto está á punto—gritó alguien desde el patio, refiriéndose á los aros puestos á calentar.

Dejaron de tirar del fuelle. Mientras esperaban, continuó la conversación, muy animados todos.

—Esa infeliz necesita justicia y hay que hacerla.

—Eso, maestro—respondio Juan—; como decían en una comedia que yo vi: quien tal hizo que tal pague.

—Luchemos siempre. La vida es batalla y triunfaremos, no lo dudéis.

—¡Pamplinas! Siempre nos ha tocado fastidiarnos, siempre hemos sido la escoria y siempre lo seremos.

—Os contaré un cuento—dijo Manuel.—Vivía ese hierro, metido ahora entre brasas, en las profundidades de la tierra, sin conocer la l
aplastado bajo una mole. Un día sintió
dos no sabía por quién. En su lecho de

Digitized by Google

después de tantas muertes como habían producido el mineral, cada átomo, bien hallado con el sitio que amaba, pedía la eternidad de aquellos amores. Un día la mina fué descubierta. A los rayos del sol, que herían la tierra roja, semejaba una hecatombe y lo era para los átomos, llenos de las tristezas de la separación. Murió, dirían unos de otros si supieran hablar, porque fueron arrojados á unos hornos llenos de llamas, á la muerte, según vosotros, y al salir de la hoguera, al contacto del frío se hicieron lingotes. En la vida del fuego hubo nuevas nostalgias y nuevas bodas, pero los átomos que se unieron, contentos ya, no se acordaban de aquella otra vida obscura del filón. Siempre he sido así, decianse, y nunca dejaré de ser de este modo. Otra vez el hierro gimió, algo penetró sus entrañas y el lingote se dividió en fragmentos. Uno de los trozos le cogió un operario, y tras de someterlo al fuego le golpeó despiadadamente. Después de aquel suplicio inacabable, al parecer, vino otra época de felicidad, pero mayor que nunca, porque el pedazo de hierro de la mina se vió con forma. Ya era algo, y el contacto de la escoria le estremecía. Podía aspirar á más, pero el metal, por ley de su dureza, se aferró á su vida presente, y cuando nosotros le cogimos para darle forma superior, sentiría los mismos dolores que en todos sus tránsitos; pero, rrá volver á la existencia de la mina? Tal es istoria de ese hierro.

nigos, incesante es la lucha. Se llega y se ha

Digitized by Google

llegado por el trabajo y la rebeldía. Insurrección del pensamiento, siempre; insurrección material en los momentos solemnes de la Historia.

—¡Vamos!—dijeron desde el patio.

Y en tropel, con unas varillas, acudieron á levantar un aro enrojecido, símbolo de la corona del triunfo, labrada en el fuego de la razón.

Digitized by Google

CAPÍTULO IX

"Sueños de la noche de Santa Valpurgis."

MAGDALENA había recibido la visita de su prima. Cerca del anochecer, Marta oyó el ruido de una disputa, en que sobresalía la voz irritada de Magdalena sobre la voz mansa de la otra. Temerosa de algún desmán entró la buena mujer en la alcoba y vió á la enferma sentada en la cama, descompuesto el rostro y estrujando febrilmente la colcha.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—¿Usted, señora, no ha visto nunca una santita?—Así contestó Magdalena con inflexiones rencorosas.

Sosiégate, hija.

, e usted á mi prima? Pues es toda una san-
ste, que no te vuelva yo á ver delante de mí,
e á zapatazos voy á comenzar tu martirio.

Digitized by Google

—¡Jesús! ¡Jesús!—dijo Marta.

—Más sufrió Él por nosotros—replicó dulcemente María.

—¿Me ves sola, enferma, desgraciada, y me abandonas?—díjo Magdalena con rabia.

—¡Buenas noches!—gritó una voz robusta, y en seguida Juan se presentó.—¿Cómo va eso, señora?

—Bien, muy bien—contestó algo desabridamente la interpelada.

—Pues á no acordarse de nada y á vivir, porque lo peor que puede suceder en este mundo es soltar la pelleja.

—¿Eso es lo peor?

—¡Qué caramba! ¡Muera la pena negra!

—¿Querrás cenar?—dijo Marta á su esposo.

—Por falta de ganas...

—Pues vamos.

—Con que, señora—añadió el buen hombre—, si para alguna cosa servimos no hay más que mandar.

—Gracias.

—María, cene usted con nosotros.

—Buen provecho.

—Venga usted.

—No, señora, gracias.

La entrada de don Salvador cortó la porfía, cuyo objeto era que no se quedasen las dos primas solas.

El cura loco estaba tan pálido, tan extraviada su vista, que producía malestar.

—Puede usted ver á la enferma, don Salvad

Así lo hizo.

Digitized by Google

—¡Ay, Juan! ¿No sabes lo que ha pasado?—cuchicheaba Marta.—Magdalena quería pegar á su prima, porque ésta la abandona.

—Buena pájara estará la tal prima.

Magdalena, al ver entrar á don Salvador, exclamó:

—Me alegro mucho de su venida. Diga usted á María que es infame lo que piensa hacer.

—Don Salvador aprobará mi conducta.

—Mañana se mete María en un convento.

—¿En un convento?

—¿Pues qué, no es eso lo que usted me aconsejaba?

—¿No es cierto que es un crimen?

Don Salvador no respondió. Entre ambas mujeres estaba como el reo infeliz amarrado á dos caballos que van á partir en direcciones opuestas. Aumentó el extravío de su mirada.

Una crisis de lágrimas sucedió á la cólera de Magdalena.

—Don Salvador, dígala usted que obra mal, dígala que no me abandone. Tengo mucho miedo á quedarme sola.

Una especie de rugido salió del pecho de don Salvador.

—¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? Ni padre, ni madre, ni hermanos tiene el hombre. ¡Maldiraza humana! María, si tu corazón late más de sa al recuerdo de alguna carne, estrújale entre manos, como yo he tenido que estrujar el mío.

Digitized by Google

A los gritos y á los sollozos redoblados de Magdalena se apresuraron á acudir Juan, Marta y el niño.

—Por Dios, don Salvador, que hace usted daño á la enferma.

—Yo he sido víctima de todos los demonios, que me han perseguido sin dejarme descansar—continuaba don Salvador.—Yo he llorado sangre. ¿Y quieren entregar á esta criatura á las batallas del mundo? Vamos, María.

Y salió, llevándola de un brazo.

Los dos esposos prodigaron cuidados á la enferma; salieron de la alcoba, dirigiéndose á la suya, acostaron al niño, y mientras se disponían al descanso, tuvieron este diálogo en voz baja:

—¿Y es ese el hombre tan bueno?

—Muy bueno, Juan. Sólo que hoy está de remate.

Aquella noche se le declaró á Magdalena una fiebre que hizo peligrar su vida. Marta la cuidó como una madre. A Marta se debía la salvación de Magdalena, pues con los tesoros inagotables de su corazón suplía la escasez de recursos y los defectos de la pública beneficencia. ¡Pobre Magdalena! Aquel cuerpo adorado por su madre; aquel cuerpo, suprema forma bendita por la creación, que había agotado para formarle los tesoros de su seno haciéndole fragante como las flores y miste-
te luminoso como una vía láctea, se cons
llama voraz, y el pensamiento, en el ho

Digitized by Google

calentura, despedía chispas, que alumbraban siniestramente la noche del letargo.

Los ojos del delirio veían en el tenue rayo de sol que penetrando por estrecha ventana se posaba al medio día en las paredes de la alcoba, la sonrisa de un niño...—¿Por qué te burlas, feo?...—Miau, miau...—En aquellos átomos resplandecientes se formaba un pequeño universo en torno de una cuna...—¡Quiquiriquí!...—Y allí una mujer, parecida á un fantasma, lactaba á un niño, y todo alrededor de los dos eran horizontes de color de oro y luz inacabable y desiertos en que solos vivían... Hace mucho sol, hija.—Sí, madre. Llévame á jugar, á saltar, á volar...—¡Qué rica soy!...—Señora, todo está dispuesto: Las tropas formadas, los campaneros en las torres, el pueblo en las calles... La mancha del sol en la pared era blanca, muy blanca, del color que deben de tener las caras de los angelitos muertos, y era verdad, que en aquella luz triste había un niño de tez de cera, dentro de una cajita azul, con corona de rosas blancas en la cabeza y manojitos de rosas blancas entre las manos...

—¡Vaya una figura!—No tengo otra, Madama.—¿Qué quieres?—Darte un beso.—¡Qué horror!—¡Quita, quita, quita!...—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!...—Las sombras de la alcoba, en la hora [illegible] ponerse el sol, eran un mar, y allí palacios de [illegible]l, vegetación de perlas, y allí la eterna juven[illegible] tejiendo coronas de algas y depositándolas en

Digitized by Google

la cuna de un niño que llamaba á su madre, un niño rubio, aun comparado con las arenas del fondo, y estaban hijo y madre separados de los hombres por un abismo...—¿Pero por qué echáis tantas coronas á la cuna del niño? Le aplastarán...—Y seguían echando coronas, y la madre lloraba...—Así que son malos estos requesones para que no quiera darme dos reales...—Y el niño llamaba cada vez más débil, hasta no percibirse su voz.

La lamparilla arrojaba la luz con intermitencias á todas partes, y la sombra iba en su persecución como un lebrel, y el eterno combate tenía lugar, rasgando á veces la negrura un hilo resplandeciente, cayendo otras un borrón sobre una superficie luminosa, proyectándose á trechos un ala negra, un monstruo horrible, un borracho riéndose, un pájaro, una cascada, y abriéndose á menudo en el techo rosetones de luz que un clérigo muy gordo y sin piernas borraba al punto muy enfadado. A lo largo de las paredes descendían torbellinos de ángeles...—¡Qué hermosa eres!...—Los ángeles que bajaban por la pared sin duda eran niños, pero, ¡horror!, los pobres niños despeñados se agarraban á una cruz...—*El Independiente*, con el crimen de una madre que ha matado á su hijo...—Y ángeles y cruz caían, caían...

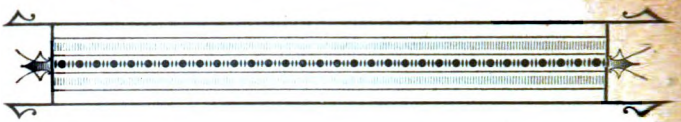
Pasado el peligro de la fiebre, que duró dos semanas, al amanecer de un día purísimo de Febrero, Magdalena fué madre. Las ideas lúgubres no habían desaparecido, sino que aumentaron al ver

Digitized by Google

que el fruto de deshonra era una niña, pues repentinamente vislumbró la madre un porvenir amasado con las desventuras de su propio ser. Pronto al contacto de aquel cuerpecito la noche de su desesperación se fué esfumando en la vida nueva, como la noche física en la deliciosa alborada, y cuando pudo dar el pecho notó que por entero las raíces de su vida á aquella sangre de su sangre se trasladaron.

¿Cómo iban á valerse las dos?

Digitized by Google



CAPÍTULO X

"Cosas tenedes el Cid..."

MAGDALENA era madre. En sus labios resucitó la canción muerta como un pájaro en su nido; sus mejillas presentaban la palidez del marfil, pero comenzaban á refrescarse con sangre nueva y su vida tenía ya un objetivo.

Juan, muy neto, como él mismo pregonaba, desde el primer día exigió que Magdalena, en cuanto la fuera posible, trabajase; que él viese decencia, y si algo hacía falta, por culpa del cochino jornal que ganan las mujeres y las estrecheces del oficio, allí estaba él para ayudar como un buen compañero. Si no...

Fué un día á visitarle Manuel para hablarle de cosas de la Sociedad de resistencia. Vió con curiosidad á Magdalena, muy afanosa en sus labores.

Digitized by Google

Juan estaba sacrificado. Primero que su huéspeda se halló en disposición de contribuir á los gastos de la familia que la amparaba transcurrió tiempo bastante para más de un reniego justificado del buen hombre, que no podía cantar grandezas.

Bromeó un poco.

—Ven, ven y verás la niña de mi huéspeda. Es un primor. Una así te hacía falta, camastrón, para distraerte.

—Regálasela, Magdalena—añadió Marta.

—Y si no quiere desprenderse de ella, con que traigáis otra los dos, arreglados.

—¡Juan!—le reprochó su mujer.

—Déjele usted, Marta, que habla como un libro—repuso Manuel, siguiéndole el humor.

Magdalena sonreía, acostumbrada, como hija del pueblo, á ciertas conversaciones, sin carácter y sin autoridad tampoco para hacer la gazmoña.

Charló cuando Manuel alabó á la criatura, convertida con sus flaquezas infantiles en tema muy serio de conversación.

—Hombre, ya que te pillo, te voy á soltar cuatro verdades.

—Habla, Juan.

—Bien dicen que tú no eres quien eras. Bien dicen que...

Y por qué dicen eso?

rán habladurías, serán lo que quieras; yo meto á averiguarlo. A unos parece una cosa

Digitized by Google

y á otros otra; puede que no y puede que sí, por que pon lo tuyo en concejo...

—Acaba, Juan.

—El hecho es que no hay una peseta. El hecho es que más vale ser verdugo que pobre; el hecho es que si nosotros quisiéramos, vamos, no digo lo de arriba abajo, el *sursum cordam* temblaría, y querer es poder; mas para poder, como dijo el otro, hay que querer... Y ésta me dice que no me meta en *líos*.

—Y tú, erre que erre. Desengáñate, Juan, que no tienes cabeza para eso—afirmó la señora Marta.

—Pero soy muy hombre y no me distraigo, como este *pamplinero* en no sé qué andanzas.

—Tendrá su quebradero de cabeza, como es natural en la juventud—expuso Marta con su voz dulce.

—¡Ca, no señora! ¿Quién me va á querer á mí?

—Nunca falta un roto para un descosido—dijo Magdalena.

—Gracias por lo del roto y por lo demás.

—¡Como se hace usted tan pequeñito...! ¡Creí que debía consolarle!

—Estimando.

—Vaya, vaya, todo lo convertís en *chirigota*. Pues la cosa es muy seria y hay que pensar más que en las faldas—interrumpió Juan.

—¿Pero qué es lo que quieres?

—Yo, si vale decirlo, nada; pero la gen

Digitized by Google

mura, los compañeros se quejan y con razón, ¡ea! Ya la solté.

—Termina, hombre, de echar fuera todo.

—Juan, no te metas en dibujos—observó Marta.—Manuel, desde que se ha quedado solo el pobre, tiene que distraerse y no andar pensando, como tú, en garambainas.

—Déjele usted, porque éste, si no se desahoga, revienta.

—Reviente la abuela del que tiene la culpa. No hay que pensar sólo en divertirse. Tiempo hay para todo. Muertas tu madre y tu hermana en pocos años, te has quedado libre.

—¿Libre? Más que el aire.

—Pues también podías pensar un poco en nosotros.

—Ya sabéis andar solitos.

—A mí no me vengas á desesperar con tu pasta. Yo soy cantaclaro.

—Pues venga de ahí.

—Vamos á ver, sin agravio, ¿qué tienes tú que ver con la de Indalecio?

—¡Yo!

—Juan, Juan—amonestó cariñosamente Marta.—No me gustan los chismes.

—¿Con que hay moros en la costa?—preguntó Magdalena.

-Aquí no hay más que murmuraciones de gente mala intención.

-¡Hum, hum! No pondría yo mi mano al fuego,

Digitized by Google

porque, como dijo el otro, donde menos se piensa... Y luego, ¿á qué estamos? Hoy tú, mañana yo, y no hay peor cosa que hombres y mujeres juntos.

—Sigue, sigue.

—¿Qué tienes con esa mujer?

—Nada. Ya te he contestado.

—Pues no te creo, con franqueza.

El buen hombre tomó un aire solemne y apostrofó así á Manuel:

—El trabajador tiene hambre, no se halla sitio donde romperse los huesos y la familia pide pan. Nuestros compañeros se reúnen á menudo en manifestación y se les contesta sacando la Guardia civil. No tenemos trabajo. ¿Vamos á robar? Necesitamos comer. Tú has sido como nuestro padre, tú puedes hacer que no nos muramos de hambre, y nosotros haremos lo que tú quieras. Tú nos has encalabrinado, y ahora... es un crimen que nos abandones por una mujer.

Tras de una pausa, en que la mirada tranquila y severa de Manuel se posó en Juan, habló así:

—¿Me acusáis de desleal? ¿Creéis que paso mi tiempo embarraganado? Juan, di por contestación, y á tener vosotros menos malicia y más bondad lo sabríais, que hace muchos días ese hombre, á quien infamáis, está postrado; que su mujer se ha ido, abandonándole, y que paso las noches junto al que ha sido mi compañero, que sin mí...

—Maestro, eso es *discarriarse*—murmu
do el pobre hombre.—No lo dije por ta

Digitized by Google

—Siento mucho que me hayas obligado á descubrir un secreto.

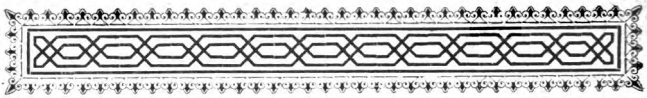
—Este Juan es un bendito. Los otros, que no se atreven á dar la cara, le azuzan, y, *¡velay!*—dijo Marta.

—No hay que hablar más, señora. Aparte de que muy pronto, por desgracia, cesaré en mis visitas, pues el pobre Indalecio no dará mucha guerra.

—Dispensa, hombre. ¡Si yo hubiera sabido...!

Un rato aun siguieron hablando de varios asuntos. Gente madrugadora, pronto sintieron la necesidad de retirarse, y Magdalena fué la única que se quedó velando.

Digitized by Google



CAPÍTULO XI

"Oyó Néstor el bélico tumulto..."

QUÉ había sucedido? Reinaba la desolación en casa de Marta. ¿Y Magdalena? Desde la víspera que salió para entregar obra no había vuelto. La ansiedad del matrimonio era grande. Manuel estaba presente, llamado por Juan, en consulta de lo que se debía hacer aquella segunda noche de la desaparición.

Llamaron.

—¿Quién?—preguntó la mujer.

—Gente de paz.

La puerta se abrió y entró un guardia de orden público.

—¿Y Magdalena?—gritó Juan, relacionando la visita con la ausente.

—¡Paciencia!—respondió el recién lleg preguntó á su vez:

Digitized by Google

—¿De modo que usted es el inquilino y aquí está de huéspeda una tal Magdalena?

—Sí, señor.

—¿Con que esta es la casa? Bueno, pues la tal Magdalena está desde ayer detenida y ha pasado al Juzgado de guardia.

—¿Qué ha hecho?

—Herir á un caballero.

—¡Dios mío!

—¿Qué dice usted? ¿Y es mucho?

—No se sabe aún lo que puede resultar. Le metió unas tijeras salva la parte—y señalaba un costado.

—Y diga usted, guardia, ¿cómo fué la cuestión?

—Pues dicen que si eran ó no eran y, al verle con otra, la moza se alborotó por si dejaba ó no dejaba de quererla.

—¿Y le hirió? Pero siéntese usted.

—Con permiso. Pues sí, señora, y además le dijo mil perrerías, según me han contado.

—¡Jesús, qué desgracia! ¡Pobrecita!—decía la señora Marta suspirando.

Manuel y Juan estaban muy conmovidos.

—La tal chica es una fiera. Se ha pasado el tiempo amodorrada sin decir esta boca es mía, como no fuera de cuando en cuando para suplicar, en nombre de una hija, que viniéramos á avisarlos. Yo me marché á dormir, que buena falta me hacía, y noche, al volver al servicio, me la he encon-lo con la misma canción. Como uno no es de ice, me he dicho: ¡Vamos allá!

Digitized by Google

—¡Tantas gracias, señor, tantas gracias!

—Con que si ustedes no mandan más, me retiro.

—Vaya usted con Dios, y si servimos para algo... Si usted quisiera hacer el favor completo, iríamos con usted para verla.

Marta quedó al cuidado de los niños. Los dos obreros y el guardia se fueron. Por la intervención del de Seguridad vieron á la presa.

—¿Y mi hija?—preguntó Magdalena, que se hallaba en un estado deplorable.

—Buena, pero ¿y usted?

—Ya lo ven.

—¿Por qué está usted presa?

—Le vi á él, al padre de mi hija, anoche, cuando iba yo tan aperreada de trabajo; le vi del brazo de una mujer, de otra desgraciada, riendo, á medios pelos, acompañado de otros tales, corriendo la *juerga*, á punto de entrar en un *restaurant* bien conocido; le insulté furiosa, me contestó despreciativo, le jalearon, cegué y le hundí las tijeras, única arma de que disponía... ¿Ha muerto?

—No.

—Que no se muera, que me suelten pronto; yo no sé lo que he hecho. ¡Pobre hija mía y pobre de mí!

—Vaya, esto se quedará en agua de cerrajas... No ha sido más que un arañazo.

Juan no lo sabía, pero trataba de animarla.

—¿Qué necesita usted?—preguntó Manuel con solicitud.

Digitized by Google

—Nada, muchas gracias.

—Diga usted lo que necesite ¿Ha comido usted algo?

—No, señor; no quiero comer.

—Pues no vas á morirte. ¡Muera la pena negra!—exclamó Juan.

—Lo que les pido por Dios es que cuiden de la niña.

—En buenas manos está el pandero. Descuidada puedes estar.

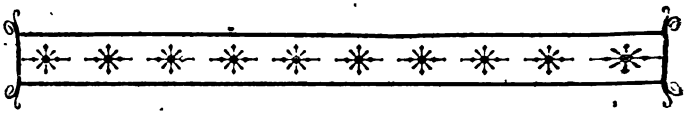
—Diga usted á su mujer, á esa santa, que me perdone y que mire por la pobrecita, que ahora está como si no tuviera madre ó quizá peor—y arreció su llanto.

—Vamos, vamos, eso es *discarriarse*.

Le prodigaron consuelos, se ofrecieron generosamente y quedaron en volver al otro día. Registrando sus bolsillos, entregaron al guardia servicial, con el que hicieron buenas migas, dinero con que comprar cena á la reclusa.

Aquella noche no se durmió en casa de Marta, cuya aflicción era honda, y como habían prometido, perdiendo un jornal, volvieron los dos compañeros á la Casa de Canónigos. Llegaron á tiempo de acompañarla á la cárcel.

Digitized by Google



CAPÍTULO XII

"Santo silencio profeso..."

POR fortuna, la alarma del principio no se confirmó. Curaron las lesiones antes de los ocho días y quedó todo reducido á un juicio de faltas. La vida de costumbre reanudóse en la pobre casa de Juan.

Existía profunda agitación entre los obreros. El poco trabajo, la escasez, la miseria, traíanlos desasosegados é intranquilos. Notábase también la presencia de algunos forasteros tachados de anarquistas, lo que era causa de revuelo entre los polizontes. La proximidad de un acontecimiento solemne en el mundo oficial y palatino, motivado por la visita de una elevada personalidad extranjera favorito objeto de atentados, llevaba al límite la ocupación.

Se fijaban los encargados de ello en muchos

Digitized by Google

talles, y sobre todo en las personas influyentes entre los proletarios. Se quería prestar un gran servicio, hacer una hombrada.

En una taberna sita en calle próxima á la de Embajadores, donde vivía Juan, había, una noche de verano muy calurosa, tres hombres que, no obstante la temperatura, permanecían en la trastienda ahogada, sin ocurrírseles beber tomando el fresco á la puerta con el tabernero y otros dos parroquianos.

En la estancia, mal alumbrada por una polvorosa lamparilla eléctrica, sucia, de papel barato y ennegrecido, con friso de tabla, rematado por un vasar, y banquetas y veladores de pino, mugrientos y cojos, defendida en lo posible de las moscas por recortaduras de papel de colores, colgando como flecos de la techumbre en geométricas líneas, los tres hombres hablaban bajo. En la pieza de fuera, la principal, no había nadie. Igualmente desprovista de lujo y hasta de aseo, como la trastienda, con el mostrador á un lado de la puerta de acceso al interior y dos blancos y orondos botijos al otro, se adornaba con el mismo aparato en mueblaje, techo y paredes, mas la añadidura de la anaquelería y otros accesorios de la industria conocidos y usuales, entre ellos la fuente, que no impedía la suciedad del agua del lebrillo. Era, puede decirse, establecimiento de transición entre la *tasca* de taño y la moderna tienda de vinos tan refinada e suele verse.

Digitized by Google

Los hombres de la trastienda parecían desiguales en condición. Dos de ellos, los de peor facha, visiblemente acataban la autoridad del otro, más fino de aspecto.

Sonó un nombre, y de los dos que con el tabernero estaban en la calle, vestidos como obreros, se levantó uno y se fué con los de la trastienda.

El de más respeto preguntó:

—¿No ha visto usted á Juan?

—Ha ido á una junta aquí al lado.

—Espérele usted y hágase el encontradizo.

—Está bien.

—Nosotros nos vamos, pues no le inspiraríamos confianza. Usted y su compañero se encargarán de cumplir las instrucciones recibidas.

Y salieron los tres. En la acera quedáronse los otros dos, siempre de charla con el dueño de la taberna, sin quitar ojo á la calle donde dormitaba tal cual vecino ó hablaban en grupos obstruyendo la circulación, muy escasa por cierto, en vía tan fuera de mano para todo.

Juan y un amigo suyo salieron de uno de los portales y echaron á andar por la acera del establecimiento, así que no tuvieron que molestarse los que aguardaban.

—Buenas noches—dijeron los transeuntes al llegar.

—Buenas noches—respondieron los de la na, y en seguida vino la invitación.

—Tomad una copa.

Digitized by Google

—Gracias. Otra vez será.

—Es muy tarde.

—Una copa se toma pronto. Vengan, señor Rafael.

Servida la ronda, se echó una segunda á continuación por cuenta del otro obsequiante, y como Juan y su amigo no podían ser menos, y el obeso patrón acudió á su turno con el envite y no paró ahí, sino que repitieron, enzarzándose, conforme al *protocolo*, se fué demorando la partida según se desataban las lenguas.

Acabaron por sentarse, y el buen Juan, con gravísima infracción de sus costumbres y aficiones, se olvidó del tiempo, y como se le calentó el paladar, perdió la chaveta.

—Tantas juntas, tanto hablar, tanto malgastar el tiempo—decía uno de los invitantes.—Palo, mucho palo es lo que está haciendo falta.

—Si por mí no llueve...—replicaba Juan.

—Tú eres de los pacíficos.

—Yo soy muy hombre.

—Hechos, hechos. Estamos cansados de palabras y de pasteleros sin vergüenza. Si hubiera cuatro como yo...

—Aquí hay uno, compañero... Busca otros dos, y *pata*.

—Tú no tienes *clase*.

Más que tú. Yo tengo lo que tienen los hom-

Deseando estoy encontrar redaños, así es que

Digitized by Google

cuenta conmigo para todo, si eres capaz de algo que suene.

—Juan es capaz de hacer lo que otro haga—dijo su amigo—, pero hay que mirar que siempre paga el pobre.

—¿Qué hay que mirar?—le replicaron.—¿Dónde estarían los burgueses si no fuéramos tan gallinas?

—Pero no hay unión—observó el de antes.

—Eso es lo que falta—confirmó Juan.—Y ellos tienen las bayonetas.

—Hijos del pueblo son—observó uno de los contrincantes—, trabajadores y desheredados como nosotros, y si fuesen conscientes...

—Pero no lo son.

—Pues abridles los ojos. Y mientras los tengan cerrados, que despierten con dinamita.

—Eso es, eso es—gritó Juan muy animado y bullicioso.

—¿Tienen maüser? Pues nosotros disponemos de la química. Aquí no hay revolucionarios, no hay más que mandrias.

—¡Y que lo digas!

—Compañero, hablas como un libro. Yo se lo digo á Manuel, mi oficial: Esto no se arregla mas que á linternazos. Lo demás es *monserga*.

—¡Otro! Manuel es un vocinglero. No sirve para nada.

—Vale más que el mundo.

—Un *pamplinero*.

Digitized by Google

—Tú eres un tal si crees la asnería que dices.

—Pero, vamos á ver, ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? Si pudiera saberse...

—Nada.

—Te digo que como ese hombre no hay otro.

—Pero contesta clarito, ¿qué es lo que ha hecho?

—Ya veréis de lo que es capaz.

—De nada, repito, y no seas tonto. Os dejáis engatusar como mujeres.

—Ya te he dicho que soy muy hombre, y al tal que lo dude...

—¡Paz!—dijo el señor Rafael.—Que haya *alternancia.*

—Nadie falta á la reunión. Eche usted otras copas.

Bebían á menudo.

—Á mí dame hombres de riñones como don Salvador.

—Ahí duele—dijo el amigo de Juan.

—Sin quitar yo su mérito á don Salvador, que lo tiene, y no puedo menos de confesarlo, porque si vive mi mujer es por su ciencia, y, en fin, por muchas cosas que no vienen á pelo, yo os digo que, sin quitarle su mérito, pues no debe rebajarse á nadie, y menos á personas de *circunstancias,* por lo que yo me entiendo, y volviendo al asunto, que no se tiene siempre bastante *quinqué* para distinguir...

Al grano, al grano.

Pues que don Salvador, comparado con mi ofi es un cero á la izquierda.

Digitized by Google

—¡Que te calles!

—Venga la comparanza.

—Don Salvador no tiene nada suyo.

—Y odia á los ricos y los quiere exterminar.

—Poquito á poco. Él no se mete en *líos*.

—¿Que no? Más hace ese durmiendo que otros velando.

—¿Y Manuel, para qué sirve tu oficial?

—Para andar en trapicheos y diversiones.

—¡Mentira!

—Al *respetive* de eso no hables, Juan—observó su amigo.—La verdad sobre todo.

—Ya quisierais vosotros hacer lo que él *hace*. *¡Infundiosos!* No sabéis más que murmurar. Á mí me consta lo que hay y no servís para roerle los zancajos.

—No meteros en vidas privadas—los aconsejó el tabernero.

—Si se oculta tanto de las gentes, será que trama algo muy gordo.

—Y mucho—contestó impremeditadamente Juan, que en el ardor de la defensa extremaba la nota y quería acumular sobre su héroe todo lo que le pareciese favorable en aquel ambiente y en aquella ocasión.

—Puede que esté fabricando bombas—dijeron con socarronería.

—Puede ser. ¿Lo crees imposible?

—¿Lo sabes tú?

—Yo sé muchas cosas, pero no me da la gana de-

Digitized by Google

cirlas. Vosotros, que sois tan *sabijondos*, no debíais preguntar á un zampatortas como yo.

—De modo...

—Ya se verá quién es Manuel.

—Menuda ocasión se presenta si hubiera eso que dices. La comitiva en la calle el día de la ceremonia con todos los cintajos y plumeros y galones. ¡Vaya un copo! Todo por los aires, pero aquí no hay valor.

—Lo hay.

—Pero, ¿quién es el valiente? ¿Tu oficial? ¿Tú?

—Ya lo sabremos.

Y Juan adoptaba aires de reserva y se infló de importancia, y atraído por la ajena labia y excitado, habló, habló, exagerando sus brusquedades y sus teóricas crudezas, mientras á unos pasos de allí dormía el niño, como los niños duermen, é inquieta Marta velaba, como si la acechase la desventura.

Digitized by Google

CAPÍTULO XIII

"Por mí se va á la ciudad doliente..."

En el largo corredor el bullicio era más grande que el acostumbrado. Poco faltaba para necesitar una pareja á la puerta que guardase el orden, pues había muchos desahogados y mucha gente sin principios, á creer al remendón con ribetes de portero, y aun si no estaba puesta ya era porque don Salvador se oponía.

El desfile de lacerias no tenía fin, y aquello no podía concluir en bien de ningún modo, porque á más del escándalo, preocupaba al Gobierno el cura judío, según el decir de muchos, que estaba armando una revolución en los barrios bajos.

Y no sólo eran vecinos de éstos los clientes, pues ya comenzaban á acudir parroquianos de clases, y más de un coche particular se par la puerta. Que se *amuelen* los ricos, decían lo

Digitized by Google

bres, que para don Salvador todos somos iguales. Y así no había más remedio que aguardar la vez, y el prestigio del curandero crecía al ver cómo gente de condición tan alta se avenía á sufrir las molestias no flojas de la espera en tales sitios.

En la calle de arrabal, junto al Matadero, empinada, angosta, empedrada de guijarros puntiagudos, martirio de los pies, llena de basura, donde á falta de gallinas de los corrales, chicos medio en cueros, desarrapados y cazcarrientos jugaban á quién es más cerril, pobres casas de fachadas medio sin revoco, desiguales de altura, sin proporción, casi cayéndose ó amenazando caerse, con fachadas asimétricas, como caras de criminal, vomitaban por los portales obscuros, largos, tortuosos, el hedor de sus entrañas y los tristes huéspedes de sus viviendas.

Allí, donde el empadronamiento es muchas veces obra de romanos é imposible para la autoridad cualquier estadística, son, en efecto, los moradores, más que vecinos, huéspedes transitorios desde que ingresan hasta la mudanza, voluntaria ó forzosa, á tugurio análogo ó al cementerio, donde asimismo suelen ir de huéspedes á una sepultura temporal, cuando no al hoyo grande, como un tiempo se decía, sin poder reposar definitivamente sus huesos molidos y asendereados.

[illegible] sollado de un transatlántico social se re-
[illegible]n á la imaginación, donde los pobres emi-
[illegible]comidos de miseria, en promiscuidad ho-

Digitized by Google

rrorosa, hacen su viaje al otro mundo. Sobre el estrecho patio, donde van á parar y sumarse los detritus de tamaña podredumbre, estancándose allí y volviendo en miasmas de muerte á su origen, envenenando el escaso aire respirable de aquellos pechos cansados, se extienden superpuestos corredores, hasta cuatro y cinco, de carcomidos maderos y suelos rotos y pretiles de fábrica, ennegrecidos, tenderetes de pingajos, acceso á varios cuchitriles, cuyas puertas despintadas y *churretosas,* con una ventanucha al lado, suelen ser el único respiradero de las habitaciones, de las que tres ó cuatro, y es mucho lujo, componen cada cuarto alquilable. Casa de éstas hay en Madrid cuyos interiores constan de una sola pieza para todos los usos de la vida, y no es raro, aunque el alquiler es muy módico, que la penuria obligue á los inquilinos á subarrendar, juntándose dos ó más familias, hombres, mujeres y chicos, revueltos, en montón, sin nada que los aisle, faltos de oxígeno y de agua, con letrinas generales, en comunidad ininterrumpida de pudridero físico y moral.

Juramentos y maldiciones, disputas y golpes, son los ruidos de aquel infierno, y en la batahola, donde el llorar de los niños parece llanto de condenados y la canción obscena y vulgar expresión de la rabia ó desaliento de la indiferencia, se ahoga cualquier voz de la ternura que llamo
la familia.

Se busca la guarida necesaria, pe

Digitized by Google

cuanto se puede, hasta materialmente lanzado por molestias inenarrables, de las que algunas, refiriéndose en las noches de verano á insectos repugnantes, son para el público, al ver los campamentos de calles y plazas, motivo de chacota.

En el último cuarto de uno de esos corredores recibía á sus parroquianos don Salvador. La inquilina, devota del taumaturgo, se brindaba á abrir su casa á los dolientes. Alguna sombra de pecado deslucía su generoso proceder, cosa muy natural sin duda, pues el ser humano sólo es perfectible, no perfecto, como es sabido, mezclándose con la caridad, en que el cura loco la inflamara, el orgullo de ser ó aparecer como la discípula predilecta. No dejaba en verdad de suscitar envidias, y hasta algún pobre de espíritu la lisonjeaba, queriendo forzar las inagotables bondades de la Providencia con la recomendación, que suponía muy eficaz, de quien se hallaba tan próxima á la fuente del milagro. Poco, por otra parte, la costaba su no mediano papel, que muchas como ella se hubieran prestado á desempeñarle, y no decimos todas porque algunas contaban con la oposición de su hombre. Nada llevaba por el hospedaje, ni era posible, porque don Salvador no admitía un céntimo por las consultas; pero tampoco, salvo el de paciencia, tenía gasto alguno ni más daño que el de la importu-

Con agua bendecida, salmos en latín y ora- y palabras obscuras, que metían el corazón puño, salía don Salvador del negocio de las

Digitized by Google

recetas. ¡Que rabiaran los médicos! Contábase que iban á hacer y acontecer al bueno del cura, como si algo pudieran los matasanos contra Dios.

Y á lo largo de la desvencijada galería marchaba la cola, esperando el instante de la gracia. Ninguna imagen milagrosa para sanar tullidos, dar vista á los ciegos, oído á los sordos, manos á los mancos y á los cojos piernas y pies, curar lamparones, sacar la ponzoña de bofes, corazón y entrañas todas del cuerpo humano, tan deleznable, víctima propiciatoria del dolor, había entonces en Madrid, donde acudieran los menesterosos y los afligidos, que también la pena, y más que la enfermedad, requiere salvación. En *extranjis* es hoy donde cosas tales ocurren, y sobre ser inaccesible para muchos el lugar santo, su existencia es desconocida para no pocos.

Sentado don Salvador, de rodillas los circunstantes, el extravío de aquél se acentuaba con la solemnidad de su misión. Parecía de otro mundo. Hipnotizaba al creyente, que salía como atontado con su vasija de agua bendita. La humildad de la estancia era incompatible con accesorios que impresionasen, pero no los buscaba don Salvador, abstraído, como sonámbulo, interlocutor de un diálogo misterioso, ni el paciente los echaba de menos. En el momento de la imposición de manos, que siempre hacía, mientras sonaban sus palabras á ruido de tormenta; cuando soplaba en la boca, con infundir aliento sobrehumano á los débi

Digitized by Google

hacer la señal de la cruz con profunda unción, temblaba el cliente, y más de uno, mujeres sobre todo, rompía á sollozar. Si algún burlón se introducía, lo disimulaba, ó sobrecogido por la catadura y ademanes del sacerdote ó temeroso de menoscabos en su persona de parte de los fieles.

Como afuera el montón viviente, libre de la mirada fascinadora de don Salvador, sentía impaciencias, y la condición de la mayoría no era la más adecuada para la compostura, no solía dominar el silencio ni ser las frases muy cultas, y sólo cuando la *trapatiesta* amenazaba tomar vuelos ó intervenía algún mojicón entre los disputadores mediaba la dueña del cuarto, que por santuario de la grey pudiera tomarse, amenazando, cuando más benévolas amonestaciones fallaban, con cerrar la iglesia.

—¡Cuánta peste trae ese bendito de Dios!—exclamaba malhumorada una vecina.

—¡Podía irse al Canal!—vociferaba otra con menos respeto.

Porque la rebelión, la duda y el desdén asimismo no dejaban de mezclarse á la superstición fanática. El miedo de los pacientes era el principal factor de la obediencia y la sumisión al cura loco. Muchos de ellos se ofrecían como bestias humilladas, recelosas, comprometidas, al enseñar los dien-
[illegible] disimular con la sonrisa la nostalgia del
[illegible]isco.
[illegible]bres, salvo los que guardaban fila, se veía

Digitized by Google

pocos, los unos en su trabajo, los otros en la taberna ó tomando el sol. Cuando alguno arribaba, con refunfuños ó cuatro bromas se satisfacía; pero regularmente después, acostumbrado á la pasividad de los miserables, mirábalo con indiferencia musulmana, la que suele haber en cualquier país, ocasión y momento en el fondo de las decadencias.

La exposición de los concurrentes era singular, museo donde artistas desequilibrados, ascéticos, con el furor de la persecución de la carne, desplegaran su fantasía. Las huellas serviles de la resignación marcaban muchos rostros, y los pobres atavíos de la multitud reforzaban la tonalidad gris, cenicienta, del cuadro.

El pobre ciego, como una esfinge serena siempre en medio del torbellino, empujado, estrujado á veces, sintiendo alrededor la vida, impasible levantaba su faz y la exponía á la luz, que rechazaban sus ojos muertos, en espera de que dedos divinos, al ejercer presión en los párpados, hiciesen brotar la visión con sus alegrías. Algo semejante á lo que se cuenta de San Isidro hiriendo la peña dura para trocarla en jocundo raudal de salud. Una vieja, con jeroglífico de arrugas en su cara, modelo de caprichos de Goya, perlática, desperdicio humano, gañía la limosna de un poco más de vida tan ruin, de la que no conocía sino trabajos y privaciones. sin parientes y amigos, extranjera en toda
empeñada en no perder la soledad de su est
ro; un infeliz leproso, con horrenda llag

Digitized by Google

suyo para mendigar, mezclado entre la turba, que no le rehuía, con la desaprensión de la inconsciencia, demandaba remedio del San Lázaro omnipotente, y en el abigarrado conjunto se destacaba tal cual persona, emboscando el sonrojo en la chusma fétida, procaz, descomedida, llevando los hijos en brazos algunas mujeres, acompañando otras á los seres amados, infundiéndolos valor con su presencia, abnegadas, forzadas por la necesidad y el instinto á templar sus pobres medios de defensa para el combate por la vida, tan duro y cruel, como la desesperación movía á pudientes, cansados de no hallar remedio en célebres doctores, á recurrir al empírico, al cual suministraban parroquia grande los desequilibrios nerviosos y también los hastiados, removido, como légamo, el fondo atávico de ciertas naturalezas.

Narrábanse unos á otros prodigios de don Salvador, y un amuleto era su nombre. Mutuamente se animaban cuando cualquier incidente no sobrevenía. Con frecuencia los chicos, que todo lo añascan, encendían la cólera con sus travesuras. La entrada de uno nuevo excitaba la curiosidad y era pábulo de la conversación. Así iban matándose las horas de la tarde por don Salvador dedicadas á ese ejercicio.

La popularidad del curandero, tan caritativo y interesado, crecía por instantes. Con el dedo le alaban al pasar, y no había por aquellas barriabicho viviente que no le conociera.

Digitized by Google

No fué mal rebullicio y trastorno el que produjo aquel día la *señá* Marta, avanzando resuelta en busca de don Salvador.

—¡Eh, á la cola!

—¡A la cola!

—Hermanos, déjenme, que yo no vengo enferma, á Dios gracias, y he de dar un recado urgente á don Salvador.

—¡A la cola!

—Fuera *requilorios*. Usted es como los demás.

—Miren la lamprea.

—Y que hace caso la muy arrastrada.

—Alto, hermana, ó la santiguo—gritó un cojo, sosteniéndose en un pie y enarbolando la muleta.

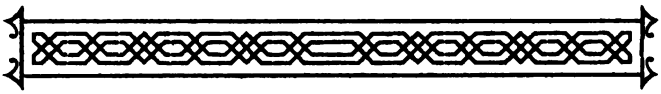
—Dala firme.

Y al ver su terquedad arreció la protesta. Sonaron silbidos, algunos objetos arrojadizos la alcanzaron, y presa de excitación desmedida algunas mujeres dieron en lanzar, semejantes á aullidos, improperios salvajes, que como sones de clarín, autosugestionándose, no obstante la pequeñez de la causa, las agitaba como furias.

No hubo más remedio que pedir la vez y aguardar, so pena de mayor desaguisado. Marta, pacienzuda, esperó, y cuando todos despachados quedó el mago sólo, entrando donde se encontraba, le dijo:

—He venido á buscar á usted para suplicarle que cure á Magdalena.

Digitized by Google



CAPÍTULO XIV

"¡Cuán otra, Margarita desdichada!..."

UNA extrema debilidad, agotamiento, acababa con Magdalena. El gozo sencillo huía ante un humor negro cada vez mayor.

La niña era encantadora, con su pelito rubio, que, rebelde, formaba un mechón caído sobre la frente. ¡Cuántos besos intentaron domar aquella rebeldía!

¡Qué gracia la de sus ojos azules, que reflejaban casi únicamente la imagen de su madre! ¡Qué delicadas las manitas, que, apretando los puños, mostraban deliciosos hoyuelos! ¡Qué hermosura la de aquel ángel, que reemplazaba las alas con la son-

cuerpo de Magdalena se iba haciendo casi arente; grandes ojeras amoratadas circuían s, donde se concentraba la vida.

Digitized by Google

Aquel ser era frágil, y no en vano se pasa por entre las tormentas. El cristal no se quebranta con el sol, pero un viento huracanado le destroza.

Estaba enferma, sostenida por el galvanismo de su existencia miserable. Trabajaba. Los gorjeos de la niña, su presencia, aturdían las voces del pasado en la memoria de la madre, y su amor era la única recompensa del porvenir. En días de cansancio, cuando la fatiga paralizaba sus miembros, mirando á su hija, volvía denodadamente á la labor, engrandeciéndola el martirio á sus propios ojos.

En casa de Juan las escaseces también obligaban al redoblamiento de la tarea. Pronto se desequilibra el presupuesto de los trabajadores, y el paro forzoso de algunas semanas había llenado de angustia á la familia.

Varios látigos sacudían, pues, la modorra; pero llegó tiempo en que todo estímulo fué ineficaz. Cada vez más débil, Magdalena no pudo levantarse. Adquirió una blancura sublime, ante la cual toda blancura se obscurecía, como si el cuerpo tomase el desquite de su mancha. Contraste de aquella nieve era la negrura de sus pupilas, que ansiosas bebían la luz y miraban de un modo que hacía llorar.

Visitóla don Salvador con paternal cariño. Sonriendo tristemente le oía Magdalena y le acompañaba deferente en sus rezos.

Aumentó la gravedad del problema la impo dad, manifiesta ya en absoluto y para mucho

Digitized by Google

po de hacer nada. Conflicto insoluble en la situación del matrimonio con quien vivía.

Un día entró de visita Manuel, que acostumbraba á hacerlo desde aquellas escenas más arriba contadas, en que figuró, y con él un señor canoso, bien portado, de levita y sombrero de copa.

Era un médico, amigo de Manuel.

Ya en la alcoba, el doctor dijo chanceramente.

—¿Cómo va ese valor?

—Bien, gracias.

—Veamos, buena moza. ¡Vaya si lo es!

—Este señor es un amigo mío, un médico.

—¡Ah, un médico!—exclamó Magdalena.

—De visita, hermosa; pero no de visita de médico, sino de admirador.

—¿Qué dice este hombre?—pensó la enferma.

—Con que ¿cómo estamos?

—Muy bien, por ahora no necesito de sus cuidados.

—Indudablemente, pero yo me alegro mucho de conocerla.

—Gracias.

—¿El pulso? Perdón—dijo haciendo una cortesía graciosa.

—Tome usted—contestó Magdalena, riéndose.

—¿Estamos de guasa? Mejor.

—¿Qué tal, don Roberto?

Muy bien, amigo mío. ¿Esta es la pequeña?—
ando en la niña.

señor.

Digitized by Google

—¿Cómo se llama?

—Esperanza.

—Bello nombre, por vida mía. ¿Para quién serás tú esperanza? ¿Qué mamoncillo como tú, tan tranquilo ahora, penará después por tus pedazos?

—Qué buen humor el de don Roberto—dijo Manuel.

—Déjeme auscultarla, pimpollo.—Entre bromas hizo un examen detenido.—¡Ea! adiós. Si usted me lo permite le haré alguna visita.

—Cuando usted guste—contestó la joven.

Salió el médico. Detrás Manuel y Juan, mientras Marta acompañaba á la enferma, y en el corredor hablaron de esta suerte:

—¿Cómo la encuentra usted?

—Mal, muy mal.

—¿Qué tiene?

—Es enfermedad larga y complicada.

—¿No hay remedio?

—Como remedio... A fuerza de tranquilidad, porque la matan las emociones, y de gasto, de mucho gasto... ¿Con qué recursos cuentan ustedes?—preguntó á Juan.

Y el pobre hombre respondió:

—Casi no tenemos camisa que ponernos. Los tiempos están muy malos.

—¿Qué es de ustedes la enferma?

—No nos toca nada. La recogió mi muj
un alma de Dios.

—¿Y tuya, Manuel, qué es?

Digitized by Google

—Nada tampoco; la he conocido aquí, en casa de mi amigo.

—Entonces...

—¡Nos da tanta lástima!... Y ella es tan buena, y se hace querer.

—Trazaría un plan si hubiera de permanecer aquí la enferma, pero...

—¿Pues dónde va á estar?—preguntó Juan estupefacto.

—Aquí, según dicen, será imposible. Piense usted en las responsabilidades. Carece usted de medios para sostenerla, porque la enfermedad ya he dicho que será costosa.

—Es verdad—murmuró Juan; y asaltándole de pronto un recuerdo que le turbó, dijo:—¡Cualquiera convence á mi mujer!

—Contra lo imposible no hay lucha. ¿Y qué ha de hacerse? Cuando faltan recursos queda el hospital. Yo daré una recomendación.

—¿Al hospital esa pobre criatura?—dijo Manuel.

—¿Al hospital?—masculló Juan.—No se me había ocurrido... Pero, hombre de Dios, ¿usted sabe quién es mi mujer?

—Ustedes verán. Yo me limito á decirles lo que es del caso.

—Y tiene usted razón que le sobra y se ve que es un hombre cabal; pero, vamos, que Magdale-

—Y aturdido Juan le daba vueltas al magín,
allar la salida del laberinto.
despidió el médico, quedando Manuel en avi-

Digitized by Google

sarle, si acaso, y los dos hombres, mustios, volvieron á la alcoba.

Sonriendo la enferma, dijo á Manuel:

—Se lo agradezco mucho á usted; pero ¡qué ganas de gastar dinero en balde! No tengo nada. Un poco de cansancio.

—Eso es, eso es—afirmó el herrero—y así lo ha dicho el doctor.

Juan no habló palabra porque no podía; ahogado de emoción, temeroso de abordar el asunto con su mujer, que de tan buena se pasaba y á cuya bondad, según confesión propia, tenía más miedo que á un toro de Miura. Si habla, lo de adentro sale á borbotones.

Se celebró consejo. Con don Salvador, fuera del influjo espiritual, ahora inútil, no podía contarse.

Fué de ver la angustia de Marta. Con un cabello se la pudiera ahogar.

En voz queda, para que la enferma no se enterase, trataban del delicado asunto, y hubieran preferido los hombres cualquier riesgo á afrontar situación semejante.

—No hay más remedio, mujer, convéncete. La niña á la Inclusa, la madre al hospital.

—Al cementerio, dirás mejor, porque eso es matarla. Críe usted hijos para verlos así.

Frecuentes pausas los interrumpían. El llorar silencioso de Marta carecía de tregua, y á lo
bres se les arrasaban los ojos y un nudo a
cortaba la conversación.

Digitized by Google

Después de muchas vacilaciones, porque en su interior se libraban combates entre sus impulsos y las lecciones de la experiencia, tan dolorosa para él, á lo que se añadía el peso de consideraciones muy atendibles y mundanas, Manuel, vista la situación en que Marta, sin consuelo, parecía á punto de morir, y Juan, héroe por fuerza, gesticulaba reprimiéndose, movido de su generoso natural y también de la honda simpatía que le arrastraba hacia aquella mujer en tanto abandono, dijo de repente:

—Los amigos son para las ocasiones. Si no queréis qué se vaya Magdalena, y yo tampoco quiero, contad conmigo.

—¿Pero qué?...

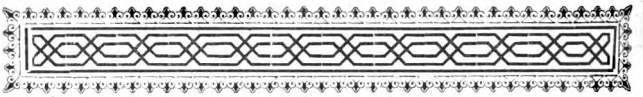
—Yo me comprometo á ayudar con mi salario, con la mitad, con todo, si es menester. Trato hecho, y no necesita más la palabra de los hombres.

—Tú, tú... Eso es *discarriarse*...—y Juan se llevó la mano á los ojos.

—Señor Manuel, bendito sea usted... pero...

—Se ha concluído. Usted, señora Marta, recibirá todos los sábados lo que yo pueda. Nos arreglaremos con lo que hubiere y nos aguantaremos con lo que falte, y si nos morimos, que muramos siquiera en amor y compañía. Salud tengo y fuerzas. ¡Muera la pena negra! como tú muy bien gritas. Quiere decir que si no basta como uno, trabajaré como dos.

Digitized by Google



CAPÍTULO XV

"Conócete á ti mismo."

MAGDALENA consumía las horas de enfermedad pasando revista á su vida y jugando con Esperanza. Por las noches iba Manuel, es decir, no iba todas las noches, velando unas, porque tenía que trabajar como un negro, ocupado otras en propagandas de organización.

Cuando velaba era de ver al obrero, ennegrecido por una faena de tantas horas, junto al fuelle, alumbrándose, más que con la débil luz artificial, con la fragua, cuyo resplandor proyectaba la sombra de Manuel en el patio, golpeando con un martillo, también de sombra, cuyos golpes sonaban en otra parte. Aquello significaba la vida [illegible] pobres seres.

El obrero, meditabundo, atravesaba l

Digitized by Google

Madrid. Pasaba bajo grandes focos de luz frente á escaparates con ostentosas manifestaciones de la industria humana. La gula, la vanidad, el amor, el alma y los sentidos encontraban allí su fiesta; ojos hermosos obscurecían los cambiantes de luz en las facetas de multitud de piedras ricas; bocanadas de aire caliente de vez en cuando salían de un café, lleno de ruido, hecho un ascua de oro, multiplicándose, como multiplica el egoísta su felicidad, en grandes espejos; coches de lujo, tirados por briosos caballos, automóviles insolentes, dejaban entrever, envueltas en pieles costosas, damas que iban al Real; cruzaban hombres bien vestidos, con la satisfacción de las comodidades, y de aquel mundo de embriaguez, de orgullo, de delicias, se sentía extraño, y pensaba y pensaba y eran combustible de su razón, tropezando con ellos acá y allá, los mendigos, los trabajadores parados, muchos vestidos como señores, á duras penas encubriendo lo que pudiera llamarse proletariado burgués, traviatas sin redimir y tantas formas de la desgracia y la abyección como se mezclan en la urdimbre social de las grandes ciudades.

También Magdalena meditaba. Un pensamiento se aferró á su cabeza:

—Si mi madre ve desde otro mundo, como dijo, ¡cuánto querrá á Manuel!

e Magdalena se hubiera arrojado al fuego en ocausto de su protector era indudable. Desde o tenía derecho sobre la niña, era *suya* por

Digitized by Google

virtud del sacrificio. ¿Qué hubiera sido de ella sin él? La madre lloraba. ¿Qué hubiera sido de Magdalena sin él?... La mujer lloraba.

¿Dónde había quien se le comparase? Magdalena, viendo tanto heroísmo en un hombre que juzgaba superior á todos, no creyendo, á fuer de agradecida, más que en el ser que trabajaba para ella, en los ojos que veían para ella, comenzó á sentir á su presencia y á su recuerdo emoción íntima, suave, de bienestar, tocaba las manos de que recibía el pan y la salud con el mismo temblor que un sacerdote creyente al tocar por primera vez la hostia, y el calor de la mirada próvida que la acariciaba parecía correr por sus venas.

El hecho es que envuelta en atmósfera de paz, que sólo dejaba paso á la luz del cariño, la enferma iba restableciéndose gradualmente, y según el cuerpo mejoraba el corazón recogía con avidez los rayos de ternura y sus labios comenzaron á colorearse.

Aun las mejillas de Magdalena no eran rosas, pero tampoco eran nieve. ¡Ese Manuel! A veces se quedaba extática contemplando al hermoso atleta de la vida, sintiendo el hierro de que estaba hecho circular por su sangre, y ella, la idólatra de la forma, la que de niña no separaba el concepto de divinidad de la imagen corpórea en que la enseñaron á creer, y prefería el culto solemne, os
triunfal, y del culto las procesiones de gala,
de paso se podía lucir en la carrera el pal

Digitized by Google

contacto de aquella Providencia viva que la amparaba, al verse fuera del abismo donde cayó, tan hondo que parecía imposible que ninguna mano alcanzase á la víctima, comenzó á fijarse despacio en el hombre á quien de todo era deudora, y el corazón latió con nuevos latidos, la sangre se reanimó con nuevos ardores y comenzó á soñar vagamente, sin determinación todavía, en su pascua de resurrección de la carne, en la gloria suprema de un redentor á quien pudiese adorar abrazándole y sintiéndose abrazada.

¡Días de sol, cuánto tardáis! Todo el anhelo del hombre se cifra en vuestra ventura. ¡Días de sol, bien venidos! Magdalena aspiraba á disfrutarlos. Su ser era como una esponja de carne transfigurada, empapándose de ternura.

El pasado negro la horrorizaba. ¿Por qué dió aquel paso? ¡A qué poca costa podía haber estado siempre en la luz! ¿Por qué cayó? Lo que entonces le pareció irresistible, ahora, para mayor escarnio, no le parecía nada. Ni siquiera costaba esfuerzos separarse del delito que luego produce manchas indelebles.

Algunas veces acusaba. En el linde que traspasó no había siquiera, como en las fronteras de las naciones, guardianes que le diesen el alto; sombras confusas sí vió con apariencia de deberes, pero no los conocía bien, y en cambio desde más la había solicitado algo imperioso revestido de la la luz del sol.

Digitized by Google

¡Amar! Ese fué su delito. ¿Para qué la vida sin el amor? A detenerla en la pendiente fueran pocas las palabras de mil sacerdotes que predicasen en nombre del martirio, porque Magdalena no comprendía que el primoroso encaje de su cuerpo delicado se debiera quedar entre las zarzas de la vida.

Ella amó á un miserable. Esta idea, barrenando su cerebro, se clavó en él, deteniendo el vuelo de la razón, y el odio roía sus entrañas.

Iba con frecuencia don Salvador. Con Manuel discutía, empeñándose ambos en polémicas interminables, á las que embobado asistía Juan. Magdalena y Marta escuchaban también, aquélla con gran atención, Marta con paréntesis, pues sus quehaceres la ocupaban mucho, y cuando la vigilia se prolongaba solía dormirse. Los dos adversarios se estimaban por su sinceridad. Jamás se entendieron, á pesar de coincidencias engendradas en lo puro de su intención. Don Salvador hablaba como un iluminado.

DON SALVADOR.—¡Ay de los ricos, ay de los fariseos, ay de los malvados, más les valiera no haber nacido! Ultrajan al pobre, le engañan, le pisotean, le maldicen, le ponen en servidumbre, y para perderle del todo van á buscarle á sus mansiones de dolor y no dudan en hacerle atravesar mares de penas; pero luego será su bienaventuranza y el lloro y tortura de quienes le escarnecieron. ¡Ay de ciudades que apedrean á los elegidos!

MANUEL.—¡Traslademos la justicia á este mun

Digitized by Google

DON SALVADOR.—¡Imposible!

MANUEL.—Hay que poner el derecho á la vida en la cumbre del Estado.

DON SALVADOR.—La soberbia es diabólica, la soberbia rechina los dientes, y al coger las flores las convierte en malos pensamientos. La soberbia es el único pecado que obscureció las ondas de luz celestiales y pudo abrirse camino entre los ángeles del Señor.

MANUEL.—Sin el espíritu de rebeldía la humanidad fuera esclava y el mundo inhabitable.

DON SALVADOR.—¡Caridad!

MANUEL.—¡Justicia!

DON SALVADOR.—¡Execrad el amor! Perpetuar la especie es perpetuar los dolores y la maldición de la raza.

MANUEL.—Desconsolador es no fiar más que en la muerte. La naturaleza entera protesta. Un canto á la vida inmortal sale de todos los corazones.

DON SALVADOR.—La naturaleza es mala.

MANUEL.—Cambiadas las circunstancias, el medio, no se produciría el delito. El microbio no causa estragos sino en campo favorable. El hombre, además, no es perverso por su índole, sino que está maleado por herencia, por educación, por la sociedad. A medida que ésta progresa la humanidad se va haciendo mejor, como mejora el individuo cuan-
ıe ayudan circunstancias personales. Compa-
do tiempos con tiempos, preferibles son los de
ıra.

Digitized by Google

DON SALVADOR.—Si todos practicasen como practico yo, los hombres no se dañarían mutuamente. Dejando de hacer todos, se anularía el crimen. Resignándose todos al sufrimiento, nadie sería autor de suplicios. No empuñando nadie las armas, no habría quien las manejase contra sus hermanos.

MANUEL.—Labor negativa é inútil. En muchedumbres inermes y suplicantes seguirían los déspotas haciendo matanzas. No se acaba con las malas hierbas así; por el contrario, se extiende su invasión á costa de las buenas semillas. Los progresos de la enfermedad no se atajan con la inacción.

DON SALVADOR.—El cieno de la carne no se puede convertir en perlas por nuestra sola voluntad y nuestras energías. El goce es efímero y ni se sabe si es.

MANUEL.—Horriblemente positivo es el dolor, y por librarse de sus cadenas claman perdurablemente los hombres. Vivir, la alegría de vivir, el secreto tanto tiempo perdido, por cuyo descubrimiento trabajamos afanosos, será la regla.

DON SALVADOR.—Siempre habrá el desequilibrio que produce las caídas horrendas y los privilegios.

MANUEL.—No. Miremos hacia atrás sólo para ver el mucho camino andado y tomar fuerzas con que seguir adelante. Hoy nos cerca aún
trocada en ley, chocando con la ley jus

DON SALVADOR.—Dejad de haceros i

Digitized by Google

de otros. Los juicios de Dios abismo grande. Los malos ya tendrán su merecido.

MANUEL.—Por mí, ensanchando los límites del Código hasta abarcar la conciencia, ningún crimen quedaría impune, ó mejor, si yo pudiese no se necesitaría castigo, porque no habría criminales.

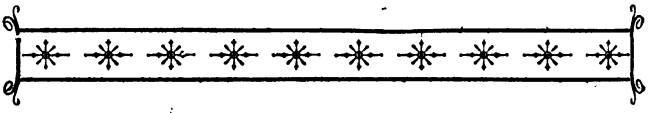
DON SALVADOR.—¿Qué has de poder? Monstruos engendra la pasión.

MANUEL.—El amor en la naturaleza siempre es sagrado. ¿Por qué sólo entre los hombres ha de ser maldito? Volverá á sus altares.

DON SALVADOR.—Ni padre, ni madre, ni hermanos tiene el hombre.

MANUEL.—Yo quisiera hacer de la humanidad una sola familia.

Digitized by Google



CAPÍTULO XVI

"A fe, Sancho—dijo don Quijote—que á lo que parece no estás tú más cuerdo que yo.„

TERMINADA la cena frugal, siempre que podía Manuel iba á casa de Magdalena. Al comienzo de aquellas visitas, cuando la mayor gravedad de la madre, permaneció largos ratos abstraído, contemplando á la niña en brazos de Marta.

¡De qué modo tan maravilloso, en el rodar de los pensamientos de Manuel, se enlazaba la vida frágil de la niña con su concepción de las cosas!

—¡Qué hermosa es!—exclamaba algunas veces.

—Muy bonita... ¡Y pensar que ha de ser desgraciada!

—¡Que ha de ser desgraciada!...—re obrero.

Digitized by Google

—¡Pobres inocentes!—concluía la buena mujer.

La idea de aquella desgracia, como un ave negra cerniéndose sobre la niña, oprimía el corazón de Manuel; pero era un luchador, toda contrariedad estímulo para el combate, y nacía en su fuerte querer el propósito de salvarla.

¿Cómo? ¿Qué derecho tenía sobre ella?

Al poco tiempo la niña amaba á Manuel. Éste la llevaba siempre golosinas, y jugando con Esperanza se le pasaban las horas.

—Papa—decía la niña al verle—*chichi*.

—¿Quién me quiere á mí?

—Nena.

—¿Cuánto me quieres?

—Así...—contestaba la niña abriendo lo posible los brazos.

Manuel sonreía como un bobo.

—¿A quién quieres más?

—Mama.

—A ver, dime la buenaventura—y extendía la mano callosa.

—*Aaatura*...—canturriaba Esperancita, paseando torpemente por la manaza del obrero su manita delicada, y todos se reían á más no poder.

Como la niña no sabía más, y aun sus gorjeos, que tal eran, necesitaban interpretación, llegando á este punto había que comenzar de nuevo.

to enternecía á Magdalena, que aspiraba el ıume de aquel cariño, y la necesidad de hacer-comprender de la niña, amoldándose á su idio-

Digitized by Google

ma, la obligaba á designar con el título de papá al obrero. Magdalena mejoraba de día en día. Manuel sentía con placer y orgullo abrirse aquella vida en su obsequio. La joven, que ya podía abandonar el lecho, participaba de los juegos, y muchas veces, colgándose del brazo de Manuel, remedando la voz infantil, decía: ¡Papa!

Sin darse cuenta fué Manuel repitiendo las visitas y prolongándolas, alegre cuando la hora de hacerlas se aproximaba, disgustado vagamente de que terminasen. El caso era que siempre que podía estaba allí, y le iba enojando cualquier otra ocupación. Pensar en la vuelta era su contento y su gozo, algo por dentro le iluminaba y se adormecía en risueña embriaguez, como si oyera de continuo una música dulce. Su sangre, más pura y rica, le henchía con savia vernal.

Los domingos, no entretenido por el trabajo, procuraba arreglárselas para pasar el día en casa de Juan y comer allí. Si su camarada salía de paseo, no le acompañaba. El prestigio seductor del sexo, que obra hasta en los actos más indiferentes, y de que Manuel no se dió cuenta en su impulso de salvar á Magdalena, cuando ofreció su salario, seguía tejiendo lazos invisibles, que el trato y la simpatía estrechaban indisolublemente.

¡Ah! ¡Cuán cierto es que muchos delitos quedan impunes! Ahí está en nuestro Código penada la imprudencia temeraria, pero ¿de qué sirve? Un domingo por la tarde, de paseo la familia de Marta,

Digitized by Google

se encontraban Magdalena, Manuel y la niña en la salita del pobre cuarto. El día era tan espléndido que la luz, una luz de idilios, inundaba de poesía los objetos, alegraba los ojos, llenaba de una claridad misteriosa el patio y volvía vistosos los arambeles colgantes de cuerdas ó de los antepechos, á guisa de colgaduras. Se oía ese ruido lejano que hace más profunda la soledad. Era tanta la hermosura de la tarde, que hasta el cuartucho de Magdalena podía servir para encantado nido de amor.

Magdalena y Manuel se afanaban en lo de siempre, en mostrar de mil modos diversos su adoración á *Ancita*, diminutivo familiar, que estaba radiante. Influía en ella la luz, el prestigio de lo blanco, que era el color de su vestido, y el amor de sus contempladores. Hizo aquella tarde las mayores diabluras, reía sin ton ni son, palmoteaba, saltaba, pronunció algunas medias palabras nuevas y además, ¡suprema angustia!, hubo un momento en que las manos de la madre dejaron de seguir las caprichosas vueltas de aquella loquilla, empeñada en caerse, y quedó sola la nena, de pie y algunos pasos distante de sus compañeros de juego. ¡Cómo tener la serenidad suficiente para relatar la escena! ¡Cómo exigir calma al cronista en estos instantes, cuando el pensamiento más sólido se desquicia! Al quedarse sola Esperanza comprendió lo trascendental de la situación y que era [illegible] de las crisis tremendas de su vida. Miró con [illegible]edad á todas partes, se sostuvo firmemente so-

Digitized by Google

bre los pies y hasta—¿cómo contarlo?—hizo un movimiento indicador de su voluntad resuelta de andar. Magdalena y Manuel, implacables, la excitaron con llamamientos tentadores.

La madre.—¡Aquí te espero!

Manuel.—¡Ven, toma un *chichi!*

Las piernecitas son débiles, la nena no ha andado nunca; si anda se expone á un percance, comete una imprudencia temeraria, un delito castigado por el Código... De manera...

—¡Ven, ven, ven!—repetían la madre y el amigo anhelosamente, viendo á la niña avanzar un pie y extender las manos.

—¡Por fin!... Una... dos...

—¡Bravo, bravo!—gritó palmoteando Manuel.

—¡Hija de mi corazón!—chillaba Magdalena, mientras se comía á besos á la criatura, que encarnada por el esfuerzo lo estaba aun más de orgullo y satisfacción.

—¡Valiente!

—¡Pero qué gitana!

Roto el fuego ya todo es ánimo. La tarde se pasó viendo andar á Ancita, perdidos aquellos tres seres en un desierto de felicidad, entre luz de idilios.

Cuando regresó el matrimonio, mientras Juanito jugaba con Esperanza y se preparaba la cena, charlaron. Juan contó que á la vuelta del paseo vió cómo iban formándose grupos de obreros, de que con frecuencia solían manifestarse. Bien biera él querido detenerse, siquiera para v

Digitized by Google

observar, pero no se puede ir con mujeres á ninguna parte, que estorban y gruñen y logran con su importunidad quebrantar á los más enteros, porque por no oirlas...

—¿A ti que te importa?—le replicó Marta.

—¿Oyes esto, Manuel? Ándalas tú con solidaridad.

—¿Estaría bien que te metieras con el niño en apreturas? ¿Querías que tu mujer fuera atropellada?

—Tiene razón que la sobra—apoyó Magdalena. Ustedes los hombres no miran más que su gusto.

—¡Ya escampa! ¡Y cómo se defienden unas á otras! ¡Vaya unas pécoras!

—Interesadas por ti lo dicen, y en el fondo tienes que darlas la razón—observó Manuel.

—¡Como que ibas tu á quitársela á Magdalena! Buen punto estás, maestro. Yo esperaba verte por allí—añadió Juan, guiñando un ojo con malicia.

—Nada se le había perdido—se apresuró á declarar Magdalena.

—Chica, chica, no hay que sulfurarse. Mira á Manuel cómo no dice esta boca es mía. Y sabido es: el que calla, otorga.

—Y mucho que otorgo. ¿Qué iba á hacer yo? ¿Qué falta hacía?

—La que los perros en misa, chico. Ya voy vienque no haces falta en ninguna parte, y si hicie-, lo mismo sería.

—No seas testarudo, Juan, y vente á razones.

Digitized by Google

—Si yo soy muy arrimado á la cola, ya lo sé. Y un calzonazos y un Juan Lanas.

—No sé á qué viene eso—indicó su mujer.

—A nada. Cambiemos la hoja, porque si no, á poco son, bailo.

—Pues baila.

—No me pide el cuerpo bailar, que si me lo pidiera lo haría hasta caerme, pues si yo digo por aquí por aquí ha de ser, y no se me hurgue y mejor es dejarlo donde está, pues, como dijo el otro, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y yo soy muy hombre.

—Mala hierba ha pisado éste en el camino, *señá* Marta.

—Veneno es lo que he tragado mucho.

—¿Has tomado algunas *limpias?*

—Sólo falta que te vengas con *pitorreos*. Pues el horno está para bollos...

—Cuéntanos, hombre, lo que te ha sucedido.

—¿Qué me ha de suceder, reniego hasta de mi casta, sino que no puedo ver la injusticia? ¡Vamos, que hacía una ensalada de burgueses!...

—Como los dejasen á cargo de usted no quedaba uno.

—No hables con sorna, Magdalena, que en tu vida has dicho una verdad tan grande. Así, clarito, y no se ha ido quien lo sostiene.

—El ciudadano Nerón.

—El ciudadano... narices. Soy más hombre que tú, Manuel.

Digitized by Google

—Hijo, no te des tan malos ratos por lo que no te importa—murmuró Marta.

—Y dale con que no me importa.

—Sí te importa, pero no lo puedes remediar.

—Llevo mi grano de arena. Así dice este *pamplinero*, que no tiene palabra mala.

—Si es posible que tú hables razonablemente...

—Por vida de...

—¡Calma! Sepamos qué grupos eran esos.

—De obreros sin trabajo.

—¿Y qué van á conseguir?

—¿Qué van á conseguir?

—Eso te pregunto, para que me lo digas si lo sabes. ¿Cuál es su propósito al reunirse hoy, sin plan, sin dirección?

—Algo será ello.

—¿Pero tú no lo sabes?

—Hombre, yo supongo que aprovechando el ser domingo y estar todo el mundo en la calle, querrán dar un escándalo.

—¿Nada más?

—Repito que yo no estoy en antecedentes.

—Hay que organizarse, y para llegar al fin hacen falta hombres.

—Aquí hay uno.

—Tú eres por tu buena fe, por tu ruda generosidad materia explotable para la perfidia.

o que yo no soy es tan *prudente* como vosotros.

No te esfuerces. Ya sabemos que te falta prudencia.

Digitized by Google

—Y á tí te sobra y Magdalena te la viene á aumentar.

—¿Yo?

—Hazte de nuevas. Ya sabe todo el mundo que estoy dispuesto á cualquier cosa, que por mí no quedaría títere con cabeza. Y ese es el camino. Ya ves, han aplazado la visita tan cacareada. Dicen que no puede venir ahora el fantasmón, pero yo sé que es por miedo.

—Hablas demasiado y á golpe, muchas veces sin saber lo que dices ni á quién, y eso puede acarrearte algún disgusto.

—Tiene usted razón, Manuel—exclamó Marta.—Se lo vengo repitiendo, pero sin fruto. Juan, no te fíes, mira que tú eres muy inocente y hay muchos granujas. Si hicieran caso de nosotras las mujeres, más de cuatro perdiciones se evitarían.

—Todos contra uno. Y este es el pago que me das tú, Manuel, á quien discutiendo con tus enemigos, porque los tienes, y no pocos, te subo siempre á los cuernos de la luna.

—Gracias, pero haznos caso.

—Hasta digo que no hay nadie capaz de hacer lo que tú y que no hay otro de más... circunstancias.

—Te lo agradezco, mas déjate de tantas valentías... de lengua, y oye á tu mujercita y no nos metas en algún *lío*.

—El *lioso* será el tal que lo piense.

—Por tu bien se te dice, hombre, como
dijo Marta.

Digitized by Google

—Por tu bien, es claro—repuso cantando Magdalena.

—¿Cantas, hija? ¡Cuánto me alegro!—dijo Marta.

—No hay para alegrarse como hombres y mujeres juntos. Ya lo digo yo.

—Tú eres mal pensado, Juan—observó su mujer.

—No tiene idea buena—agregó riéndose la joven.

—¡Hum, hum! Vamos á cenar.

—Señoras, están ustedes equivocadas—replicó Manuel, irónico.—Ya ven que Juan tiene buenas ideas á veces.

—Yo tengo... lo que hay que tener.

Digitized by Google

CAPÍTULO XVII

"Primavera, tú eres una carta que yo la escribo."

Un día de fiesta, muy avanzado el mes de Febrero, uno de esos días de sol del invierno de Madrid que no tienen rival, salieron por primera vez á paseo Magdalena, Manuel y la niña.

Se fueron al Retiro. Los almendros ya tenían flores, como si preparasen á la naturaleza, en aquel ambiente primaveral, la corona de desposada; en las ramas desnudas asomaban tímidamente puntas de hojas, en la incertidumbre de si era el momento de salir; los troncos resplandecían de sol que se vertía, sin encontrar nada que le detuviera, sobre los paseos blancos, llenos de gente; los páj transportaban en sus picos las primeras plumas nido; el buen tiempo llenaba el aire de precoce

Digitized by Google

canadas tibias, y encantados hombres y cosas parecían confundir su asombro y su ventura en esta exclamación: ¡Ah!!

—Qué hermoso está el Retiro—dijo Magdalena.

—Más hermosa está usted—respondió el obrero.—No esperaba yo, ahora puedo decirlo, que saliéramos juntos, viendo las mismas cosas, gozando las delicias de esta tarde.

—Estoy muy contenta, muy contenta. Juega, Ancita. La digo á ella que juegue, pero, no crea usted, ¡buenas ganas se me pasan á mí!—dijo Magdalena riendo.

—Pues juegue usted.

—¡Cabalito! ¿Qué dirían de mí?

—Que es usted una tonta.

—¡Muy bien, hombre, muy bien!—repuso ella, riendo sin tino, en lo que Manuel la acompañaba.

—Vamos, juegue usted—insistió el obrero.

—Si usted juega también, aceptado.

—¿Yo?

—¡Vaya!

Los dos se reían. ¡Qué habían de hacer más que reir! La niña, entre tanto, mariposeaba alrededor de ellos, mientras que algunas mariposas revoloteaban en torno de la pequeña.

El hecho es que no querían, pero se pusieron á

A que te cojo?—decía la madre.

—contestaba la niña, pretendiendo huir.

Digitized by Google

—¡Ay, ay, ay, ay, ay!... ¡Cogida!—Momento que anunciaban las risotadas de la criatura.

—¡A ti, papa!—exclamó.

—¿A papá? Sí; papá, que te cojemos.

—¿A que no?—decía Manuel.

—¡Ay, ay, ay, ay! ¡Cogido!—gritaba la madre asiéndole de un brazo, y la hija se le agarraba fuertemente á las piernas.

El bebé se cansó muy pronto de andar y Manuel le llevó algún tiempo en brazos. Así pasearon, porfiando Ancita, traviesa, en quitar el sombrero á papá y ponérselo á mamá, oyendo sin conmoverse grandes discursos que la dirigía el obrero para persuadirla á que se estuviese quieta.

—Nos tomarán por un matrimonio—dijo Magdalena.

Caminaba del brazo de Manuel, envolviéndole en la lumbre acariciadora de sus ojos.

—Todavía están en la luna de miel, pensó más de uno.

La niña quiso otra vez andar y el obrero la puso en tierra. Pasearon un rato, llevándola de la mano, sin decirse nada, hasta que Manuel, como si no hubiera habido solución de continuidad, murmuró:

—¿Qué extraño es que nos tomen por un matrimonio?

Calló la joven.

El obrero, contrariado, dijo:

—¿La hace á usted bien el paseo?

—Sí, estoy muy alegre—y á continuación

Digitized by Google

de un gran enternecimiento, al que ayudaba la debilidad de la convalecencia, añadió:

—Si no hubiera sido por usted no estaría ahora aquí, sino en el cementerio.

—¿Va usted á llorar? ¡Anda y qué fea se pone!

—Lloro de alegría y de pena y de no se qué, pero quiero llorar, déjeme usted llorar, Manolo. ¿Cómo pagarle? Nunca, nunca puedo hacer nada digno de usted.

—Por favor...

—Se lo juro por la memoria de mi madre. Es usted para mí como Dios.

—¡Bah! No hablemos de eso. No merece la pena—murmuró confuso el obrero, y después de una pausa, agregó:

—Una sola palabra de usted, que yo quisiera oir, vale más que el mundo.

Sentados en un banco, en sitio no tan concurrido, á un lado del parterre, siguieron cada vez más animada la conversación, mientras la niña levantaba y deshacía montones de arena. Los ojos se buscaron y las manos libres se unieron. Se contaban sus vidas de sacrificios, desmayos y regeneración.

Ya las sabían, pero disfrutaban la embriaguez de oir él su vida contada por Magdalena, y ésta la suya contada por el obrero, principio de ab-
ción en que las palabras iban siendo cada vez
s tiernas y se buscaban los epítetos más cariño-
y el tuteo fluía espontáneo. Confesión de dos

Digitized by Google

almas, preludio de una declaración, palpitante en los labios ya.

Avanzaba el crepúsculo. La tierra se iba cubriendo de sombras, lo que hacía mirar á la altura, resplandeciente de luz; en la gasa tenue del anochecer iban envolviéndose los árboles, donde tenía lugar la misteriosa elaboración de la savia virgen; sobre los tejados la diafanidad se encendía con una inmóvil llamarada rojiza; los picos de algunas veletas conservaban un resplandor dorado, como si los rayos de sol puesto se hubieran partido, quedándose allí; unas alas invisibles se descogieron, refrescando el aire, y las primeras estrellas brillaron.

Se oía el ruido confuso de la población. En la tarde perfumada, nuncio de la primavera, respirábase el amor y la inmortalidad. Enlazaba la ternura las más débiles plantas del jardín con el movimiento de los mundos, y veía en el insecto escondido bajo las hierbecillas una gota del éter de las estrellas. El pensamiento volaba como un ave por el azul.

Al palpitar de los astros respondía el palpitar de la sangre nueva y la luna se elevaba en el horizonte, como si aquel cuadro no consintiese más que la albura inmaculada de su fulgor.

Caminando sin apresuramiento, Magdalena, con la niña en brazos, sentía arder su cara
insuficiente ya, reemplazaron los ojos.
taba interiormente lleno de sol. Salien-

Digitized by Google

por la puerta de la Independencia, bajaron por la calle de Alcalá. En la Cibeles se veía un piquete de la Guardia civil. Conforme subían, un ruido extraño acrecía su estruendo. Escaseaban los transeuntes. Algo excepcional advirtieron junto á la calle de Sevilla, cuya embocadura guardaba otro escuadrón. Desde allí apenas podían transitar, y después, en la Puerta del Sol, teatro de motines, plagada de gente, á la luz de los arcos voltaiços vieron brillar sables y oyeron esta exclamación formidable, sostenida, como si no hubiera de terminar...

—¡Trabajo!

A esa voz respondieron toques de corneta, y tras del último hubo gran revuelo de la multitud entre un huracán de silbidos, y los sables de los civiles y de los guardias de seguridad subían y bajaban rápidamente y se ensanchaba el vacío alrededor del caracoleo de los caballos y por todas las avenidas huían en montón, entrechocándose, los medrosos y la multitud se desbordó y uno de los remolinos, de las olas de carne, sin que nadie fuera poderoso á evitarlo, se introdujo entre Manuel y Magdalena, cortando el lazo de amor, y fraccionada luego la ola, dividida por el escollo, se llevó cada parte en sus vueltas á uno solo de los enamorados.

Pronto se notó un movimiento de atracción; la
edumbre se detuvo; algo se hizo cabeza á la
fluía la sangre; un nombre corría de boca en
, un estremecimiento sacudió la carne envuel-

Digitized by Google

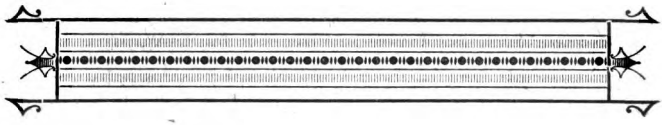
ta en harapos, y una voz clamorosa, en que palpitaba el triunfo, se dejó oir:

—¡Viva!

Sobre el gentío ondeó una tela roja, visible á la luz de una farola.

Era una blusa manchada de sangre.

Digitized by Google



CAPÍTULO XVIII

"El desengaño en un sueño."

DESOLADA volvió Magdalena á su casa. Juan aquella noche se había recogido temprano. Le encontró allí cuando fué su huéspeda, y al enterarse de lo acontecido se empeñó en salir, sin que esta vez pudiera Marta detenerle, aunque, en honor de la verdad, afectada, no hizo tanto hincapié como en otras ocasiones. La joven estaba casi loca. Metió en la cama á Esperancita, que, rendida, se durmió antes de que la desnudasen, y con Marta se puso á aguardar, inquietas ambas hasta lo sumo, sin hablar casi, suspirando, nerviosas.

Juan regresó solo bastante entrada la noche. Los ıros del pobrecillo, pese á su cuidado, bien se le. ıocían. Su diplomacia era muy poca. Desfigura- el rostro, se encorvaba más que de costumbre,

Digitized by Google

como abrumado por algo invisible, pero de extrema pesadez.

—¿Qué hay?—interrogaron simultáneamente las dos mujeres.

—Pues... nada.

—¿Y Manuel?—preguntó sedienta Magdalena.

—No hay que asustarse. Nada ocurre.

Pero Marta, que tan bien conocía á su marido, tembló.

—¿Por qué no ha venido con usted?

—Ha tenido que entretenerse en asuntos. Vendrá en seguida.

Cada vez era más torpe la expresión de Juan. Cada vez era mayor el atraganto.

—¿Pero dónde le ha dejado usted?

—Pues... pues...

—Juan, habla.

—Dígame usted dónde está.

—¿No os digo que vendrá pronto? ¡Demonios de mujeres! Con vosotras no se va á ninguna parte.

—A Manuel le ha sucedido alguna desgracia.

—¡Dios mío de mi alma!

—¿Te quieres callar? ¿Se va á morir porque le hayan detenido?

—¿Está preso?

—¡Pobre Manuel!

—Sí, está preso.—Y Juan, que se ahogaba, se dejó caer sobre una silla, y sosteniendo los codos con las piernas ocultó la cara en las manos.

Digitized by Google

—Señor Juan, cuénteme usted todo—le dijo Magdalena, alocada, sucudiéndole.

—Los muy tales, al ver la actitud de los compañeros, dando leña á diestro y siniestro se fueron á él como lebreles y, á pesar de las protestas, le ataron...

—¡Manuel de mi vida!

—Y se lo llevaron no sé dónde.

—¡Pobrecito de mi corazón! ¡Lo que estará pasando!

—Es por valiente. Por muy hombre. Porque asusta al Gobierno. Es un mártir de la causa, de gloria inmortal. En medio de todo es motivo de orgullo y debiéramos alegrarnos.

Pero el buen hombre no se alegraba, y las mujeres ni siquiera le oían.

—Señor Juan, yo no puedo vivir. Yo voy á ir á buscarle.

—¿Y qué conseguirás? Ni siquiera sabemos dónde le tienen.

—¿Le habrán matado?—aulló Magdalena, que no dejaba de llorar.

—Eso no, criatura; si lo hicieran, hasta las piedras se levantarían. ¡Matar á Manuel!—Y el obrero apretaba los puños y los enseñaba amenazador.

-Horrible es lo que has pensado. No lo creo. an no estaría así—repuso Marta.

-¿Qué había de estar? ¡Maldigo hasta mi som-
! Manuel se halla preso nada más, y ni siquiera

Digitized by Google

preso, sino detenido por poco tiempo, por unas horas, si acaso.

—Usted nos engaña.

—Digo más verdad que el Verbo. No hay motivo. Le han puesto á la sombra para evitar una zaragata, porque en la calle él, vamos, que lo dé arriba abajo se vuelve. ¿Y no haber estado yo? No me lo perdonaré. Marta, tú tienes la culpa.

—Hoy no, pero ahora me alegro.

—Bien mirado, no hago una barbaridad contigo porque, es verdad, no tienes hoy la culpa. No creí que hubiera nada, y por eso me vine tan pronto, y sobre todo, ¿quién había de figurarse que Manuel se iba á encontrar en el jaleo? ¿Cómo ha sido? ¿No se fué contigo á pasear?

—Bien ignorantes estábamos. Por casualidad fuimos por donde era la jarana. ¡Maldita idea de meternos en la boca del lobo!

—¿Y tú no le has visto prender?

Con palabras entrecortadas, rápidas y aun menos que las precisas, enteróle Magdalena de cuanto pasara. Después volvió á insistir con más fuerza en buscar al detenido.

—Te aseguro, mujer, que es por pocas horas. Quizá esté llegando. No hay motivo.

—No hace falta para cometer un atropello.

—Se mirarían mucho.

—¿Qué se han de mirar? Hacen lo que quieren.

—Juan, el que manda, manda.

—Según y cómo.

Digitized by Google

—Puede ser que se pudra en la cárcel. ¡Pobre del que se ve en manos de la justicia!

—No hay motivo, no hay motivo.

Y en la recta sencillez de Juan, esa idea, que en su cerebro se movía á compás, con la regularidad de un péndulo, repetíase obstinada, monótonamente.

No hubo más remedio. Por esas calles marcharon los dos, y el gran desconsuelo de Magdalena circuló entre la indiferencia de la urbe. Escenario inmenso, el espectáculo es tan multiforme y distinto, que el contraste más rudo se ofrece de continuo á la observación. La complejidad de la vida se manifiesta sin descanso contra la uniformidad de la tribu acampada, del pueblo escondido, que es también, aunque un avance en la senda progresiva, como un acampamiento más sólido, de la población escasa, que tañe en su campanario como señal la misma canción de gloria ó el mismo son fúnebre para todas las existencias rudimentarias que visten el alma de iguales ideas y sentimientos, como análogo traje cubre sus carnes curtidas.

Por Madrid cruzaron. Junto á otros dolores y otras miserias pasarían, cada uno atento al drama propio; con felices y con hartos tuvieron que tropezar, y el malo y el bueno, la víctima y el verdugo, el soñador y el topo, el gigante y el pigmeo, en el orden espiritual, la virtud y el vicio, la razón y la barbarie, Judas y el buen apóstol, la risa y la acción, mezclados, revueltos, indefinibles, disueltos sólo para los pequeños mundos engendra-

Digitized by Google

dos por el amor, la amistad ó el egoísmo, ignorados para el resto, mientras el escándalo ó el interés general ó la calidad del personaje no los hace visibles, rodaban por las calles, como se amontonaban en las casas, donde á un tiempo mismo, reproduciéndose la variedad, las más opuestas emociones se desarrollan, cada tabique delgado hecho para la vida de relación otra muralla de la China.

Fueron al Juzgado y al Gobierno civil y á las Delegaciones, y de uno á otro sitio recorrieron varias veces la penosa jornada, y como eran desvalidos, sin recomendación, no se les contestaba ó recibían malas respuestas. Contribuía á ello la irritación de las autoridades, que por la proximidad de un acontecimiento, en que la corte saldría por las calles procesionalmente, temían cualquier conflicto, avizoradas ya por la sospecha de algo terrible. Al fin supieron que Manuel estaba en los calabozos del Juzgado de guardia, pero con órdenes tan estrechas que les fué imposible su vista.

No teniendo nada que hacer por entonces, persuadió Juan á Magdalena á que al fin se retirasen para aguardar el día. Fatigados, rendidos, solamente les daba fuerzas la situación. Parecía no haber ocurrido nada, con gran estupor de la joven, á quien hería el aspecto de las cosas. Por irrisión, de los cafés, donde se holgaba, surgía rumor de colmena. Era la hora de salida de los teatros. Las calles céntricas se animaban con grupos desfilando hacia sus hogares. Rodaban de prisa los coches.

Digitized by Google

La Puerta del Sol, favorecida la permanente tertulia de las aceras por la suavidad del ambiente, recordaba el bullicio de la caída de la tarde. Los últimos tranvías se tomaban por asalto. Hembras gentiles, al aire la cabeza, prodigio de arte capilar, envueltas en largos abrigos, del brazo de caballeros puestos de etiqueta, viniendo del teatro, regalaban al pasar con una estela de perfumes elegantes. Al verlas, aunque la naturaleza no fuese con todas pródiga de favores, agradaban por el buen gusto y riqueza de su atavío, y como en la brillante sala de espectáculos que evocaban desaparecían ó se atenuaban las impurezas de la realidad, disfrutando el alma de aquel minuto de olvido completo, sumergida en la placidez. Chillaban los vendedores de periódicos. El *Hoy sale, hoy, el de la suerte*, con que toda la noche se importuna y molesta, en una especie de culto al dios del azar, tan grato á la abulia, sonaba insistente. Apagada la luz eléctrica, la del gas, como retrotrayendo los tiempos, favorecía la ilusión romántica de Corte de los Milagros, donde con mayor comodidad podían deslizarse las larvas, producto fermentado de los bajos fondos sociales que á última hora campean. Los faroles de los serenos parecían ojos alerta, y el ¡Vaaaa!... de contestación á la llamada de [illegible]ecinos turbaba el silencio. Cantares de *juer*[illegible]*as* en libertad, con daño para todos, le rom[illegible] también, y el escándalo de algún borracho ó [illegible]ito ritualista del mercader de cosas menudas,

Digitized by Google

de aquellos que nuestro Fígaro llamara medios de vivir, que no dan para vivir. Parejas de guardias de cuando en cuando velaban con apariencia de durmientes. Tal cual quicio ó rincón servía de alcoba á desheredados de la fortuna, hechos un ovillo. En la Bolsa del arroyo cotizaciones infames se ajustaban en voz queda, y menos mal cuando á gritos destemplados no se arrojan denuestos soeces, á guisa de parodia burlesca de batalla de flores. Como un perro más, de los vagabundos noctámbulos, veíase escarbando en los basureros siluetas humanas. Tradicionales mendigos acechaban á la caridad en la sombra. Transeuntes solitarios de tiempo en tiempo, retrasados por gusto ó por deber, se apresuraban á ganar sus domicilios, y al suyo arribaron Magdalena y Juan, entre el semblante hostil de las casas, cerradas á piedra y lodo, desconfiados y menos seguros de hospitalidad que si atravesasen un bosque virgen.

Digitized by Google

CAPÍTULO XIX

"La verdad sospechosa."

PERPLEJAS las autoridades no sabían qué hacer con Manuel. No existía motivo, efectivamente, como terco aseguraba Juan, ni siquiera pretexto para detenerle, y, aunque conducido á la cárcel para ganar tiempo, lo fué en calidad de detenido y en corto plazo tendrían que soltarle. Eso alteraba el plan del Gobierno, muy interesado en restar elementos de perturbación durante la solemne ceremonia pública tan anunciada que por entonces al cabo se había de verificar. No holgaría mantener á la sombra á Manuel una temporada, tanto más cuanto que ciertos soplos no le reputaban como muy seguro.

lgún suelto misterioso de periódicos bien infor-
os levantó, para los que saben leer entre lí-
, la punta del velo. Idas y venidas, conciliá-

Digitized by Google

bulos, ojeos encubiertos, hipócritas, hacían barruntar algo insólito.

Las sociedades obreras y todas las de carácter radical, avanzado, se disponían á la protesta. A un hombre que nada había hecho ni intervenido, según se probó cumplidamente, en un acto donde la fuerza pública fué la agresora, sin encontrar resistencia y donde á la petición de pan se contestó con golpes, era imposible que se le inmolase como víctima de la arbitrariedad sin despertar ecos de indignación en los hombres libres y aun en todos los de buenos sentimientos. El prestigio del atropellado acrecía la protesta, y como el hecho coincidió con otros desmanes de la policía, obediente á un plan, hubo periódicos de los más leídos entre los mismos reacionarios que, sumándose á la opinión, razonablemente aconsejaban al poder y sacaban á relucir aquello de que la mejor garantía del orden y su más firme base está en el respeto al derecho común, que la prudencia y serenidad son virtudes excelsas de los políticos, aunadas, en maridaje feliz, con la energía que avaloran y otros tópicos usuales é igualmente inútiles y vanos.

Como en pocas horas los palos de ciego gubernativos se multiplicasen, arreció el movimiento oposicionista y ya se hablaba, como suele también ocurrir entre los incursos, cuando hubo lugar, en las faltas que censuraban, como otra vez, á su [illegible] serían censurados y con idénticas frases cu[illegible] arriba estuvieran, de la necesidad de un Go[illegible]

Digitized by Google

fuerte que apretara los resortes sin hacerlos saltar y diese garantías á los de arriba y á los de abajo. Lo del cambio pareció de perlas á los que tenían que ganar y reanimó esperanzas, sin fijarse en que, por la misma proximidad del acontecimiento solemne, eran ilusorias. Se empezó á temer, por la solidaridad humana de hoy, que en el negocio tomasen cartas los extranjeros y se provocaran manifestaciones internacionales hostiles. Y el problema se agravaba porque á los festejos habían de venir de fuera personajes empingorotados y eran verosímiles ciertas preguntas de las cancillerías.

La falta de brújula en este vivir al día, que es la normalidad, hizo últimamente aparecer la obligada nota oficiosa, llovida del cielo, calmando las pasiones, porque el celo, la previsión, etc., etc., del Gobierno y sus auxiliares en la magna obra de la pública y privada seguridad, eran tranquilizadores. Se dijo también que Manuel sería puesto en libertad, *en méritos de lo actuado,* por no aparecer nada en su contra, y como se amainó en todo, con la volubilidad propia de la masa fué la atención absorbida por las próximas fiestas, á cuyos preparativos se daba la última mano.

En casa de Juan se reanudaba la vida, rota en las primeras horas de angustia. Se oía ya al chico relatar cosas de la calle, de lo que iba á haber, de lo él observaba en sus correrías para enterarse prolegómenos, que luego contaba con admi- s hipérboles.

Digitized by Google

—Están levantando tribunas cerca de los Consejos. ¿Y el arco de la calle Mayor? ¿Y el Ayuntamiento? ¡Qué majo! ¡Un dineral costaría tanta iluminación como estaban poniendo y tantísimos escudos y banderas! No me dejen atrás la plaza Mayor y la calle de Carretas, y la de Espoz y Mina, y la del Príncipe, y la de Sevilla, y la del Arenal, y la de la Montera, y la Carrera de San Jerónimo... ¡Vaya un lujo! Dicen que vestidos de oro con muchos diamantes van á sacar, y los coches bonitos, y habrá comparsas de provincias, y músicas en el Rastro, y en la plaza del Progreso, y en la de Lavapiés, y no se acordaba dónde más. Los frailes de la Escuela Pía ya estaban adornando la casa, pues no creas, madre, que todo va á quedar para los barrios altos, que también por acá tendremos cosas de gusto, como en la verbena. Por Chamberí no había estado, pero todo lo andaría antes de la función, gozando previamente, ampliándose el programa para él á muchos días más de los oficialmente señalados para divertirse. Un cuento de las *Mil y una noches*.

—Bien la correremos un día en celebración de la libertad de Manuel—decía alegremente Juan.

Y Magdalena, radiante, charlaba con su hija, informándola de la pronta vuelta de papá.

—Tenemos que ir de campo—insistía el obrero.

—Sí, sí. ¡Acordado!—Y Magdalena palmoteaba gozosa.

—Hay que echar una cana al aire—decía también Marta.

Digitized by Google

—¡Muera la pena negra!

El chico se asociaba entusiasmado á la diversión, y sobre si habían de ir á Amaniel ó á la Bombilla suscitaron largas discusiones, en que se complacían, saboreando de antemano las dulzuras de la *cuchipanda*.

Por el locutorio (para aquellos pocos días de reclusión, haciendo un esfuerzo, habían llevado á Manuel á celda de pago) diariamente comunicaron con el cautivo, para quien la presencia de Magdalena iluminaba las sombras, y durante su estancia, tan breve para el afán, las rejas odiosas resplandecían. Y el llanto de Magdalena, que el herrero, imposibilitado de hacerlo de otra suerte por los obstáculos materiales que entre los dos se interponían, trataba de enjugar con palabras dulces, las cuales en la joven, gachoncita y mimosa, renacida para el amor y separada tan bruscamente de su adorado, aumentaban el lloro silencioso y acariciante, como el fuego de la herrería avivaba en Manuel la llama del corazón.

Grande en todos la esperanza de una próxima libertad, sin consecuencias desagradables, y honrosa la causa del encierro, tomábanlo como un paréntesis de su vida, siendo el más tranquilo Manuel, que después de la comunicación saboreaba con deleite, por venir de tal origen, la comida que Magdalena con especial esmero le preparaba.

La víspera del día de la libertad, todos risueños, mientras se ultimaba el programa y con muchas

Digitized by Google

horas de anticipación se disponían á esperar á Manuel á la salida de la cárcel, llamaron á la puerta.

Franqueada, dió paso á dos hombres.

Establecida la filiación, aunque con carácter particular, uno de ellos invitó á Juan á que le siguiese.

—¿Adónde?

—A la Delegación.—Y añadió, previniendo un movimiento general.—No hay que asustarse. Es asunto de unos minutos. Una pregunta que quiere hacer el señor delegado.

—¿Alguna cosa relacionada con Manuel? ¿Algún *requilorio* para su libertad?—preguntó sencillamente el obrero.

—Algo así; en fin, nada. Le rogamos á usted que nos siga.—Y la cortesía con que le hablaban terminó la obra de pacificar los espíritus.

—¿Ustedes son autoridad?

—Sí, señor.

—¿No se sientan ustedes?—dijo obsequiosamente Marta.

—Gracias, señora. Tenemos prisa. ¿Con que gusta usted de acompañarnos?

—A su disposición. ¿Dice usted que volveré pronto?

—En seguida.

—Entonces, si queréis esperarme, acabaremos de arreglar eso. Entre tanto, acostad á los chicos.

—Padre, voy contigo.

Digitized by Google

—No puede ser.

—Yo quiero ir.

Juan, buen padrazo, titubeaba; pero uno de los vigilantes intervino.

—Mejor es que dejes á tu padre, hermoso; vamos á un sitio que no es para chicos y puede ocurrir tener que esperar entre aquella turbamulta, viendo y oyendo cosas que no debes saber todavía.

—Tiene razón el señor. Quédate.

—Ven con Ancita—dijo Magdalena.

—Los chicos á la cama—dictó Marta con sentencia inapelable.

Después, dirigiéndose á las visitas:

—¿Y ustedes no saben para lo que quieren á mi marido?

—No, señora, pero pronto lo sabrá.

—¡Vamos! Hasta luego.

—¡Adiós! Vuelve pronto.

—Buenas noches, señoras.

—Pásenlo ustedes bien.

A la puerta, como por casualidad, se encontraron á una pareja con otros de la policía secreta, desperdigados para no llamar la atención. Por el camino hablaron de cosas indiferentes.

—Vamos que si yo fuera un hombre obcecado, como los hay, perdían ustedes el viaje.

—Eso no, porque le hubiéramos llevado á la

—¿Cómo? ¡Pues si no es más que para un recado! No puede jugarse con la autoridad. Lo mejor

Digitized by Google

es lo que hace usted. Lo contrario es dar coces contra el aguijón.

—¿Por qué había de resistirme? El que no debe no teme. ¿Me van á ahorcar?

—Hay hombres muy obscuros y que dan mucha guerra en su daño. Lo que empieza por nada concluye, por su resistencia, en mucho.

—Y aquí, en confianza, porque á ustedes los tengo por hombres muy legales, ¿no saben para qué soy llamado?

—No lo sabemos. A nosotros nos toca obedecer y callar.

—Pero, hombre, así, algo...

—No le podemos complacer.

—Lo ignoramos completamente.

—Como dijeron ustedes aquello de á la fuerza... Ya sé que no hay motivo, ni por lo más remoto, de manera que no lo recuerdo porque me importe, ni yo soy hombre que se espanta de cualquier cosa; pero, vamos, parece que no se debe obligar á nadie á ir donde no quiera sin delito, y cuidado que voy muy á gusto con ustedes, y no lo digo con segundas...

—Comprenderá usted que somos mandados.

—Y tanto que lo comprendo; pero dispensen ustedes que me choque la orden.

Llegaron á la Delegación y Juan fué introducido en un despacho.

—Siéntese usted—le dijeron, y aparentaron dar importancia al asunto.

Digitized by Google

Levantaban un atestado. Dos bravías, pese al lugar y á las amonestaciones, alzaban el gallo, se esponjaban, hambrientas de pelea, interrumpida á lo mejor. Los guardias números tantos y tantos, llamados tal y cual (para los efectos del atestado y del subsiguiente jucio de faltas) pidieron venia para retirarse, molidos de tantas horas de servicio, que dentro de unas cuantas reanudarían.

Declararon que aquellas dos, cuando las vieron, se tiraban del moño y decían palabras indecorosas. Menos mal que no los desacataron, habiendo dirigido sus esfuerzos los guardias á contenerlas, pues en un armisticio de su constante aversión á los *guindillas*, que las mueve á una acción común, sólo pensaban en vapulearse mutuamente y hasta hubiera llegado cada una á ayudar á los guardias en la tarea de zurrar á su prójima. A mayores extravíos llevan los celos.

Entraron otros cuatro, obreros que habiéndose calentado un poco en la taberna promovieron al salir escándalos, metiéndose, aunque sin gravedad, con los transeuntes, algo avispados á la vista de las señoras. Faltos de costumbre, en el camino se serenaron bastante, y entreveían con inquietud lo que pudiera suceder en sus casas al enterarse de la *juerguecita*. Dos de ellos eran jóvenes casi lampiños, uno de edad madura, con barba azafranada, otro de pelo y mostachos grises, cara avellanada de media legua de andadura, con perfil de hidalgo. Acusaron los aprehensores lacónicamente (nú-

Digitized by Google

meros tantos y tantos, etc.), comenzó el asiento de circunstancias personales y aquí fué ella.

—Perdone usted, pero yo no vengo detenido, sino como testigo presencial.

—Y yo.

—Y yo, y todos.

—A nosotros nos han faltado. Que vengan aquí esas personas.

—A ver, guardias, ¿dónde están? ¿Por qué no las han traido?

—¡Silencio!—ordenó un policía.—¿Quiénes son ustedes para pedir explicaciones?

—¿Es que no vamos á podernos defender?

—No se trata de eso. Lo que hayan ustedes de alegar lo reservan para el juicio de faltas.

—Eso, de faltas, porque á nosotros se nos ha faltado. Que lo diga este señor.

—Los guardias ya hablarán y ustedes también en el Juzgado. Nosotros nada hemos visto. Nos limitamos á instruir las diligencias legales y allá con el juez se entenderán.

—¿Con que nosotros detenidos y los faltones sueltos? No me conformo.

—A ver qué remedio le queda. ¡Basta! ¿Cómo se llama usted?

—Pero conste que como testigo, que no voy en partida.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Digitized by Google

—¿Es que no vamos á concluir nunca? ¡Silencio! Ya se han acabado las contemplaciones. ¿Cómo se llama usted? Conteste.

—Respondan, no sean tontos, y usarán de sus derechos después. Una cosa no quita á la otra—aconsejó uno de los guardias.

—¿No nos vendrá algún perjuicio?

—Como se pueden perjudicar es desobedeciendo, porque entonces será más grave.

Ya con pocas dificultades siguió el interrogatorio y entonces fué el suplicar para que en su casa no los echasen de menos. Sobre todo el hidalgo, que en sus cincuenta y siete años, decía, no se había visto en una prevención, demostraba pavura al tener que sonrojar ante los suyos su faz de retrato antiguo. Por suerte, llevaba cédula y le dejaron ir con otro de sus compañeros, documentado asimismo. Los dos restantes, menos previsores, los suplicaron que sobre el terreno, sin demora, buscasen fiador.

Entraron el delegado y el segundo jefe.

—¿Ha venido?—preguntó aquél.

—Ahí está—dijeron señalando á Juan.

—Ah, sí. Pase á mi despacho. Y que no se nos interrumpa.

El pobre hombre, cada vez más aturdido, fué lle-[illegible] adonde dicho queda. Se encerraron con él [illegible] dos jefes, que ajenos á los preliminares del [illegible]to se atenían á las instrucciones de la superio-[illegible]d.

Digitized by Google

—Usted va á decirnos la verdad entera.

—Sí, señor. Y no hay que andar con tapujos. El que dice la verdad ni peca ni miente.

—Usted parece un hombre de bien.

—Gracias.

—Quizás, abusando de su buena fe—dijo el delegado—otros más tunos le han arrastrado á hacer lo que usted no pensara. Hable con franqueza y mejorará su situación, porque repito que usted me parece un buen hombre; sus antecedentes le abonan y con sinceridad es muy posible que salga felizmente del atolladero.

—Yo no sé...

El inspector jefe tomó la palabra.

—Sabemos lo principal, y por eso afirmamos que usted es un instrumento y se puede asegurar que no ha medido todo el alcance de los hechos que otros, explotando su ignorancia y candor han maquinado; pero puede usted, convirtiéndose en auxiliar de la justicia, ayudándonos en todo, rompiendo con los infames que le han querido perder, librarse de responsabilidad, quién sabe si completamente, pues contaría usted con la simpatía de la opinión pública y con nuestra protección. Piense usted en su mujer y en su hijo, que es lo que importarle debe en el mundo.

Juan sentía, confuso, desalumbrado, la sensación física de algo que iba á desplomarse sobre él de momento á otro.

—Yo no sé...—volvió á murmurar.

Digitized by Google

—Piense usted que las confidencias nuestras son fidedignas, tanto, que algunas de ellas se basan en confesiones de usted mismo.

—Que yo...

—Sí, y no se haga de nuevas. El horrible delito que preparaban...

—Yo nada sé de lo que hablan ustedes.

—Mal camino es ese, Juan—insistió el delegado.

—Será mejor que ahora, cuando vayamos al Gobierno, se lo cuente usted todo al señor gobernador y él hará por usted cuanto le sea posible.

—¿Pero qué voy á contar yo? ¿Es que no me voy á ir á mi casa?

—Acuérdese usted de su familia, olvidada al embarcarse para cometer crimen tan enorme, y puede que sí.

—Yo soy inocente de todo. Señores, como en nada puedo servirlos, dejen que me vaya. He dicho que no se acostasen.

—El señor gobernador nos espera.

—Crea usted, Juan, que le conviene hablar claro. No se haga más el ignorante. Si su padre le aconsejara no le aconsejaría mejor que yo. Hágame usted caso y le tendrá cuenta. Que se vea en usted arrepentimiento y ganas de reparar su culpa; que se demuestre que no supo usted bien lo que hizo, que fué embaucado, y hallará misericordia.

—Yo no he hecho nada. ¿Quién es el tal que lo ha hecho? Yo soy un hombre honrado. Alguna mala voluntad me quiere perder, aunque no recuerdo

Digitized by Google

haber causado mal á nadie. Ustedes son unos caballeros y despreciarán las calumnias. Mi mujer y mi hijo me esperan. ¡Déjenme ir á mi casa!

—¡Imposible!

—¿Por qué se detiene á un ciudadano? Esto es un atropello.

—Evite usted el escándalo. No nos conviene que por lo pronto se entere nadie y menos le conviene á usted.

—No, si yo me doy cuenta de que ustedes son mandados, y dispensen el *acaloro*. Piensen lo que les sucedería al verse como yo, un hombre de bien, acusado de... ¿De qué se me acusa?

—Bien lo sabe usted.

—Por la memoria de mi madre, que no.

—Deje la rutina de negar. En este caso Juan Niega pierde. Vamos al Gobierno. Como no queremos que se trasluzca nada y conviene despistar á los periodistas, vendrá usted con nosotros suelto, como si tal cosa, dándonos palabra de no decir á nadie dónde va, si se encuentra algún conocido, ni intentar fugarse, pues además de serle imposible daría motivo á que se le atara y á ser tratado con la mayor severidad.

—Como ustedes quieran—contestó Juan á las advertencias que se le dirigían.

—Es lo mejor. Y por el camino piense en lo que le hemos dicho y hable claro.

—¿Pero de qué voy á hablar?

—Cuente al señor gobernador con todos los de-

Digitized by Google

talles el complot de las bombas y prestará un buen servicio.

—¿De las bombas?

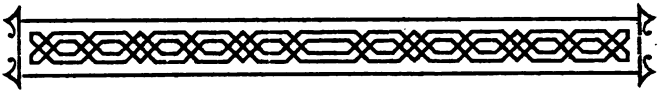
—Sí, hombre, y se le tendrá en cuenta. Diga lo que haya en el atentado dispuesto contra nuestro huesped futuro.

—¿Se... se... me acusa?

—Claro, hombre; ¿pues qué te creías?

—Eso... eso... es *discarriarse*.

Digitized by Google



CAPÍTULO XX

"Nombráis á Juan Valjean y á Juan Mathieu, y yo no los conozco."

MAREJADA fuerte había en el Gobierno civil. Se quería disimular, pero los *chicos* de la prensa, fino el olfato, barruntaban suceso gordo. El ir y venir de gente, los recados, las miradas, el secreto á voces, que suele ser norma de conducta en nuestro país, donde el encargado de una misión reservada, por lo general, parece que mira á todas partes en espera de que adivinen su importancia en aquellos momentos, no resignado á la obscuridad, y con alardes intempestivos y afectados atrae la atención, pues de otra suerte no sospecharía, pusieron en gua á los reporters.

El mutismo de los funcionarios avivó la curi dad. ¿Qué pasaba? Se quiso extraviar á la ge

Digitized by Google

indicando que se cogían los hilos de una vasta red de falsificadores. También la proximidad de las fiestas servía de disculpa, diciéndose que se quería dejar libre la población de gente *non sancta*, porque lo principal es, siquiera unos días, ante los extranjeros, tener algo de facha europea. Las cuevas del antiestético é inadecuado caserón rebosaban de quincenarios, dispuestos á ir de *villégiature* al hotel de la Moncloa y al de la calle de Quiñones, huyendo del bullicio mundanal de la vía pública forzosamente, para dejar anchos á los forasteros, á los *isidros*. De cuando en cuando rompían las mujerzuelas allí detenidas en descompuestas voces. Pronto se amansaban y sin transición cantaban y reían. En la confusión de tanto ajetreo era más fácil que pasara inadvertido Juan, el cual llegó como uno de tantos y aun con menos bulla. Le acompañaban tres polizontes y un poco detrás iban guardias. No es sitio aquel para chocar la presencia de éstos.

Al despacho del jefe de vigilancia fueron, y aunque algo sorprendió, se dijo que se trataba de un padre que iba á reclamar, harto de aguardar días, la pronta busca de un hijo suyo desaparecido. Bien que mal recibieron la noticia, oliscando, pero el aspecto de Juan no era el más á propósito para despertar sospechas. Como muchos tragaron lo de la sociedad de falsificadores, no les parecía que nues- hombre fuera de ella miembro distinguido, y npoco en otro orden podía orientar las pesquisas. sconocido era y por sus trazas un infeliz. Un re-

Digitized by Google

porter desengañado y conocedor del sitio donde les aprieta el zapato á las autoridades, aconsejaba no romperse la crisma en averiguar lo que siempre con la mayor reserva se dice en los asuntos secretos, pues ya los buscarían cuando necesitaran cacarear el servicio.

En esto hicieron á Juan ir al despacho del gobernador. Tal paso y la incomunicación absoluta pusieron á todos alerta. ¿Quién sabe? Debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor. ¿Quién será?

—Éste, señor gobernador, es quien puede informar de todo á V. E.

—Hable usted, y le prevengo que es inútil que trate de desfigurar la verdad.

Juan estaba sobrecogido, anonadado.

—Hable sin miedo. Espantoso es lo que ustedes querían hacer, comprometiendo hasta la paz de España; pero descubriendo los detalles más nimios, poniéndonos en pistas ciertas para que no se escape ninguno, puede usted atenuar su responsabilidad, pues tengo noticias de que es usted un pobre hombre que, seducido por alharacas, se ve ahora en tal trance. Usted no está pervertido aún, debe de tener buenos sentimientos, comenzará á darle náuseas el horror de la catástrofe que iba á producirse, la cantidad y la calidad de las víctimas, pues esas fuerzas ciegas matan sin saber á quién ni á cuántos, y la mejor prueba de arrepentimiento, para templar los rigores de la justicia co usted, es descargar su conciencia, sin dejar d

Digitized by Google

hoy heces siquiera de complicidad moral con los asesinos, diciendo la verdad lisa y llana.

El estupor de Juan era inmenso. Parecía tonto.

—¡Ea! Por vanos escrúpulos no lo deje usted. No atienda al qué dirán de gentes, que por sus fechorías se ponen fuera de la ley y hasta de la sociedad, que los rechaza como hijos espurios, pues no merecen otra cosa quienes pretenden destruirla, ni llame compañeros á los que no pueden serlo sino de las fieras. Procure usted salvarse por amor á los suyos, que no tienen otro sostenimiento ni apoyo. No va usted á sacrificarlos á los extraños, que no se lo agradecerán, y en vez de eso le llevarán al precipicio. Ya ve usted cómo le han tratado, cómo han abusado de su credulidad, de su nobleza, trayéndole á estado tan mísero que da compasión. En cambio, la sociedad entera, amenazada por usted un instante, por inconsciencia más bien, al ver cómo usted se convierte en su escudo, le amparará, y, lo que más debe interesarle, no dejará en el desamparo á los seres queridos de su corazón, á su pobrecita mujer, á su inocente hijo, de los cuales usted se ha olvidado y son acredores á una reparación.

Juan, presa de tan hondas emociones, oyendo hablar de aquel modo, rompió á sollozar ruidosamente. Creía sentir cómo se estrechaban cada vez las paredes de la ancha pieza, cómo le iban ndo cerco rigoroso los grandes retratos pin-, hasta impedirle respirar. Su corpanchón su-

Digitized by Google

fría sacudidas y con la gorra se tapaba los ojos. La escena era solemne. Comenzando por el gobernador, que ponía inflexiones conmovidas en su palabra, todos los funcionarios presentes con el reo, que de pie ante la mesa de despacho, á pesar de acentuarse la natural inclinación de sus espaldas, destacaba fuertemente su gran estatura bajo el aparato de la luz, sentían profunda impresión.

La primera autoridad civil, que consideraba la magnitud del servicio, y en él sinceramente creía, para méritos de su carrera, insistió:

—Veo que Dios le toca á usted en el alma. Un esfuerzo y terminado. Se escribirá su declaración con la mayor brevedad. No hay que apurarse. A lo hecho, pecho. Vamos, hable usted.

—¿Pero qué quiere V. E. que diga?—pudo al fin articular Juan.

—La verdad, nada más que la verdad escueta. Se lo manda á usted el gobernador, se lo ruega el amigo. ¿Me va usted á desairar?

—Pero, señor, si no sé lo que quieren de mí.

—No sea rebelde. No haga que rectifiquemos nuestro buen juicio respecto á usted.

—¡Si yo no sé nada de lo que ustedes quieren saber. Si yo no me meto más que en mi trabajo y en las obligaciones de mi casa!

—¿Aun no han desaparecido las consideraciones mantenidas con sus compañeros de complot? Pi se usted que le han engañado, que le han vend que son la causa de su ruina, medite sobre la a

Digitized by Google

minación que iban á cometer, que como á perros rábiosos hay que tratarlos, pues su misma mujer de usted, su propio hijo, en una ocasión parecida, pueden ser víctimas de esos miserables.

—Sí, señor, yo los detesto; pero nada puedo hacer en este negocio. Ustedes se han equivocado.

—Vamos á ver. ¿No es cierto que usted, en compañía de otros, concertaron atentar contra el gran huésped que va á honrarnos con su visita?

—¿Pero qué calumnia es esa?

—Responda. ¿No es cierto?

—No, señor.

—Serénese y recapacite. Usted mismo lo ha confesado.

—¿Yo? No es verdad.

—¡Vaya, vaya! ¿Esas tenemos? Recuerde usted lo hablado en la taberna una noche y lo que dijo en otras ocasiones distintas.

—Yo nada he dicho, y será un tal quien lo afirme,

—Ya se verá cuando se encuentre usted frente á frente de sus acusadores.

—Será una impostura.

—¿Con que se obstina usted en negar que Manuel, su amigo y compañero, fabricaba bombas con el objeto dicho?

—¡Falso, falso! No se miente á Manuel para nada. ¡Pobre maestro! Que me muera aquí mismo, è se me muera lo que más quiero en el mundo, mujer y mi hijo, si Manuel ha pensado en tal ıa ni se ha mezclado en este enredo, en la in-

Digitized by Google

famia donde se nos quiere meter por unos bribones.

Juan era presa de excitación que iba en aumento al verse cogido por la monstruosa máquina de aquella intriga, que también quería tragarse á su oficial.

—Que venga el cochino, el tal, ¡maldita sea hasta!... que ha armado el *lío* y con los dientes le destrozo.

—Calma, calma. Cuente usted todo y saldrá ganando.

—Nada hay que contar sino que soy inocente, y Manuel lo es tanto como yo. Y de aquí no me saca ni Cristo Padre.

—Haga usted entrar á los confidentes.

Por una puertecilla de escape introdujeron á los que una noche, fingiéndose exaltados, conversaron con Juan en una taberna próxima á su domicilio

—¿Conoce usted á estos señores?

—Los conozco como compañeros y por haber *alternado* algunas veces.

—¿Recuerda usted que hablando con ellos declaró usted que Manuel era capaz de hacer lo que nadie y que no pasaba el tiempo en divertirse como se creía, sino en fabricar bombas para arrojarlas al paso de la comitiva?

—Falsó de toda falsedad.

—Recuerda, Juan. Tú nos lo dijiste.

—¡Mentira, mentira!

—Ten presente que el señor Rafael el tabernero

Digitized by Google

lo oyó como nosotros, y nos diste detalles, y además en otros sitios, que declararemos en la causa, confirmaste lo anterior y siempre hablabas de exterminio y de tu odio á los burgueses.

—Habladurías. ¿No va á poder uno hablar de cuanto se le antoje? Estaría peneque. ¿Y vosotros con capa de compañeros me sonsacabais para perder á un padre de familia? Embusteros, traidores.

Y se hubiera lanzado sobre ellos á no sujetarle, y ya que otra cosa no pudo, escupió con fuerza en el suelo.

El gobernador permitía aquellos desahogos y aun los estimulaba, por si los arrechuchos del obrero, despreviniéndole, dejaban paso á la verdad.

—Estos señores han cumplido con su deber: Falta usted al suyo no queriendo auxiliarnos.

—Pero, señor gobernador, ¿voy á inventar? Yo me vuelvo loco. Se me pide la verdad, la digo y no se me cree. No puedo salir de ahí. ¿A la fuerza he de sacar agua de una peña?

—Los indicios, ¿qué digo indicios?, las pruebas acumuladas son de tal calibre que no puede usted hacer otra cosa sino bajar la cabeza ante su claridad.

—¿Qué pruebas puede haber contra un inocente, contra dos, porque Manuel está como yo en tal asunto? Señor gobernador, tenga caridad y dejen de atormentarme. Bastante es ya para que no me salga en mucho tiempo el susto del cuerpo. ¡Cómo estarán en mi casa! ¡Lo que sufrirán cuando se en-

Digitized by Google

teren! Más valiera morirse que verse así, sin comerlo ni beberlo.

—¿Cómo explica usted el hallazgo de las bombas en un piso de la calle de Alcalá?

—¿Se han encontrado bombas?

—¿No contaba usted con eso, eh? Pues sí, se han descubierto. Ya ve cómo otras pruebas materiales, las más fehacientes, vienen á desmentir la ignorancia de usted.

—¿Pero yo qué tengo que ver con eso? ¿Qué me importa que se descubran ó no bombas?

—A los demás nos importa mucho, por bien de la humanidad, escarnecida por ustedes.

—No entiendo.

—Ya entenderá. Díganos quién alquiló ese cuarto.

—No lo sé.

—Los que además de Manuel...

—¡Y dale!

—¡Silencio! Los que además de su oficial han manipulado en la confección de explosivos.

—No lo sé.

—Conteste.

—No lo sé.

—¿En qué sitios se reunían para fraguar el complot?

—Lo ignoro. Yo no he fraguado nada, ni tampoco mi oficial.

—Es usted terco. ¿A qué ese empeño e
á Manuel? Cuanta más responsabilidad

Digitized by Google

menos le alcanzará á usted. Es usted simple no acusándole.

—¿Acusar yo á Manuel? Señor gobernador... eso es *discarriarse*.

—¿Dónde compraron los ingredientes?

—No lo sé.

—Quizá resulte más cierta otra versión. Usted dirá. ¿Es exacto que las bombas no se han hecho aquí, sino que las han traído de Barcelona?

—No sé nada.

—¿A qué sujetos trata usted de Barcelona?

—No conozco allí á nadie.

—¿Quiénes estaban designados para arrojar las bombas desde los balcones y quiénes tenían el encargo de facilitar la huída por la otra calle donde tiene también salida la casa en cuestión?

—¿Y á mi qué me cuentan?

—Responda lo que supiere.

—No sé nada.—Y ocurriéndosele de pronto una idea, añadió Juan.—Con permiso. ¿Por qué no se pregunta lo que á mí á esos cochinos ahí presentes, los que se vendían como amigos y compañeros?

—Usted responda, y se le prohibe insultar á nadie. ¡Cuidadito!

—Lo decía, señor gobernador, y dispense V. E. falto, porque como aseguran que me han oído antas cosas y saben la verdad, conocerán todo o. Que lo digan.

—Ha sido usted bastante ladino para ocultarlo;

Digitized by Google

pero como se ha sabido lo principal, lo demás irá saliendo.

—Podían haberlo estudiado mejor ó decir cuanto hay, si han inventado ellos lo de las bombas.

—Conocido es el recurso é ineficaz. No siga usted por ese camino. Las bombas halladas y las circunstancias del encuentro son el mejor testimonio.

—Pues yo no sé nada.

Y agotada la verbosidad que la excitación le produjera, el golpazo brutal de la suerte que á cualquiera aturdiría, sumió á Juan, por reacción lógica, en un mutismo inrompible, ayudado por las tinieblas espesadas en su cerebro.

El gobernador perdió los estribos, pues veía alejarse por lo menos la esperanza que le sonriera. Reflejo de su desánimo era la consternación de los inferiores. Muy tarde, á la madrugada, rendidos, se marcharon á descansar, con intención de reanudar las diligencias á poco, pues los días no eran de holganza. Para el detenido no hubo reposo, llevado desde allí en coche, para mayor sigilo, á disposición del juez, que avisado esperaba, y gracias á la hora se pudo conseguir que no alcanzasen migajas de lo hecho los periódicos matutinos.

El juez, procesándole, recibió indagatoria á Juan sin perder ripio, pues la magnitud del asunto traía-
los sobresaltados, y cada uno de los inte-
reputábase como elemento histórico,
pel sobresaliente en la tragedia de los
fuera comenzaban, indiferentes, los pre-

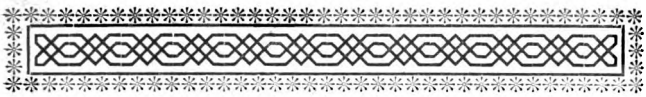
Digitized by Google

trajín cortesano el burrero, con su recua ruidosa, calmando á domicilio ansias del insomnio, y los mangueros y barrenderos de la Villa, dando los primeros pasos de su *toilette*. El estrépito de los carros de la limpieza se oía, y los serenos, en lucha con el sopor de la madrugada, extinguían sus faroles, como rápidamente apagaban los del alumbrado público los faroleros. Se abrían tabernas, perezosamente, para los que tomaban la mañana, obreros por lo común, de los que más madrugan por razón de su oficio, y también trasnochadores que de ceca en meca paseaban su hidrópica sed. Los había tales, que por rumbo de bajo vuelo seguían la visita de estaciones, según su dicho, en el carruaje alquilado la víspera, dormido el cochero en el pescante y el jamelgo rehacio á proseguir, volviendo la cabeza, inteligente, como para llamar al orden y que se fuesen los pelmas. Con voces roncas, ya desfallecidas, se obstinaban algunos en exteriorizar su contento, sin nada que lo justificase. Otros nocharniegos, sorprendidos por el día, como aves nocturnas, buscaban, sin detenerse, el nido. Comenzaba la animación de los mercados. Buceaban los traperos. Las redacciones de los grandes periódicos congregaban turba incolora de *periodistas*, haciendo con las *perras* combinaciones para los *veinticincos*, y otros acudían á la Puerta del Sol, á la especie de sucursales abiertas sobre las baldosas, afluyendo también los golfos que suelen madrugar, muchos obligados, los que no per-

Digitized by Google

noctan en desmontes y cuevas. Cantaban los pájaros en las jaulas que el descuido dejó en las paredes, y los gorriones, en libertad, piaban en su merodeo; las casas seguían sin abrir, salvo algún portal que otro, aunque ya se advertía el desperezo del gigante. Mandaron las campanas de torre á torre los buenos días, y en aquel alborear delicioso, en un despacho ahogado, con luz artificial encendida, como una tumba para los efectos del aislamiento con el mundo, y quizás peor, pues en ella no mora el olvido, Juan, aplanado por la fatalidad, que inerme le entregaba á las furias, se sentía solo, inmensamente solo, sin tener contra todas las potencias humanas sino el rayo invisible de amor que desde pobre hogar le mandaban los suyos acongojados.

Digitized by Google



CAPÍTULO XXI

"En esto, á las voces de Constanza salió á los corredores la Argüello..."

La noche en que comenzara el *via crucis* de Juan no estuvo la familia mucho tiempo ignorante de su suerte. En las primeras horas de ausencia, si bien intranquilas, nada sospecharon, pues, aunque rara vez, ocurrió algunas que Juan, enzarzado por los amigos, perdió la noción del tiempo y podía haberse encontrado en ese trance al salir de la Delegación y no recordar su promesa de volver pronto; pero cuando ya Magdalena se había acostado y Marta descabezaba el sueño sobre una silla, esperando la vuelta de Juan, la despertaron recios golpes, y al abrir, atónita, á varios hombres colarse de rondón, tras de ber hecho presente su condición de autorida-

Digitized by Google

¡Y lo que pretendían! Nada menos que registrar la casa de arriba abajo, sin perdonar paja de jergón sin examen. Que se levantasen los durmientes ó entrarían de todas maneras.

—¿Y mi marido?

—Su marido á la sombra, y ya tiene que rascar.

—¡Mi Juan preso! ¡Madre mía de los Dolores!

Y Marta fué acometida de un temblor nervioso, y ni podía hablar ni llorar, atontada, sin dar pie con bola.

—¿Qué ha hecho?—pudo decir.

—Ya lo sabrá usted. Ahora vamos á registrar.

—Esperen. Hay gente acostada.

—Pues despachen. No nos podemos detener.

—¡Mi pobre Juan preso! ¿Saldrá pronto?

—No, señora.

—Él no puede hacer nada malo.

—¡Apenas...! Dese prisa, buena mujer, y no nos haga esperar.

—¡Magdalena, Magdalena!—gritaba.—¡Levántate!

Y turulata entró en su alcoba y abrazó á la joven convulsivamente.

—¿Qué ocurre?—preguntó alarmada Magdalena, que, despierta á las voces, había oído la última parte del diálogo.

Pero Marta no respondía, y uno de los hombres, alzando la cortina de la puerta, fué á entr

—Aguárdese usted—gritó con imperio M.. lena.

Digitized by Google

El hombre dejó caer el lienzo humilde; pero dijo irritado:

—Dese usted prisa, porque nosotros hemos de cumplir con nuestro deber.

En un periquete se vistió la joven y salió con Marta, que inspiraba piedad. A los niños los dejaron, sobre que no es empresa fácil turbar su sueño.

Dadas las buenas noches con sequedad, dispusiéronse á la enojosa operación. Orden tenían de guardar reserva, muy interesados, como es sabido, en las esferas elevadas de la política en guardar secreto el negocio, y nada en limpio sacaron de sus importunidades las dos mujeres. Sólo para acrecentar la angustia de Marta, repitieron lo de que no saldría fácilmente su marido, y agregaron que se le acusaba de una cosa muy fea.

Exhibieron el mandamiento judicial de entrada y registro á Magdalena, como la que sabía leer y que más serena y conocedora de sus derechos le reclamó, y uno de los policías dijo:

—Por si evita el trastorno, preséntenos lo que haya ocultado su marido.

—¿Qué, señor?

—¿No posee herramientas?

—No gasta navaja. Cuchillos de cocina...

—No hablamos de eso. Nos referimos á utensilios
ıbajo, así, para hacer tubos, bolas ó algo se-
ıte.

No tiene. En el taller hay de todo.

¿Y frasquitos como de botica?

Digitized by Google

—Los de medicinas que se han traido estando enfermos.

—¿Y cosas que hagan ruido y puedan destrozar, por ejemplo, dinamita?...

—¿Qué habla usted de dinamita?—interrogó ásperamente Magdalena.

—Con usted no va nada. Pregunto á la señora.

—Es que abusan ustedes y yo he de protestar.

—Hacemos lo que podemos hacer y usted se calla.

—¿Por qué he de callarme cuando tengo razón? Esta señora es para mí como si fuera mi madre, y esta familia la mía.

—Nadie la falta. Nosotros cumplimos con nuestra obligación.

—Como hablaban ustedes de dinamita... No parece sino que somos unos criminales, que se nos quiere meter en algún enredo.

—No tenemos que dar más explicaciones. ¿Insiste usted, señora (dirigiéndose á Marta), en que no hay en la casa nada sospechoso?

—¿Qué ha de haber?

—Conteste categóricamente.

—Ya lo ha dicho—exclamó Magdalena.

—Repito que con usted no va nada y no tolero más intromisiones.

—Responda usted... ¿Ocultan algo?

—No, señor.

—Entonces no hay más remedio sino

De todos modos, claro es, lo hubiera pues no iban á creer á Marta por su pal

Digitized by Google

contentarse con lo que ella quisiera presentar, dejando sin cumplir la orden; pero tendían así al descubrimiento de complicidades posibles, de algo que pudiera orientar, no conviniendo menospreciar ningún elemento, por insignificante que pareciera, golpeando en lo desconocido por si saltaba la chispa, sempiternos aprovechadores del grano que, insuficiente por sí mismo para hacer granero, ayuda á los demás á formarle.

Minucioso, detallado, inquisidor fué el registro. La sala y las otras tres piezas fueron ojeadas; no quedó asiento de silla, ni fondo de colchón, ni cazuela sin mirar, ni pared, techo y baldosas sin su tanteo. Infructuosa la pesquisa, mohínos se retiraron.

Las dos mujeres permanecieron mucho tiempo mudas, temerosas de hablarse. En Marta acentuábase el alelado estupor. Magdalena, sobreponiéndose á su estado, más resuelta de suyo, casi arrastró á Marta, que parecía no entenderla bien. En esto un mala sombra, un borracho, que de fuera llegaba, comenzó á cantar. En medio de la soledad de la noche, del reposo, aquel canto desafinado sonaba como irrisoria voz del destino ciego. Más de un habitante de malas pulgas, exacerbado el mal humor por el brusco despertamiento, sintió impulsos de emprenderla con el curda, el cual muchas veces, molestándolos, repetía la gracia, y milagro sería, hacerse el pesado, según costumbre, que no fuera la bronca el final de la romanza maldita y no

Digitized by Google

hubiese el cantante de ceder sus laureles para dormir sobre ellos con parte de su público en la prevención. Esquivando el encuentro del beodo, las dos mujeres ganaron la calle, dejando atrás, haciendo eses también, los condenados gorgoritos.

En la Delegación no estaba ya Juan. En el Gobierno civil las dijeron que tampoco, y conocedoras del camino, se fueron al Juzgado de guardia. Tuvieron igual suerte y á casa tornaron á pasar lo que restaba de noche en cruel incertidumbre. Cuando arreglaron á los niños llamaron á la vecina más próxima. Abierta la puerta, se coló otra inquilina, que entre aspavientos, igual que la primera, se enteró del lance; algunas más que iban á la compra ó á su trabajo acrecieron el corro, mientras los hombres, con el taleguillo en la mano, desfilaban hacia el taller ó la obra. La noticía circuló pronto por el corredor, y en congreso espontáneo se juntaron las vecinas y pollada grande de chiquillos, sucios y en pernetas. Las comadres de la vecindad, desgreñadas, poco ceñidas con la ropa las carnes desmadejadas, sin haber practicado aún, las que lo hacían, la diaria y simple limpieza, teniendo por tocador la reducida jofaina de loza, jabón moreno y el peine y la lendrera ordinarios, incompletos de púas generalmente, comentaban y discutían el grave suceso. Tal cual muchachuela, á quien la l
sura prestaba su aristocracia entre el mal p
se ofrecía á la vista en un abandono que n

Digitized by Google

precisamente como el amanecer de las diosas. Pronto se enteró toda la casa, pues de corredor á corredor se entablaban conversaciones por el estilo:

—¡Micaela!

—¿Qué?

—¿No sabes tú lo sucedido en *cá* la *señá* Marta?

—No.

Y gozosa la interpelante por poder darse tono, relataba el acontecimiento, al que añadía perfiles su imaginación.

Y no faltaba quien, zascandileando por el *pandemonium*, iba y venía con recaditos de oreja, orgullosa de la embajada.

Contribuyó todo á que al poco rato la casa de Marta pareciese un jubileo. No cabiendo en la salita, el corredor, que era como su complemento, tierra neutral, acervo común, casino de todos, campo de batalla á veces, llenábase de camaradas de vivienda.

Como en etiqueta de mortuorio popular, al llanto de Marta, renovado á cada visita, contestaba el llorar estrepitoso de la visitante, mezclado con mutuas lamentaciones sonoras, en las que estaba el *quid* y el «conformidad, y si para algo servimos» de los hombres, que algunos acudieron, quedando los disponibles, ya por falta de trabajo ó voluntad, ya por sobra de achaques y vejez, siguiendo luego, invariablemente, nueva edición puntual de lo acontecido. Gente mísera, sin influjo ni pa-

Digitized by Google

drinos, materia amorfa que entraba en cualquier molde adonde la empujasen, con envilecedora resignación, todos, excitado el fondo bueno de la naturaleza y obedientes para aminorar sus males al instinto defensivo de los abandonados en la soledad de la miseria y la ignorancia, se brindaron á hacer todo lo posible ante aquel infortunio. Y no quedó en palabras, sino que con la viveza con que en casos tales siguen á la acción, incontinenti, para tomar resoluciones, celebraron consejo. Algo empecía el no saber fijamente la causa del arresto. Juan, tan pacífico, tan arreglado, ¿podía, calentándose, haber cometido un delito de sangre? Su mujer afirmaba que no, que su marido nada había hecho, y en medio de todo se resistían á creerla. ¿Cómo era posible que no lo supiese? Por otro lado, si riña hubo, ¿por qué no decirlo, siendo cosa de hombres y que no deshonraba? Por el contrario, favorece mucho la prueba de tener muy bien puestos los pantalones y no pasar por un gallina. ¿Qué pudo hacer el señor Juan? En su pro conviene decir que no sospecharon acciones infames.

—Usted, *señá* Marta, no se apure. Si nada ha sido, nada puede ocurrirle.

—Alguna equivocación.

—O un mal querer.

—¡Quién sabe si alguna copita!...

—¡Ay, no! Al pobrecito le sacaron de llevarle derecho á la Delegación.

—¿Y no dijeron nada los vigilantes?

Digitized by Google

—Nada. Ya os lo he contado.

—Tú, Magdalena, anímala.

—Hago lo posible.

—¿Ha tomado algo?

—No quiere.

—Estoy en ayunas.

—Pues para sentir hay que comer. Voy á traerle un poco de café caliente.

—Gracias, no puedo abrir la boca.

—No hay más remedio.

—Y á Magdalena tampoco le sentará mal.

—Lo agradezco, pero no tengo ganas.

—¿Qué sabes tú, tonta?

—Lo mejor es que lo tomen para marcharse descuidadas.

—Yo creo que se debieran esperar á que el señor Juan viniese.

—Me parece muy bien.

—Imposible. No vivo de ansiedad.

—Háganse cargo de que ni la *señá* Marta ni yo podemos estar tranquilas.

—Las cosas se llevan con paciencia.

—No se han de arreglar por apurarse.

—¡Hijas, qué pasta! Se os pasea el alma por el cuerpo.

—Parece que no tenéis sangre, porque si no, como la *señá* Marta y Magdalena, tampoco podríais soser. Me reconcomo.

—¡Vaya un cuajo!

—Oid, remilgadas, no soy yo ninguna *desaboría*;

Digitized by Google

pero se debe cumplir cuando se aconseja á las personas como Dios manda.

—Nosotras salimos ahora mismo. Hacednos el favor...

—Sin favor.

—De encargaros de los niños.

Y al instante, previniendo ademanes de protesta, dijo una, zarandeándolos sin réplica posible:

—Con nosotras, mostrencos, y punto en boca ó de una *morrá* os vuelvo la cara.

—¿Acompañamos?

—Nunca está demás para el respeto que vayan con un hombre.

—Pero que sea otro más ágil.

—Yo valgo tanto como el primero.

—Usted está hecho un carcamal que no puede con los calzones.

—Calla, deslenguada. ¡Qué más quisieras!

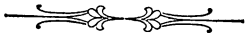
—Valiente cosa adelanta un perro con un cantazo.

—Límpiate.

—Bueno, yo iré, que soy más joven.

—Hasta luego.

Y el ir y venir incesante y los curioseos fueron causa de que en toda la vecindad se descuidase en tal fecha la comida por la comidilla.



Digitized by Google

CAPÍTULO XXII

"Nadie podía consolar á la esposa de Sigfrido."

La soledad comenzaba á invadir la casa de Marta. Pocos días transcurrieron desde los acontecimientos reseñados, muy pocos, cuando la indiferencia, como una marea sorda, siempre subiendo, los anegaba. La absorción del cotidiano ejercicio, en que no pueden perder minuto, sin peligro de muerte, los humildes soldados de las batallas de la vida, el tráfago incesante, favorecían el olvido. En tal ocasión se juntaban para auxiliarle malas pasiones, el miedo entre ellas. La tacha de dinamiteros, provocando el rencor de la [illegible] alejaba á los amigos, ganosos de no apa- [illegible] la más remota sospecha de cómplices. [illegible] murmuraba en voz baja, el egoísmo era [illegible] la acción generosa. Faltó ambiente

Digitized by Google

para la protesta y hubo de ahogarse. La atención distraída concluyó la obra de recluir en una especie de lazareto moral á los presuntos apestados.

Fué bien triste la situación de la familia en desgracia. Un luto sombrío, que ni aun se exteriorizaba en la ropa, por faltar á la etiqueta el motivo de la defunción, embargaba el espíritu de los débiles seres cogidos en la trampa. Sólo tenían el consuelo de las visitas, más frecuentes y regulares entonces que eran infelices, de don Salvador, en el cual, á la vista de aquel duelo, se agravaba el exaltado extravío y la taciturnidad del carácter. A veces su imponente aspecto crecía, convirtiéndole en espantable la alucinación. Para las menudencias del vivir no servía, y pobre como Job é incapaz, hasta por maniático, de agenciar recursos, no era á propósito para ahuyentar la miseria, cuya faz de verdugo se entreveía, y pensando en la salvación de sus amigos, en ocasiones, en medio de sus éxtasis, mientras sus ojos fulguraban, gotas de llanto los humedecían.

Los diálogos, entre el amodorramiento del pesar, brotaban incoherentes, cortos, raros á veces, y otras una verbosidad febril en ellas las aturdía. Don Salvador, cuando por impulso irresistible permitía á sus labios, centinelas del tesoro de la palabra, darle salida como á un torrente, m
versar entregábase á interminables so

—¡Qué desgracia tan grande!

—¡Quién sabe nunca lo que es mejo

Digitized by Google

—¡Y qué sin fundamento, Dios mío!

—Todos somos culpables.

—Mañana, *señá* Marta, puede que nos dejen ya verlos.

—¡Ojalá! Disfrutaremos ese consuelo siquiera.

—No tienen corazón al separarnos así.

—Yo, Magdalena, me pongo siempre en lo más malo desde que nos ha caído esta maldición encima. ¡Pobre Juan mío!

—¡Pobre Manolo de mi alma!

—¡Qué dos mártires! Pues sí, verás cómo no los ponen en comunicación.

—No pueden tardar. Nos lo ha dicho el abogado que se ha ofrecido á defenderlos.

—Para el arcángel inflexible, severo y justo, las defensas serán inútiles. El fiel de la balanza se inclinará donde sea debido.

—¿Se sabe algo, Magdalena, de esa señora á cuya casa podré ir algunos días de asistenta?

—Déjese usted de eso, pobre *señá* Marta.

—Hija, hay que pensar en el pan de estas criaturitas.

—No tenéis tiempo ni para el dolor. El demonio del mundo ha hecho de la santa pobreza un pecado. Su imperio es éste, pero los crucificadores, ¡ya verán, ya verán!

Juanito y Ancita, obligados por las circunstan-
s á la quietud y el silencio, reflejándose en los
s la tristeza de sus madres, asombradora como
la adversidad aun de lo que parece inalterable,

Digitized by Google

la alegría de los niños, se olvidaban frecuentemente de la compostura, y, á hurtadillas, dando ocasión á reprimendas ó á mirares de cariñoso reproche, con guiños y enseñándose la lengua jugaban ó reñían, juguetones también.

Más que nada, para el efecto de sujetarlos, servía el aspecto de don Salvador, sobrecogiéndolos cuando más sombrío estaba. Era, desde luego, un respeto medrosillo el que les infundía, á dos dedos de convertirse en el coco unas veces; pero otras, una atracción rara, con especialidad cuando, mostrándose sereno, paz inmensa y honda expresión de dulzura parecían iluminarle tenuemente como un nimbo, se le aproximaban con cautela, y satisfechos si lograban meterse entre sus rodillas, bañado el semblante en risueña claridad, le contemplaban, acariciándole con los ojos.

—Vuestra voz, santas mujeres del Calvario, resuena atemorizando á los verdugos, y á vuestras quejas responden las de millones y millones de esclavos irredentos.

Los déspotas, cuyas flaquezas humanas burla son de sus ridículos alardes de todopoderosos, se acompañan de almas serviles, se rodean de esbirros, viven condenados en un infierno sin esperanza, proscritos del sol.

Ellos pertenecen á la casta de los grandes sacerdotes, de los torturadores de pueblos, de los ídolos quebrantados por los crímenes y los vicios, de los que sueltan á Barrabás y asesinan á los redentores.

Digitized by Google

Vosotras sois de la familia de los buenos, de los pobres de espíritu, de los miserables, de los escogidos para la eterna bienaventuranza, de los humildes, de los galileos.

La sangre de los mártires es suficiente para regar la flor mística que exhala sus perfumes en celestiales regiones, y sin cuidarse de los lobos, debe el piadoso rebaño continuar su peregrinación por este valle de lágrimas.

El mundo es de los precitos, por juro de heredad, y de los fariseos y publicanos.

Como en la vieja sinagoga, se cubren el rostro los culpables, fingiendo horror ante la presencia del Justo.

Los pobres sufren las tribulaciones de la Pasión, afrentas ignominiosas, desgarraduras de la carne, mientras que los sayones, al pie de la cruz, echan suertes sobre sus vestiduras.

Sigue cantándose la paz y la guerra es el estado perpetuo.

Se enaltece la fraternidad en las ergástulas de la servidumbre, se glorifica la caridad en un mundo asolado por el egoísmo y sigue celebrándose la Nochebuena en medio de la frialdad de las almas.

—¡Qué horas tan largas serán las de su prisión!

—¡Solos, completamente solos!

—Y acusados como criminales siendo inocentes.

Cómo se acordarán de nosotras!

Han maltratados, siendo tan buenos!

Esto clama al cielo y no se debiera consentir.

Digitized by Google

No hay justicia ni abajo ni arriba. Don Salvador, no me mire usted. Yo estoy harta, y mujer y todo, me dan impulsos de concluir de una vez, de morir, pero haciendo todo el daño posible, antes de aguantar...

—Magdalena, tus pies andan mucho por el mundo.

—A la fuerza, porque quisiera no haber nacido.

—¿No es verdad, mi buen don Salvador, que no merecemos esta pena tan grande?

—Marta, lo merecemos todo. Ruines criaturas, sólo tenemos grande el orgullo. ¿Por qué os rebelais? ¿Padecéis blasfemando? Carne flaca, ¿qué vales para poner en cuenta tus mortificaciones? ¡Cuánto no he sufrido yo!

—Qué mala suerte la mía, *señá* Marta. Podría decirse que todo me sale al revés. Tan joven como soy y ¡cuánto he visto!

—Y lo que verás, hija.

—Me parece que no, *señá* Marta. No haré los huesos viejos.

—Ven á afligirme más.

—No, señora, no es tal mi intención.

—Ya ves nosotros... Yo no he apetecido nunca más dicha que la tranquilidad. No he tenido vanidades, he procurado hacer el bien, no pedía á Dios sino salud para cuidar de los míos, contenta en mi pobreza con tal de verlos sanos y alegres y dich con la ilusión de morirme ya vieja antes que ell

—Bien pequeñas eran también mis aspiracion

Digitized by Google

tanto, que no sé por qué no se habían de realizar. No entiendo yo estas cosas, ni nadie me puede convencer de que el mundo está bien regido.

—No te metas en honduras, Magdalena.

—Vaya, don Salvador, perdone usted, pero las cosas no están bien dispuestas. Que no y que no.

—Abismo grande...

—Siempre he sido pobre y he trabajado casi desde antes de poder. Mi madre fué otra víctima; pero yo, en medio de todo, unos pocos años llevé la alegría dentro. Me comparo con el canario que tuve en su pobre jaula. Cuando Enrique, aquel infame, se me acercó, yo no sé, pero durante algún tiempo, parecía como si estuviese borracha de algo que no sé cómo explicar, que no es vino ni cosa que se venda, que es como un licor compuesto de todo lo bonito que nos agrada, que da mucha vida y vuelve guapos á los que no lo son y hasta la hace orgullosa á una. ¿Qué morirse? ¿Qué padecer? Música todo, verdaderamente música, igual—á ver si ahora acierto—que si fuera posible estar siempre de baile, el divino baile. ¡Qué pasión por él cuando no hay disgustos! Luego, muy pronto, la tristeza, y se concluyó, porque la felicidad como nunca, como nunca, porque aquello otro, tan caro para mí, fué cosa de chicos; la gloria de querer á Manolo y de que él me quisiera se ha trocado en infierno. Y á [illegible]. Si yo sólo deseaba ser buena, sin pedir, en [illegible] de una vida de sacrificios, sino amor, ¿por [illegible] de pagar siempre culpas de otro? ¿Quién

Digitized by Google

tiene derecho á hacer desgraciados á los que me quieren y á matar nuestra dicha? Nada, que no me conformo con que pasen así las cosas y nadie me saca de la cabeza que esto debería arreglarse de otro modo.

—¡Y pensar que en vez de cumplirse nuestros votos morirán en presidio!

—Y nosotras, rabiando.

—No hay remedio para nuestra situación. Vendrá el hambre para estos angelitos.

—*Señá* Marta, hay que luchar. Decidida estoy á todo, á lavar en el río, á arrancar piedras con los dientes, si es menester, para ayudarla.

—¡Hija, Dios te lo pague!

—Llore usted aquí, en mi pecho; lloremos las dos, madre, porque lo es usted mía, y no me agradezca lo que haga; exíjamelo, que bien puede.

Y los niños, viendo la escena, comenzaron á hacer pucheros, hasta romper en llanto estrepitoso, desconsolado, que obligó á sus madres, á quienes tenían abrazadas como náufragos, á olvidarse de sí mismas para acudir al consuelo de sus retoños.

Don Salvador miraba de hito en hito el cuadro.

Digitized by Google

CAPÍTULO XXIII

"Hallaron al rey Lear demente como el mar."

DON Salvador, al salir de casa de Marta, estaba completamente loco. Más que nunca abstraído, sonámbulo, cruzaba las calles sin darse cuenta.

Fué instintivamente apartándose de las demasiado concurridas, pues en vísperas del esperado suceso se notaba ya plétora de gente. Mala espina daría á quien se le encontrase en callejas solitarias, con mal alumbrado, aquella especie de fantasma, cuyo atavío no era tampoco el más tranquilizador. A veces, parándose, hablaba alto y en voz perceptible ó por dentro era incesante su monólogo.

—¿No puedo salvaros? ¿No tiene fuerza bastante la resignación? Y sobre ese tema como cimiento fabricaba la catedral de sus meditaciones, que á

Digitized by Google

poco se derrumbaba frágil, siendo desplome de Babel lo que imaginó sagrada armonía.

Diálogos extravagantes entablaba con las criaturas. Se dirigía á los miserables que, algo asombrados, aunque su facha los aquietaba, no podían siempre impedir la momentánea sospecha de que fuese un disfraz, y hubo quien eludió las contestaciones.

—¿Qué buscas?

—El pan.

—¿En un basurero?

—Y gracias que los perros no se me lleven los mendrugos.

—¿Qué haces para evitarlo?

—Los pego.

—¿Por qué?

—Porque está en mi poder.

—¿Porque eres más fuerte?

—Sí.

—¿Y otros más fuertes que tú te tratan como á los perros para quitarte el pan?

—Tú lo has dicho.

—Si estuviera en tu mano, ¿serían ellos los perros?

—¡Pues no...! ¡Si se volviera la tortilla, tú y yo qué gran vida nos daríamos!

—¿Estás contento con tu suerte?

—A la fuerza ahorcan.

—Da gracias á Dios.

—¿De no haber reventado ya?

Digitized by Google

—Resplandeces.

—Rabio.

—Bendíceme.

—Al nuncio con esas.

—Te veo grande, muy grande, hasta tocar el cielo.

—¿Te ha hecho efecto el amílico? También yo á veces... para olvidar, para quitarme sinsabores.

—Tienes bastante con la paciencia, con el amor al prójimo y á Dios.

—Pareces un misionero, pero predicar no es dar trigo. Tú, por lo pronto, te has bebido las *perras* que te han dado. Buen provecho.

—¡Felices los pobres!

—¡Maldita sea...!

—Mansedumbre, hermano. Siempre habrá ricos y pobres.

—¿Y por qué no he de ser yo de los ricos?

—¿Lo preferirías? ¿Estás loco?

—¡Toma! ¿Te has caído de algún nido?

—¿Reniegas de tu origen excelso?

—Reniego de mi casta. Husmeando basuras con mi gancho de trapero he de mantener la familia. ¡Y que son pocos los condenados! Seis tengo que caben bajo un celemín, y conmigo anda la parienta, aperreada como yo. Mírala allá ¡Y con lo que otros desperdician he de contentarme, para mal mer...! Registra, á ver si te queda con qué pagar as copas, ó *ahueca*, pues la conversación es bue- para la cárcel.

Digitized by Google

Ya don Salvador había dado media vuelta y se iba calle abajo.

Tropezó con una pareja de guardias. Exceso de celo, movió á uno á preguntarle:

—¿Adónde va, buen hombre?

—Ando.

—¿Hacia qué parte?

—Hacia el infinito.

—¿Por dónde cae eso, compañero?

Encogimiento de hombros.

—¿Qué guardáis?—preguntó á su vez don Salvador.

—El orden.

—¿En cuál libro divino se estableció eso?

—El Reglamento del cuerpo lo especifica todo.

—¿Para qué lleváis armas?

—Para defender á los hombres honrados.

—¿Quiénes son?

—Los que no delinquen ni faltan.

—¿Contra quién?

—Contra la ley.

—¿Sois soldados del Pretorio?

—Somos del Gobierno civil.

—Mirad no prendáis al Justo por servir á Caifás.

—Este hombre me parece sospechoso—dijo uno. ¿Le detenemos?

—No hay motivo—replicó el otro.—¿Ha he usted algo malo?

—Vivir.

Digitized by Google

—¿Adónde?

—En la tierra.

—No contesta acorde.

—Vaya con Dios.

—No os pongáis al servicio de unos hermanos contra otros hermanos.

—Servimos á quien nos paga. Es nuestro deber.

—¿Y la justicia?

—La llevamos los malhechores.

—El lobo también es hermano nuestro.

—Este hombre está falto.

—Caridad.

—La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—Sirviendo á los ricos os condenaréis.

—Ya sabemos dónde están los Consejos cuando los necesitemos.

—Basta de conversación. Es un alienado demente—dijo uno enfático, y su *alter ego* lo confirmó con grave cabezada.

—¿Cómo haré por salvarlos?—decíase.—Reina la desolación en aquella casa, y desesperados, solamente se acuerdan del mundo. Temo que las fuerzas los abandonen. Y es lo cierto que la pasividad ante la desventura no puede en lo humano remediar su situación. En el egoísmo que petrifica los corazones no hay ni una gota de agua para hume-
fauces secas... ¿Y los niños?... ¡Cómo llo-
esentían el horror de su porvenir... ¿Y
Marta concluirá de agostarse, conmo-

Digitized by Google

viendo á la misma impiedad. ¿Y Magdalena? ¿Sucumbirá á la muerte ó al pecado?

—Buena chifladura. Hablas solo.

—¿Qué haces, mujer?

—Esperar.

—¿Qué esperas?

—El santo advenimiento.

—¿Para redimirte?

—Para comer.

—¿Qué quieres, ser honrada?

—Dinero en el bolsillo.

—Arrepiéntete.

—¿De qué serviría? Era buena mujer y no lo sabía nadie, ni le importaba á nadie, y trabajaba sin comer. Verdad es que tampoco ahora como mucho, pero es por mi mala suerte.

—¿No comes?

—A veces; pero no trabajo.

—¿Te levanto del lodo?

—No llueve. ¿Puedes darme alguna cosa?

—El cielo, pero purifícate.

—Si yo pudiera salir á bailar el tango en un salón ó se *chalara* por mi un marqués... ¡Si fuera como Florinda y Charito!... Pero no tengo suerte.

—Cree en mí y confía.

—Buen pelaje tienes para sacar de apuros.

—Infeliz, ven conmigo.

—¿Dónde?

—Al cielo te he dicho. Allí.

—Está muy alto y puedo caerme.

Digitized by Google

—Caída estás.

—Porque no tengo suerte. A ser como Florinda y Charito viviría como una princesa.

—Óyeme.

—Adiós, *chiflao*. El cielo que puedas tú dar...

—No creen—murmuraba, continuando su meditación.—La fe se ha quitado la venda. Haz examen de conciencia implacablemente... ¿Puedes tú con las armas de la oración redimirlas?... Si el espíritu en ellas no es poderoso para vencer tentaciones de la carne, exigencias de la materia, imposibilitado estás de luchar... Me ven á su lado y me creen inútil para su provecho.

Cantando, unos borrachos se aproximaban. Eran impulsivos.

—Parece que no tienes prisa.

—¿Tomas el fresco?

—Ventila su casa antes de acostarse.

—¿Quieres una copa, golfo?

—¿No me conocéis?—gritó en un arranque de cólera don Salvador.—Si me conociérais hablaríais de otro modo.

—No hay más que verte para comprender que eres un personaje.

—Un archipámpano.

—Te hemos convidado á una copa y á nosotros no nos desaira ningún zarrapastroso.

embrutece el placer. ¡Sufrid para dignifi-

el mundo no hay más que divertirse y

Digitized by Google

que nos quiten lo bailado. Eso es lo que se saca.

—¿No habéis caído en que nos ha llamado brutos?

—Ahora verás.

Y le golpearon, y todavía cuando se vió libre fué apedreado desde lejos.

—¿Adónde vas tan de prisa?—le dijo un pordiosero.

—Me perseguían los diablos.

—¿Te querían llevar al asilo?

—La paz sea contigo. Gracias á Dios que encuentro un verdadero hermano observante.

—¿Eres del gremio? Pues vete de aquí, no me quites la limosna.

—¿También tú?

—¡Largo! Algún gandul serás.

—¡Hermano...!

—Los que nos socorren lo son, pero no los que pedimos.

—¿No te honras despreciando las riquezas?

—Si yo pudiera andar en coche, con qué gusto te tiraría una *perra gorda*.

—¿No pides en nombre de Dios, á quien representas?

—Digo que Él pagará, ya que nos ha aviado haciéndonos pobres.

—¡Dios mío!

—Vete, que me estropeas la parroquia.

—Siento en mí el furor, que domino por tu g cia, Eterno Padre—pensaba, caminando de n

Digitized by Google

con su habitual lentitud.—Ves rodar los siglos á tus pies; los trenos del Profeta resuenan lúgubres en la inmensidad; legiones infinitas de relapsos claman perdurablemente; los pecados capitales siembran de maldición el camino; el cárdeno relámpago de tu cólera ilumina la noche sin fin de la culpa; el hombre sigue siendo malo; el crimen original le mancha y manchará la más remota generación; ingratos al sacrificio, indiferentes al derramamiento de preciosísima sangre, continúan sin descolgarte de la cruz.

Dos hombres reñían furiosos. La saña de la animalidad borró todo sentimiento noble, y empuñando la vil navaja, en acecho, renacía el feroz cazador primitivo.

—¡Paz!

—No estorbes ó te damos á ti.

—Sois hermanos.

—He de comerme sus entrañas.

—Sed humildes.

—No cabemos los dos en el mundo.

—¿En el mundo de Dios Padre?

—¡Apártate!

Y de un encontronazo le derribaron por tierra, y se iban á acometer cuando quiso la fortuna que apareciesen, casualmente, parejas que iban al relevo, y entonces, sin extinguirse el odio, suspendie-
la lucha.

on unos obreros metidos en una zanja ilumina-
on faroles, pegó la hebra.

Digitized by Google

—¿Sois sepultureros? Haced la fosa grande, muy grande, porque la humanidad se va á morir.

—Mientras fumamos un cigarro, ahora que el capataz ha desaparecido, echemos un párrafo con este *lipendi*.

—¿Se trasnocha, buen amigo?

—Me envían á predicaros las Bienaventuranzas.

—¡Venga de ahí!

—Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos...

—¿Será un maestro de escuela?

—Como andan los pobres á bofetadas con el hambre...

—Que se metieran á toreros.

—Me parece que algo de lo que dice lo aprendí yo en el catecismo.

—¿No me oís?

—Enséñanos á ser menos bestias de carga.

—Puedo hacer más: enseñaros á ser serafines.

—Oye, tú, muchacho, serafín de noria—dijeron á un aprendiz—trae esa espuerta.

—Resignación.

—Justicia.

—Os revelaré que los hombres son hermanos.

—¿Qué nos cuentas? Pues si lo son, no debe haber estas desigualdades. En una familia regida por el amor paternal no deben comer unos mientras miran los otros, ni gozar los meno
frimiento de los más, ni engordar pocos
bárbaro trabajo de la mayoría. Lo que

Digitized by Google

co me pertenece; la justicia y el interés social demandan la muerte del capitalismo, de la burguesía, de los explotadores de todas clases. Nada que divida, nada que separe á los hombres. ¡Viva la emancipación del proletariado universal!

—¡Pero que muy bien!

—¡Cómo se te pegan las cosas que oyes!

—¿No dices tú nada? Este es retrógrado.

—Algún tragón.

—Pues no debe de tragar mucho.

—Será servil por naturaleza.

—No comprendo la jerga tuya. ¿Sois condenados?

—¡Y tanto! Ya ves qué tarea.

—¿Crees tú que si pudiéramos no haríamos ahora lo que harán los burgueses ahitos?

—¡Y que no gozaría poco si esto pudiera volverse como un calcetín, yo tumbado á la bartola y ellos trabajando!

—¿Lo harías? ¿Tu alma es de negrero?

—¡Y que iban á andar poco listos! ¡Arre!

—Igualdad, compañero. Que trabajen todos, que no haya privilegiados—replicó el obrero de la perorata.

—¡Rebeldes! No sois ricos, y por vuestra ceguedad os será tan difícil como á los ricos entrar en el [illegible]o de los cielos. Dad al César lo que es del César. [illegible]signación! Vuestro reino no es de este mundo; [illegible]e os hiera en una mejilla presentadle la otra...

Calle, es el cura loco—dijo uno de los traba-

Digitized by Google

jadores, que se acercó entonces para beber agua.

—¡Ya! Por eso no le comprendíamos.

—¿Soy un extranjero—murmuraba andando don Salvador—de la peor extranjería, la espiritual, entre mis hermanos? ¿Cómo, al cabo del tiempo, hablamos lengua diferente? Y el dolor subsiste, enconado, insufrible. ¿Para qué mi sacrificio?

A punto estuvo de atropellarle un coche. No oyó las repetidas advertencias del auriga, quien obligado á refrenar el caballo, y gracias que fué á tiempo, como si se tratase de una ofensa personal, sobre llenarle de soeces injurias, obsequió al pasar á don Salvador con un latigazo.

—¡Alto ahí!—gritáronle á poco, mientras dos atracadores le sujetaban.

—Nos hemos lucido. A este no hay quien le robe. Habría que darle algo.

—¿Se apoderan de mí los demonios?

—Este es un *perdis*. ¿A qué vienes á engañar á los que se ganan honradamente la vida?

—¿Trabajáis?

—Poco; no hay un céntimo.

—Bambolla pura.

—Y muchos ladrones que no se dejan robar.

—Dejaos vosotros; no se debe resistir. ¿Que os quieren quitar parte de vuestra hacienda? Pues se la dais toda al hurtador.

—¡Vaya un mundo, *chavó,* más hermoso!

—Hablas como un catedrático. Convence gente.

Digitized by Google

—¡Y que no son duros de pelar!...

—De órdago sería nuestra vida si no fuera porque la justicia se mete donde no la llaman.

—¿Quién es el hombre para juzgar á otro? Nada pertenece á nadie.

—¿Eres tú del oficio?

—¡Si convencieses á la Guardia civil!

—Haced penitencia.

—*¡Magras!* Ya la hacemos cuando nos ponen á la sombra.

—Ama á tu prójimo como á ti mismo.

—Al prójimo contra una esquina. Esto es una ladronera. Y lo peor para nosotros es la competencia de los que temen al Código penal.

—Los tesoros del pobre, que son los del cielo, las virtudes santas no hay quien las robe. Atesoradlas sin miedo á las ganzúas.

—Este va á Leganés.

—Pues anda á ver si coges aún el tranvía.

—Nos estás haciendo mal tercio y hay que *afanar*.

—Vaya con Dios el alegre.

—Cuidado con *chivarte*.

Al doblar una esquina le llamó la atención la fuerte luz de unos balcones y el ruido que por ellos salía. Era fragoroso palmotear. Luego, callaba el trueno y una voz extensa, potente, de sonoridades armoniosas, llegaba perceptible á la calle, deteniendo á los transeuntes. Entró don Salvador, atraído por aquel imán, entre un grupo de retrasados y se encontró en el mitin.

Digitized by Google

El local, cuajado de público hasta el desbordamiento, con tal cual adorno en las paredes, tenía filas de bancos con más gente que asientos, aglomerándose la masa, verdadera masa por lo aplastados de unos contra otros, hechos un montón, y en la cabecera, á guisa de altar, el estrado y la diosa de aquellos fieles, la imagen de la República, objeto de un culto tenaz, culto de pueblo desterrado pensando en la patria, de peregrinos en el desierto, donde viven años y años soñando con la tierra de promisión, sin importar siquiera á muchos, imperturbables en la fe, la esperanza de su conquista.

En aquella atmósfera pesada, de humo, de vaho caliente y espeso, que determinaba las oftalmías de Mirabeau, y que como el vértigo atrae, se ejercía el medio más eficaz de sembradura de ideas, la palabra hablada, el divino verbo, que apresura y cristaliza en los espíritus la evolución que sólida, pero lentamente, van elaborando otras formas de la intelectualidad.

Era aquel un período de efervescencia del partido, que, como español, procede por rachas, con actividad intermitente de volcán, por épocas, sin método, sin la perseverancia terrible de la gota que cae monótonamente sin cesar. El magno acontecimiento oficial próximo los movía, y la agitación era mucha. Comenzaba á temer el Gobierno [illegible] exaltación produjese disturbios, aunque [illegible] ran, como suele ocurrir, los necesarios pa[illegible] la superficie, perturbando el acto á la faz [illegible]

Digitized by Google

do, cuya mirada compasiva ó burlona sentimos, no importando, para los que viven de apariencias, que el fondo siguiese inalterable, si el estrago se producía donde duele. En medio de todo, así son las tempestades del mar.

Coincidió con eso la conmemoración de un revolucionario, uno de los del martirologio de los ideales, y sabida es la sugestión, muy española también, del hecho de fuerza. El carácter militar revestido por los que en distintas jornadas han facilitado la vida constitucional y el triunfo de las libertades en la España moderna, sintetizado en una palabra que hemos conseguido exportar, la de pronunciamento, sin que contemos con ninguna verdadera revolución, goza de hondo prestigio y despierta ilusiones con las añoranzas

El orador, junto á la mesa presidencial, decía:

—Al celebrar este aniversario, crece y se agiganta la figura del que le provoca, y dándole poderoso relieve la actualidad, se presenta á nuestros ojos como encarnación de la protesta contra lo que ha viciado en su raíz misma el genio nacional y deformado las almas con la maldita intolerancia que atrofió el pensamiento, el sentimiento y la voluntad, haciendo de los hombres miserables despojos que piden de rodillas la buena nueva, como el [illegible] degenerado del drama de Ibsen pide el sol. [illegible]nera cualidad, la más excelsa, que debemos [illegible]r y tomar por modelo en nuestro héroe, es el [illegible], carácter de una pieza, como suele decir-

Digitized by Google

se, carácter de hierro, inflexible, duro, el que forma los hombres, el que constituye el rasgo principal del verdadero estadista, pues sin él, siquiera concurran otras insignes condiciones, no se puede ser gran político, y múltiples ejemplos hay; cualidad suprema en este país, donde casi todos se hallan enfermos de la voluntad, la poderosa, la que mueve montañas, la que transforma la tierra, la que hace hoy de las razas que la poseen la palanca del mundo, mientras que las pobres naciones que por su mal aprendieron solamente la virtud de la resignación, amodorradas con leyendas de glorias muertas, se tienden á morir impasibles sobre las ruinas.

Queremos vivir la vida de los ciudadanos, y esta afirmación requiere el ejercicio constante de la voluntad, la disciplina de la acción, no limitándonos á llorar como mujeres, que con esos lamentos hay que abandonar al cabo la Granada de nuestras ilusiones, ni á quejas estériles de mendigos al borde de la interminable carretera del progreso, por donde avanzan triunfantes, desdeñosos, los que por virtud de su esfuerzo y coraje son dignos de ser hombres, sino elevándonos á la altura del heroísmo, convencidos de que estamos necesitados de valor, de que por falta de arranques, por sobra de debilidad, por cobardía del espíritu, hemos caído tan abajo...

Y entre ovaciones seguíase hablando con resignación, contra la conformidad, se proc

Digitized by Google

la rebeldía y se encomendaba á la fuerza el éxito de la perfección humana. Se consagraba el derecho humano, el triunfo de la justicia en la tierra. Se tendía á hacer habitable este valle de lágrimas y á enjugar el llanto de las criaturas para borrar tal sobrenombre. Fué para don Salvador una suerte que el enorme concurso no le permitiera hacerse visible. En un pasillo tuvo que estar, y más excitado por el sitio y por lo que oía, daba muestras de desasosiego. No podía resistir. A borbotones le acudían las palabras para protestar.

—No entiendo lo que habláis. ¡Oidme! Yo soy el enviado—dijo—; pero una explosión de vociferaciones, de increpaciones airadas, ahogó su voz.

—¡Fuera!

—¡A la calle!

—Será un policía disfrazado.

—¡Hermanos míos...!—continuó don Salvador.

La terca interrupción hizo el tumulto espantoso. Se alzaban puños y bastones; los que no le veían, casi todos, y que no oyendo más que el rumor del estruendo abultaban las cosas en su imaginación, con el contagio de la turba seguían la corriente, gesticulando como energúmenos.

Algunos conocieron á don Salvador y trataron de interceder, empresa inútil en la baraúnda; pero policía, que no quiere ruidos, y, además, por npiarse de tachas de complicidad con que al nto la motejaron, sin más averiguaciones arrojó lon Salvador á la calle.

Digitized by Google

—Nadie me entiende y á nadie comprendo yo. Los furores del infierno se han desatado contra mí. Desde la montaña donde Luzbel ofreció al Señor el dominio del mundo, veo que no me pertenece. ¿Qué hago yo aquí? Siento desfallecer mi espíritu y temo sudar sangre. ¡Qué negro todo! Apenas veo la lámpara del santuario en las tinieblas. ¡Cuánta desolación! No soy nada, nada valgo, no puedo nada... ¡Pobre Magdalena, si no hubiera tenido más que á mí! Creyó su madre, al verme junto á su lecho de muerte, que la dejaba un defensor. Se hubiera muerto entonces sin el apoyo generoso que otros la dieron, y ahora, sin ese sostén, ella y su hija y la santa familia con quien vive, perecerán... Y pueden pecar los grandes, y han pecado mucho, pero los niños... ¿Por qué han de penar esos corderos de cándido vellón? Los inocentes, puros como las palomas nacidas por la mañana en las cornisas del templo, me miraban como á un padre y aun me parece haber visto sus manitas cruzarse en actitud de plegaria... ¡Llevo siempre ante los ojos sus ojos...! Creo, Señor, que he apurado el cáliz. No puedo seguir. La tristeza sin fin ha agotado el escaso vigor de mi cuerpo, tan dolorido. . ¿Por qué me has abandonado?

—¿Quién eres, criatura humana, con quien tropiezo? ¿Por qué te echas aquí?

—Señor, es mi cama.

—¿No tienes tampoco donde reclinar la

—Tampoco, señor.

Digitized by Google

—¿Estás solo en el mundo?

—Solo. Mi mujer se ha muerto; quedaron dos niños muy hermosos, sin que esto sea pasión de padre, y que nos dieron mucha alegría al nacer. Redoblé mis afanes para criarlos. Era escribiente, me quedé ciego, vino el hambre, la enfermedad, el hospital meses y meses, salgo ahora y los niños desaparecieron, volaron como pajarillos, á picotear lo que pudieran. Serán golfos.

—¿Se llamaban Ancita y Juanito, verdad?

—No, señor.

—No te acuerdas. Y dime, ¿aceptas resignado la voluntad del Altísimo?

—Pienso irme del mundo.

—También yo. Me llaman del otro y no quiero vivir más.

—Podemos matarnos juntos.

—¿Pero tú te vas á matar?

—Sí, señor.

—¡Dios mío, Dios mío!

Casi sin fuerzas para sostenerse, prosiguió don Salvador su caminata sin rumbo.

—No hay que dudar ya. Extranjero soy en el mundo. Lo veo bien. La cobardía y la ignorancia son los frenos de los desheredados, de los infelices. Los únicos que sujetan á la fiera de la rebelión. Estremécete de orgullo en tus antros, ángel caído. ¿Quedan aun heces que apurar? He sido vilipendado, escarnecido, sin haber injuria que no se me lanzara, sin pecado ó ruindad que no se me atri-

Digitized by Google

buyera... ¡Ilumíname...! ¡Infúndeme tu gracia...! Te suplico ese don... Por las víctimas de los hombres inflámame en caridad. Otórgame ser útil con mi sacrificio á unos seres humildes... Yo no puedo librarles de la miseria, ni de todos modos me sería hacedero llenar su corazón. Ni pan del cuerpo ni pan del alma los puedo brindar. Los embarga el amor terreno. ¡Siquiera por los niños, ángeles tuyos, porque los niños lo son...!

Y ansiosa, convulsivamente, rezaba. Reclinóse en una pared, desfallecido, traspasado por la tristeza, hambriento. Los que pasaban, si advertían su presencia, tomábanle por un mendigo, pero él no veía á nadie.

—No, mi vida de nada les sirve en una sociedad cristiana; pero podré serles útil desapareciendo, con mi muerte, con mi anulación.

Resuelto, seguro de sí mismo, se sentía con más fuerzas, pues el temple maravilloso de su alma le vigorizaba. Los sufrimientos corporales eran factor despreciable en sus cálculos. El hábito de ellos le forjó sublime coraza. Impávido se encaminó á su Jerusalén.

—¿Dónde está el que apellidáis juez?—preguntó á un alguacil del Juzgado de guardia.

—¿Quién es usted?

—Un hombre.

Y como le volviese la espalda le hizo ate exclamando:

—Me trae la justicia; mi justicia.

Digitized by Google

—¿Algún crimen?

—Muchos crímenes.

—¿De qué se trata?

—El juez me espera. Si me detienes, serás tú juzgado.

—¿Á qué vendrá este tío?—pensó el aguacil.—No sea que caiga yo en responsabilidad.

—Abre paso.

—Espérese usted.

Al poco rato volvió el alguacil al vestíbulo, donde la curiosidad aguijaba á todos, tanto más cuanto que no podían sacar á don Salvador una palabra.

—Pase usted.

Entró en el pasillo, á uno de cuyos lados están los calabozos. Cuando franqueada en la pared frontera la puerta del despacho del juez, se halló frente á éste, que le miraba, y quedaron solos, dijo:

—Yo soy el que quiso poner las bombas.

Digitized by Google

CAPÍTULO XXIV

"¡Explícate, decía, noble Ulises, honor de Grecia!"

El juez dió un brinco en su asiento.

—¿Qué dice usted?

—Que yo soy el autor de ese delito, que es hora ya de resucitar.

—¿Pero usted sabe lo que se dice? ¿Comprende la gravedad de la acusación que se echa encima?

—Insisto. La justicia es ciega.

—¿Usted es autor?...

—Yo soy quien soy.

—¿Quién?

—Dicho está. La justicia anda diligente para prender á la inocencia.

—¿Los presos?

—Son inocentes. ¡Qué contumacia! Se el reo y no le conocen.

Digitized by Google

El juez tocó un timbre.

—Que se proceda á asegurar á este hombre.

Mientras le cacheaban y se hacía lo ordenado por el juez, fué éste al teléfono. Nadie sospecharía que por los hilos negros que cruzan la capital, conductores de tantas sensaciones diversas, vehículo de tan opuestos intereses, en aquel momento circulaba fluido de tempestad política. En los centros oficiales hubo una conmoción, que luego había de repecutir por doquiera.

Hubo en seguida las preguntas obligadas. El juez, informándose, transmitió las circunstancias personales del reo. Con los datos de la policía y otros antecedentes se vino á caer en la cuenta de que el hecho revestía mayor importancia por la calidad del sujeto y que daba verosimilitud á su declaración lo que se sabía de él. Por peligroso se le reputó y aun en ocasiones fué vigilado. Sus ideas disolventes eran notorias, lo que tiene es que considerándole, por su conducta, inofensivo para la acción, y sobre todo, habiéndose fijado en otro de más cuidado, en Manuel, se abandonó la pista. La *plancha* de las autoridades y razones de orden público, que se vinieron á agravar con esa complicación, preocupaban mucho. Se temía, fundadamente, que flaquease la confianza en el celo, habilidad, pericia, etc., etc.,

encargados de velar por nosotros, y perdida
a se sabe que no se recobra. Quien á cam-
ida hizo llegar la gloria de su triunfo al
ro, podía temer que trascendiese el fraca-

Digitized by Google

so. La actitud del reo impresionaba. Fuera de las declaraciones categóricas, explícitas, terminantes de su delincuencia, no contestaba, se le veía desdeñoso con la justicia de los hombres y á las amenazas de *empapelarle* también por desobediencia y desacato respondía con encogimientos de hombros: Era muy raro. No rompía su indiferencia ni se dignaba contestar sino para agravar su situación, rechazando de plano toda circunstancia que le pudiera favorecer.

—¿Los presos por esta causa, son sus cómplices?

—No. Conmigo nadie puede colaborar.

—¿Pero alguna participación, algún conocimiento?...

—He dicho que no. He sido yo solo.

—¿Le conocían á usted?

—¿Creéis que me conoce nadie?

—Conteste usted. ¿Eran sus amigos?

—Yo no tengo amigos.

—¿Pero frecuentaba usted su casa y su trato?

—Como el de tantos otros. Yo hablo con mucha gente, visito muchas casas. Ahora he venido aquí.

—Por cariño á usted, por cualquier otra consideración, ¿no es más cierto que se enteraron y le ayudaron á usted de alguna manera?

—No. Yo no pierdo, yo salvo.

—¿Y usted solo cómo lo pudo hacer?

—¿Hay alguna dificultad?

—¿Y por qué lo hacía usted, determinándose á crimen tan nefando?

Digitized by Google

—Por que la humanidad debe morir. El mundo se ha ennegrecido desde que le falta el sol de la verdad. Yo no puedo consentir que sufran los hombres, explotados por unos pocos, y que aquéllos maldigan cobardes. Lluvia de fuego caerá, yo os lo profetizo, sobre la corrupción. Los buenos habremos de ser brazo de las justicias supremas, maldiciendo á los...

—¡Basta! Repórtese usted y no haga alardes de cinismo en vez de entregarse al arrepentimiento.

Y el fiscal y otros funcionarios de categoría, allí presentes, fruncían el ceño, malhumorados.

—Vosotros sois los menesterosos de perdón.

—¡Insolente!

Uno, creyendo hacerlo bien, se preparó á la violencia, mas refrenaron sus bruscos argumentos.

—¿Creerás que si me pegas tendrás más razón? ¡Escucha!

—¿Obra usted sabiendo lo que hace?

—Cuerdo, muy cuerdo estoy.

—Sin embargo...

—Ya sé lo que se propala por los fariseos.

—¿Usted, pues, obró á conciencia de lo que ejecutaba?

—Completamente. Castigo á la sociedad por sus crímenes, sabiendo que la sociedad se defiende y se [illegible] penas atroces. Sabía que me juzgaríais, [illegible]denaríais, que no me podría salvar, y al [illegible]ora á entregarme, tras de hacer burla de [illegible]guera, prendiendo á diestro y siniestro,

Digitized by Google

para cubrir las apariencias y justificar el oficio, sé á lo que me expongo, lo sé como si tuviera abiertas ante mí vuestras leyes por las correspondientes páginas.

—¿Por qué, si nadie sospechaba de usted, ha venido á entregarse?

—¿Asombra eso? ¿Tan raro es salvar á la inocencia?

—De modo que según usted el afán de la justicia le ha movido sólo?

—Claro es. Yo maldigo á los malos, considero de necesidad su exterminio, pero no quiero que paguen los justos.

—¿Y cómo lo realizó usted?

—Al que le importe que lo averigüe. Yo lo he hecho.

Tras del interrogatorio pesadísimo, capaz de agotar las fuerzas humanas, en que don Salvador no salió un ápice de su plan, mudo hostilmente, fuera de lo que á su culpabilidad se refería ó de tal cual apóstrofe virulento, fué incomunicado en uno de los calabozos.

El bullebulle era grande. Ir y venir con embajadas, golpes al teléfono, animación insólita en los llamados centros políticos y en las redacciones. El suceso, hinchado por la reserva, comenzaba ya á apasionar intensamente.

Lo que se sabía de don Salvador desconcertaba. Cierto, muy cierto, que era un extravagante, opinión de loco, pero el género de su locura ex

Digitized by Google

caba muy bien su declaración, donde la verdad resplandecía. Era un exaltado, un vidente, un revolucionario feroz, y su vida un ejemplo funesto para los débiles de espíritu, á los que fatalmente había de alucinar. Se recordaban sus predicaciones, su espíritu indomable de rebeldía, cuanto hizo antes y después de pertenecer al gremio de la Iglesia, su popularidad, sus insensateces de monómaníaco, pero poseído de manía muy conforme con el hecho que á sí propio se imputaba. La misma presentación para sacrificarse por la inocencia era lógica, natural en él, no resultaba incongruente con su manera de pensar y de conducirse.

Perplejas las autoridades no sabían qué oponer á tales manifestaciones, inspiradas en el más puro de los raciocinios y en la observación más filosófica y experimental de los hechos. Podía ser un perturbado, pero lo era de la clase de peligrosos, de aquella á que pertenecen los que ejecutan crímenes análogos al de don Salvador. Buena maraña la del proceso. Para desenredarle había que dar crédito á la autodelación del ex cura, y entonces podría cometerse horrible imprudencia, que produjera frutos amargos, poniendo en libertad á gentes temibles. Eso fuera lo derecho, lo más llano, sobre todo faltando, en confirmación de lo depuesto por el denunciante de si mismo, pruebas sólidas de responsabilidad contra los sometidos á procedimiento. Se escudriñó, se desmenuzó letra por letra el sumario por si asomaban indicios, ya que no la demostración

Digitized by Google

aplastante de delincuencia, y fué inútil. Donde existiese menos arcaismo en la administración, más respeto á la libertad humana, no hubiera podido prolongarse la prisión de los reos y hasta se hubiera sobreseído las diligencias. Al presente la situación era muy comprometida, el equilibrio inestable aumentaba y especialmente para Juan era muy difícil sostener en los autos la acusación; pero ¿y si por casualidad eran autores ó les alcanzaba cualquier grado de responsabilidad? ¿Y si el día de mañana aparecían complicados en un hecho semejante? Tal suspicacia, no se crea, era muy poderosa.

Al otro día la prensa, hostigando á un Gobierno tan impopular y movida de espíritu caballeresco, jaleó el asunto. El desvío en que se colocó la opinión respecto á los procesados, por reacción súbita convirtióse en apasionada defensa. Los escépticos comentarios del principio, la desconfianza de que fuesen verdaderamente dinamiteros los acusados acrecieron con furia y una oleada de simpatía lo cubrió todo. La familia de Juan, Magdalena y su niña ofrecieron cuadros conmovedores, revestidos con las galas de la literatura sentimental que para las ocasiones guarda la hoja impresa que diariamente circula reflejando la vida contemporánea. Caminito de la cárcel fueron muchos á comunicar con los presos, á inquirir nuevas noticias, inf minuciosos, hasta abrumarlos.

¿Cómo no se los pone en libertad? Habien.

Digitized by Google

recido el autor, demostrada plenamente la inocencia, era inaudito lo que se hacía. Porque indudable, como dos y dos son cuatro, era su irresponsabilidad. Aquel don Salvador, ese extraviado, decían muchos, era por sí mismo, por su conducta, por sus procederes, un elocuente é irrefragable testimonio. Su vida entera prestaba la mejor declaración. De acuerdo siempre con las palabras vertidas, con sus enseñanzas, habían estado sus acciones. Y se contaba y no se acababa de la personalidad de don Salvador, de su historia, de las manifestaciones de su carácter de acero, de su ciencia, de su estoicismo, de su caridad, de su odio á lo existente, de su desprecio para el propio dolor y su ternura femenina para los dolores extraños. Todos los detalles de su declaración, hija de un espíritu rectilíneo, sin recodo alguno donde el convencionalismo se pudiera esconder, ofrecían irrefutable verosimilitud. Hasta el ser único autor, sin cómplices ni encubridores, sin dar cuenta á nadie, encajaba muy bien, no sólo en la naturaleza de don Salvador, sino en la general y conocida de tal especie de atentados.

Cuando á casa de Juan llegaron las primeras personas, periodistas, con las nuevas, el estupor no reconoció límites. Pronto la alegría se sobrepuso, [illegible]miento natural, aunque como un reproche se [illegible]lara con expresiones de gratitud, lástima y [illegible]to á don Salvador, que venía á ser su Provi[illegible]a.

Digitized by Google

—¿Y soltarán á mi marido?

—¿Y pondrán en libertád á Manolo?

—Indudable, señoras mías.

—¡Qué felicidad se nos ha entrado hoy por las puertas!

—¿Lo ves? Dios aprieta, pero no ahoga.

—¿Y dice usted que don Salvador? Parece mentira...

—¡Pobrecito!

—¡Quién creyera que él fuese capaz de cometer ese crimen!

—¡Pero mira qué bueno es con nosotros! Si él no habla nos pierde.

—En medio de todo, que Dios se lo pague.

—¿Y cuándo saldrán?

—Es cosa de un momento á otro.

—¡Cuando no me vuelvo loca ahora mismo!...

—¿Dónde están los niños? Que vengan á disfrutar con sus madres de esta gran alegría.

—¡Hijos de mi alma!

Las vecinas, como antes en el duelo, tomaban parte en el holgorio, con lágrimas siempre, que idénticas suelen ser en el grado superlativo las externas manifestaciones del alma.

En cuanto les fué posible corrieron á la cárcel á comunicar como les fuera dado, en último extremo á voces y señas, como tantas otras, por fuera de los muros, ellos en las ventanas, la gran noti. Por primera vez rieron sus ojos al reflejarse ellos los pintorescos alrededores, llenos de fron

Digitized by Google

de la prisión celular, con el azul por límite del Guadarrama, orlado por la nieve de armiño.

Entre el elemento popular, sobre todo en el impresionable y sencillo corazón de cigarreras y verduleras, de arranques generosos y rápidos, el prestigio de don Salvador, su abnegación bendita de salvar á los inocentes, produjo, tras de la algarabía de sus asambleas primarias, alborotos contenidos aún, pero amenazadores para los que no quieren ruido en la calle y menos de mujeres. La efervescencia en los barrios bajos era creciente, fomentada por las simpatías á don Salvador, tan amigo de los pobres, y quizás ya se componían los romances de ciego, las coplas que reúnen el brazo popular alrededor de las guitarras en encrucijadas y plazuelas.

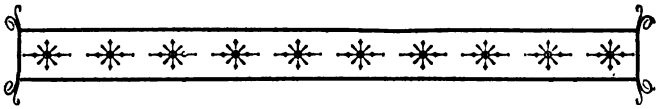
Los elementos avanzados, prevaliéndose de la ocasión que les ofrecía combustible para la hoguera, junto á la cual anhelan el brotar de chispas, arreciaron en su propaganda, esperanzados, una vez más, con el auxilio que llegó á reforzarlos de otros elementos.

Se trataba, en vista de que las horas transcurrían sin atenderse á lo que la opinión reclamaba, de organizar seriamente la protesta en forma sensacional, resonante, y como no cabía demorar de nuevo la ceremonia, llena la corte de cuantos nanales y extranjeros habían de concurrir, perple- el Gobierno, tan quebrantado y aturdido con el ›go de las circunstancias, para ahorrarse que-

Digitized by Google

braderos de cabeza y salir del paso difícil, optó por soltar á Juan, innocuo, quedarse en rehenes con Manuel, mozo de cuenta, y para asegurar el orden, insinuando que le amenazában muchos peligros y confabulaciones tenebrosas, suspendió las garantías constitucionales.

Digitized by Google



CAPÍTULO XXV

"¡Vive Dios que me espanta esta grandeza...!"

AMANECIÓ espléndido aquel último día de Marzo. Desde muy temprano se notaba la animación de la fiesta. Se comenzó á engalanar los balcones con abundancia de percalina y los gallardetes y follaje y los oropeles vistosos y efímeros del adorno público destacaban intensamente sus colorines en la apacible luz. Iban las gentes ó muy deprisa para concluir pronto ineludibles quehaceres y no perder ripio de la solemnidad, ó muy despacio, recreándose, como un aperitivo, en la contemplación callejera. La voluptuosidad española de perder el tiempo, encanto refina-
. día se acrecentaba. El contagio era tan
que todo el mundo, tirios y troyanos, blan-
ros, con tregua tácita, se dispusieron á ha-

Digitized by Google

cer fiesta, no sólo al aire libre, sino en el hogar. Quien pudo librarse de huéspedes no se excusó de hacer algún extraordinario, en relación al menos con sus costumbres, y en cuanto á quedarse en casa, fuera de los impedidos de salir ó de obligaciones precisas, muy precisas, podían contarse por los dedos las excepciones. No se trabajó ni hay que asegurar que los comercios cerraron sus puertas.

No hubo, pues, jornales y los gastos fueron mayores; pero el espíritu, reposándose en la divina pereza, se adormía con la ilusión del oasis fresco en el arenal del diario vivir. Los festejos además eran extraordinarios. Sobre lo de rúbrica, lo corriente, que basta para sacar la gente á la calle á ver las mismas cosas que vieron cien veces, ahora había novedades de rumbo en que Municipio, Diputación y Gobierno echaron la casa por la ventana.

Dura poco la inquietud de las circunstancias anormales y aun pudiera decirse que no arraiga en la población, cuyo temperamento no es el más adecuado para las manifestaciones solidarias con carácter general, que impriman sello, de estados de miedo ó dolor. El individualismo de la raza subsiste en ese extremo, quizás depurado al fundirse las provincias en el crisol de la vida madrileña. En la metamorfosis sobrevive, como dique al cosmopolitismo, y al paso que se borran trazos particulares, solariegas remembranzas, las líneas esculturale la herencia perduran en aquello que cincelare siglos y cuyo fondo continúa inconmovible. N

Digitized by Google

le ser lo mejor, porque lo más bueno que heredamos, espiritualmente, fué combatido por fatalidades históricas hasta el punto de corromperse la semilla, letal aumento de posos turbios. Difícilmente trastorna el suelo español con subversión de terremoto igual sacudida. En Madrid mismo, dentro de su vida general, hay como cantones donde ha podido y puede aún vivir de sus jugos una literatura.

Decimos esto, como digresión, para explicar cómo el aspecto de Madrid no era el que las circunstancias lógicamente hacían presumible. Ni crisis del trabajo, ni el hambre, ni la política, ni el temor pudieron retraer á la multitud, de todo olvidada, ni impedir que la villa, como sus moradores fijos y temporeros, sacase del fondo del baúl los trapitos de cristianar. Ni cuando las guerras se ha visto el duelo común, verdadero, no artificial y gacetable, ni se ha suspendido los espectáculos fuera del mandato legal ó de la imposición de una turba que, en calma lo restante, ha dejado huellas en la zona que ha recorrido, como un ciclón.

Tampoco los forasteros quedáronse á la zaga en cuanto á desaprensiva indiferencia. Elementos eran de la síntesis nacional de Madrid. En legiones le invadían y se dió el caso de tener muchos, tal fué su copia, que pernoctar á cielo abierto, para lo que daba la templanza del aire. No hay que poner la gran animación, y muchos, no habituados, lidos en la inmensidad de las olas humanas, clarosas, hirvientes, subido de punto el fragor con

Digitized by Google

los carruajes innúmeros, mezclados, enredados con los peatones, desvanecida la retina con tantas imágenes, experimentaban las náuseas del mareo.

También entonces, dicho sea para no dejar cabo suelto, el amable escepticismo de la villa se alimentaba con el escaso crédito de que suelen disfrutar los que manejan el manubrio. Es antigua la desconfianza, que no toma caracteres de ofensa, al contrario, que en la picardía de las costumbres públicas suele ser asiento de la reputación de algunos y servirles de pedestal. Los de hábil y travieso pueden constituir en España los únicos títulos de encumbramiento y poderío. Lo que en las costumbres privadas fuera bellaquería de rufián, á veces pasa por correcto y gracioso en las costumbres públicas y por viciosa derivación suele trocarse el escenario de la política en patio de Monipodio donde se aplaude á los actores.

Como no se tomó en serio lo de la conjura ni echaban entonces de menos las garantías constitucionales, no había fundamento para disgustos y preocupaciones. Tras de este día otro vendrá. Entreguémonos sin reservas á la alegría de vivir con la embriaguez del sol, que será siempre deidad sin ateos en los países meridionales, privilegiados del planeta. Un himno á la vida era aquel cuadro entre magnificencias de edificios y lujos.

Los sones de cornetas y marciales m-
yas resonancias se avenían perfectame.
alegría exterior, con el gran espectáculo

Digitized by Google

teatral y que despiertan siempre el corazón de los latinos, difundieron sus notas y llamaron á los que todavía no circulaban por la carrera del cortejo. Con algazara y fingidos sustos, ocasión de bromas, evolucionaba la multitud, obligada á dejar libres y expeditas las maniobras de los soldados hasta que se pusieron en dobles filas al borde de las aceras, pues con desuso de precauciones, no se contentaron, como de costumbre, con una sola, y aun se colocó gente de la policía detrás de la tropa y en las esquinas Guardia civil montada y á pie, con maüser los infantes. Unas cosas y otras originaban remolinos y hacinamientos torpes de rebaño, abundando los frescos que buscaban adrede las apreturas.

A medida que llegaba la hora se iba aglomerando más público, que amenazaba, á seguir en tal progresión, con una catástrofe. Fué de ver la que se armó al prohibirse circular por en medio y lo que costó acoplar el gentío con transgresión aparente de leyes fijas, como la de impenetrabilidad. Los sitios consagrados para ver esas cosas, que suelen por lo mismo ser donde se ve menos, los henchían los espectadores; pero otros, más zorros y amigos de su comodidad, se estacionaban, con relativa anchura, en lugares que les permite conocer su experiencia.

[illegible] balcones rebosaban también de curiosos y [illegible]lagro no se hundían con su preciosa carga. [illegible]eciosa la calificamos, porque los ocupaba el [illegible]ío casi totalmente, apretujado en racimos sa-

Digitized by Google

brosos de fruta del Edén, reducidos los caballeros acompañantes, no sin más de un refunfuño discreto, á contemplar el peinado de las señoras. Estas mismas, con la hostilidad sorda con que se besan, procuraba cada cual, en daño de la colindante, alcanzar la mejor ración de vista. Los matices alegres, las galas del tocado sobre las colgaduras, entonaban la polícroma decoración en que enjambres de abanicos, moviéndose, parecían, y más con la viva gracia que los imprimiera su dueño, mariposas fenomenales de aquel jardín con derroche de flores en senos y cabezas y en que las sombrillas de tan abigarrada tonalidad asemejábanse también á flores.

Tarjetas postales, alfileres y otros arrequives baratos alusivos á la fiesta competían con los periódicos, ilustrados asimismo en su honor. Pregonando agua fresca se avivaba la sed. De rato en rato, un general con su escolta distraía la espera, que hacían menos larga los comentarios.

—Parece que tardan.

—Ya ves, primero que se organiza un acto así...

—¿Has vistó á los extranjeros?

—Tal cual. Ahora veré á todos.

—¿De dónde son?

—Pues de... de... Los periódicos dan pelos y señales. ¡Y qué raros vienen algunos!

—Mira no hayas confundido algún alguaci los que estrenan uniforme con los príncipes Congo.

Digitized by Google

—¡Puede!

—¡Abajo ese niño, que quita la vista!

—¿Qué quiere usted ver ahora? —preguntó la que en brazos le tenía, una barbiana.

—Lo digo para después.

—Toma usted las vísperas con tiempo.

—Tengo derecho á mirar.

—Y hasta con antiparras.

—Los chicos á la Inclusa.

—Vaya usted, don Líquido, y no le vendrá mal el biberón.

—Señora—dijo terciando oficiosamente un hombre grave—no hay que perjudicar á tercero.

—El chico también es de Dios y los que no estén á gusto, por lo que les ha costado el billete se pueden ir á una tribuna ó á un balcón de Palacio.

—Estas farotas le sacan á uno de quicio.

—La culpa es tuya por meterte con gente ordinaria—díjole bajo, pero no tanto que no se la oyera, por lo hombruno de su voz, la oculta causa del incidente, una jamona casi cuadrada, con rostro de clérigo sin afeitar en muchos días, á la cual quiso complaciente el esposo, con el mal pago de costumbre, calmar el genio irritable de cominera corta de talla.

—¡Ande la fina!... Pero á ver, militares, presenten armas, que esto no es mujer, sino uno de esos [illegible]rones de fuera que se ha disfrazado.

[illegible] matrimonio corrióse de la burla, subrayada [illegible]a malignidad, y dejó el campo libre.

Digitized by Google

Un señor de mediano aspecto, de mediana edad, de medianas carnes, contaba, muy poseído de su papel, orondo y satisfecho, como si llevara parte en las grandezas, las que iban dentro de poco á presenciar y aun otras en que á pies juntillas creía y es lo mejor que comunicaba su fe á otros de idénticas tragaderas, pues endémico suele ser en casos tales el contagio de lo ponderativo. Le oían embobados, ufanándose el relator, á dos dedos de atribuirse á sí mismo la importancia que algún oyente le concediera. Cosas, en efecto, soltó que requerían ser iniciado en secretos altísimos ó en chismes de servidumbre de escalera abajo.

No faltaba el ocurrente, el dicharachero, que, como si se lo pagasen, y aun con más ahinco, no daba paz á la lengua ni á las manos, porque entraba en juego el accionar, á costa de cuanto á su alcance, sin riesgo para el satirizador, se ponía. El militar que corría á caballo, con predilección curas y guardias, el calvo, cuya cabeza monda y brillante lucía en un balcón; el amartelamiento sorprendido, la vieja y el deforme, incentivo cruel, como la miseria, para cierta clase de buen humor; los paletos, las mujeres, estímulo por su debilidad, todo lo que tenía, ó aunque no lo tuviera, rasgos propensos á la caricatura, aprovechábalo el juglar fastidioso para sus juegos malabares de palabras, burdos en general, excitado su numen por el éxito fácil entre el público del teatro por horas.

Digitized by Google

Bullía el medroso ingenuo quien, para cumplir el ritual, deslizaba temores de algo muy gordo para explicar el retraso, que no existía, impulsado por la rutina á no perder la ocasión de predecir calamidades horrendas, pareciendo provocarlas con el deseo, un deseo íntimo, vago é inconfesable, no por maldad, ciertamente, sino por incentivo de plañidera con renombre, que lisonjeada en su interior por el efecto de su llanto de feria sobre el concurso, termina por conmoverse de veras, aguijándole también la esperanza de saborear, entre aspavientos, rompiendo la monotonía, el gusto amargo de curiosidades dolorosas; ni dejó de asistir el medroso inflado y convencional que, entre dientes, ceñudo el gesto, envarado, los bigotes tiesos, redicho, vierte palabras sentenciosas sobre la irrevocabilidad de acuerdos de logias internacionales, muy reservados, que conoce muy bien, y que si aquí hubiera un átomo de previsión y sentido común, bastarían para no entregarse con aquella temeridad inconsciente, como si él estuviera asegurado de riesgos, á la saña y rencor de enemigos del orden, vampiros insaciables; y, aunque desdeñoso, aparentaba dirigirse sólo á un su amigo, apetecía, en realidad, más amplio auditorio.

—¡Qué país de papanatas! Parece que no han visto nunca gente—decía el superhombre, al tiem-
e estiraba el flaco pescuezo, de nuez escan-
, y adelantaba sus narices de loro, armadas
es, para ver mejor.

Digitized by Google

Corrió un estremecimiento por el gentío. De anillo á anillo de la serpiente inmensa transmitíase el movimiento precursor del aguardado desenlace. Solemne, pausadamente, entre el batir de marchas, como sosegado río de colores en país soñado de un cuento infantil, cruzó la comitiva oriental. Con ella, reflejándose en sus dorados, en sus brillanteces, en su esplendor, iba la Historia, y al cabecear los caballos, arrogantes, sacudían de los penachos ampulosos polvo de los siglos.

Desfilaban generaciones como para un juicio final del pasado, cohortes invisibles de gentes que, uncidas al carro triunfal de la tradición, vivieron la tragedia de las edades. Sin darse cuenta, en medio de la apoteosis, circundada de los rayos gloriosos de un día locamente meridional, corrió como un escalofrío, contribuyendo á la seca rigidez hierática de la ceremonia.

Por la noche se llenó la villa del gozo de incontables luminarias. No se conoció la obscuridad con la falta del sol, y se redobló el bullicio. Guirnaldas de estrellas, caprichosas fuentes, chinescas arquitecturas, arcos aéreos, como hechos por hadas para fiestas nupciales, todo encendido, con la inconsistencia encantadora de la imaginación, por doquier recreaban los ojos.

A pesar de que los coches por las vías más céntricas no circularon, la gente no cabía, y tos hubo en que fué imposible dar un paso ni adelante. El desorden se corregía por sí

Digitized by Google

á la buena de Dios, y aunque algún altercado surgiese, afortunadamente como riña de perros ladradores se concluía, no viniendo mal esas notas ásperas al conjunto de la sinfonía monstruosa, colosal, formidable, murmullos de selva dantesca de almas, con sus apocalípticas hermosuras.

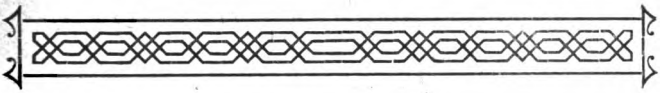
Neblina de polvo coloreado envolvía á Madrid, y el resplandor de la hermosa capital, visible desde muchos kilómetros, era más intenso, naturalmente. Fuera del radio del hervidero, se volvía á la calma augusta. La perdurable naturaleza, presidiendo impasible los cambios infinitos de la renovación, la brevedad de lo contingente y adventicio, de lo mudable, se manifestaba majestuosa. Suave luz de luna, lámpara mística de aquel altar de la sierra próxima, desdibujada en la noche para mayor misterio, difundía sus claridades por la cúpula sin mancilla, cuajada de estrellas, y abajo, las sombras de la planicie, más obscuras en las arboledas de la Casa de Campo, la Florida, la Moncloa y El Pardo á lo lejos, con sus montes de leguas, daban la ilusión del mar. En meditación profunda y sagrada podian evocar espectros los visionarios, los que riman su genio con la naturaleza en cantar heroico, potente para henchir con estrofas soberanas la inmensidad; los escudriñadores de conciencias, con el don de los vates; los que fortalecen las almas, [illegible]dantes paladines, los caballeros del Espíritu [illegible], bendecidos por Heine; los redentores, do[illegible] sublimes, que sufren como propios los tor-

Digitized by Google

mentos de la humanidad y luchan con el dragón maligno.

Los pobres cautivos del dolor, de la injusticia, despiertos por su desventura, no era extraño que también soñasen. Y en sus celdas soñaron mucho don Salvador y Manuel mirando desde la obscuridad que los envolvía el pedazo de cielo visible por la elevada ventana, llena la cárcel de silencio, más profundo, puede decirse, por el alerta cronométrico de los guardianes, sin que en las galerías, círculos del infierno social, pareciese haber condenados, tan hondo era el letargo de pesadilla de las cinco amplias naves medrosas, no obstante las filas de luces, como de capilla ardiente ó de colosal panteón, á cuya similitud ayudan las hileras monótonas, regulares, como nichos, de puertas cerradas herméticamente, y se aparecía con siniestra actitud el Crucifijo enorme de la rotonda, sobre el centro de vigilancia, en el *clavo del Abanico*, en tinieblas, abiertos perdurablemente los brazos, sin poder desasirlos para estrechar á su pueblo maldito en resurrección triunfadora.

Digitized by Google



CAPÍTULO XXVI

"El corazón de Ossián está sumido en la noche de su dolor como el sol envuelto en espesa nube."

EN Juan se notaba el abatimiento y las huellas de su desventura. Estaba más encorvado y muchas canas daban testimonio de lo que pasó. No le habían puesto sino en libertad provisional, sujeto á proceso. Trabajaba porque no tenía otro recurso para vivir y mantener á su familia; pero, aunque no perdió fuerzas, no disfrutaba el humor de antaño.

En su casa reinó la melancolía. Llevaban la vida como un fardo de mucho peso, trabajosamente, sin la compensación de la paz interior, generadora de la alegría.

Manuel y don Salvador sobrellevaban su suerte, primero sin desmayar, buscando alientos en su

Digitized by Google

espíritu para hacerse superior á la desgracia, esperando en la justicia definitiva; y el segundo indiferente, impasible, mirándolo todo como si ya no perteneciese á este mundo.

Manuel, desde que supo lo realizado por don Salvador, sintió por él admiración, afecto entrañable. Aquel hombre se le ofrecía como un problema. No pudo explicarse cómo llegó á la concepción del crimen, cómo pudo producir el mal un alma tan pura, y la antítesis humana se le presentaba indescifrable.

Los testimonios de afecto hacia don Salvador habían de ser desinteresados y exclusivamente morales los socorros. A la fuerza, porque don Salvador, con obstinada, invencible resistencia, nada admitía. —Tengo casa y alimento, no necesito más—contestaba siempre. No le abandonó la familia de Juan. Arrostraron todas las consecuencias, despreocupadamente, sin darlo importancia, y al visitar á Manuel, con la asiduidad posible, veían asimismo á don Salvador, estableciéndose entre los dos presos por tal conducto una corriente de simpatía. Si llevaban á los niños notábase entonces en el fondo del locutorio, á través de hierros y alambres, fulgurar los ojos de don Salvador; pero prefería, y esto lo demandaba como una gracia, verlos siempre que pudiesen llevarlos, robando horas á sus [illegible] abrumadores, fuera, en la gran luz de [illegible] libre, desde su encierro. Y las pobres m[illegible] cialmente los domingos, acompañadas

Digitized by Google

iban á lugar favorable y hacían á los niños mirar largo rato la ventana, donde don Salvador no les quitaba ojo. Solía Magdalena levantar á Ancita en los brazos para que la viese mejor, destacándose en la risueña claridad, frente á la vasta mole sombría, donde estallaba el guirigay de los reclusos, interpelándose á gritos, asomados, no sin dificultad, á las rejas, como siluetas de pesadilla, y las criáturas le mandaban besos y ademanes efusivos los padres, no pudiendo desde allí distinguirse las emociones en la cara del preso, quien movía sólo una mano, como si los bendijera. Pero en cuanto á cosas materiales, que no le hablaran. Hasta que se convencieron de que era inútil, le enviaron siempre que su buena voluntad podía traducirse en hechos algo de comer. No probó sino el rancho. Cuantas personas caritativas quisieron favorecerle con presentes fueron desairadas.

Tampoco le podían ver los que lo pretendían, muchos al principio. Con su abogado del turno de pobres no quiso nunca comunicar, y solamente con las personas amadas de su alma lo hacía, con pocas excepciones. No hubo persuasión ni razonamientos bastantes á hacerle firmar ningún escrito ni diligencia, y para sí, en lo que le interesaba, parecía un extraño.

—Dios proveerá—solía decir.

originalidad llamaba la atención é influía en empleados del establecimiento como en todo el ndo, y despertaba su interés, teniendo que ins-

Digitized by Google

tarle muchas veces para que comiera, huraño, pero muy bueno, inmóvil en su taburete ó sobre el camastro las horas muertas, abstraído en sus visionarias é íntimas contemplaciones. No salió nunca una queja de su boca. Su débil naturaleza, tan quebrantada, de día en día iba perdiendo; mas indiferente á cuanto se relacionara con él, despreciador de su carne, y ansioso, sin pecado, de libertarse de la carga de la vida, lejos de reclamar auxilio lo rechazaba.

Algunos facultativos le examinaron, médicos forenses y de la defensa, inventando pretextos; pero él no los respondía habitualmente, y cuando se dignaba contestar era en ocasiones para llenarlos de confusión.

La visita de cárceles no pudo arrancarle palabra. La conmiseración únicamente y su resignada bondad le libraron de las celdas de castigo que, como para la incomunicación, resultan, por culpa de resabios penitenciarios, crueles mazmorras, indignas del siglo, agravantes del inhumano sistema celular. Tal fué su actitud menospreciadora de la dignidad de los visitantes.

En casa del abogado defensor de Manuel, un joven ganoso de triunfos, no curtido aún por la práctica, muy empeñado en la defensa, con el entusiasmo propio de quien vela sus armas para cruzarse caballero en la profesión que reputa (se dan casos en los que no han metalizado su juventud), como andante caballería, con la justicia por Dulci-

Digitized by Google

nea y todas las obligaciones inherentes á la estrechísima religión, pasaban largos ratos Magdalena y Juan. Magro era el defensor, como el prototipo de los andantes, á quien no se asemejaba en los bigotes, casi lampiño, ni en la estatura desmedrada. Malo era su color, como si padeciese del estómago, rizoso el cabello obscuro y los ojos parecían ardiendo en llama de fiebre, que como borde quemado de cráter rodeaban tremendas ojeras.

—¿Qué esperanzas nos da usted?

—Las mías, que son grandes. Hay que combatir contra multitud de intereses coligados en contra suya, pero me siento animoso para reñir batallas por la justicia contra el mundo entero.

—Usted es un hombre, don Luis—decía Juan.—¡Si hubiera muchos como usted...!

—¡Sálvele usted por lo que más quiera; por su madre. Ya cumpliremos con arreglo á nuestra pobreza.

—Calle usted—decía atajando á Magdalena.—En esta causa no persigo más que el triunfo de la verdad.

Y parecía correrse—¡oh virtud de los pocos años!—de que le hablase de recompensas de dinero una mujer guapa, cuyo aplauso, poetizando el combate, era estímulo suficiente, sin darse clara cuenta, sin sentir otra cosa que la influencia de la r, el culto innato de su imaginación soñadora.

De modo que usted está convencido de la ino- a de Manuel?

Digitized by Google

—Completamente; como de la mía. De todas maneras, mi deber es defenderle, y vedado me está, por el honor y por obligaciones profesionales, traicionar sus secretos, si los tuviera, revelados en conversaciones de confesor entre el cliente y el letrado; pero no los hay. Manuel sabe tanto de eso de que se le acusa como yo; es decir, nada. Es ajeno completamente al negocio y mi interés por él crece de modo extraordinario, es cuestión hasta de amor propio, me identifico con hombre tan digno de aprecio, hago mío el agravio que se le infiere y quemaré el último cartucho patrocinándole.

Y hablaba exuberantemente, excitado con su propia voz. Tenía mucha verbosidad, que su pasión iluminaba. A no templarse el fuego que ponía en los asuntos y su desinterés, se perjudicaría en su carrera. Nada de extremos. Representan parada en el fiel la balanza simbólica.

—No hay motivos para no sobreseer esta causa. No existen ni indicios contra ustedes, y, sobre eso, la declaración del pobre don Salvador, cegado por el extravío, borra cualquier sospecha. ¿Por qué se sigue? No, no tenga cuidado, Juan; sé que ha perdido usted la tranquilidad y desconfía de todo desde que se ha visto sin culpa metido en el lío, pero falta razón para temer; usted, de seguro, saldrá absuelto, y su libertad provisional lo indica á las cla
La defensa de usted es para mí pan comido
tiene mérito.

Digitized by Google

—Entonces, el pobre Manolo...

—No hay que alarmarse. No le negaré á usted, Magdalena, que le tienen ganas, que contra él van los tiros, que se le hincaría el diente con gusto. ¿Pero en qué se van á fundar? Pasma, conociendo las actuaciones, cómo se puede sostener la acusación. Ya sé yo á lo que obligan las circunstancias; se me han hecho confidencias; la culpa es de otros, pero yo estoy aquí y poco he de poder ó ayudado por la rectitud de los que me escuchen he de lograr la absolución de Manuel, porque yo creo en la probidad, creo en la justicia.

—Usted es el único para animar, don Luis. Cuando le oigo, confío.

—¿Tengo razón ó no tengo razón al decir que usted es un hombre?

—¿Qué sería de la vida sin esa fe en la justicia? ¿Para qué entonces vestir la toga? Ahora veremos si la sé llevar, si sirvo ó no sirvo.

—Como el primero.

—No buscaría otro defensor por nada del mundo.

—Gracias, pero lo veremos después. Si no salgo airoso en mi empresa justa, si Manuel fuera condenado, yo mismo, convencido de mi ineptitud, porque sólo ella puede traer el fracaso, me condenaría á inhabilitación perpetua. No ejercería más. ¿No vales para letrado? Pues á ser útil de otro modo.

[illegible]s que lo que Cervantes dijo de los malos médi-
[illegible] se puede escribir de los malos abogados, y yo,
rendido servidor de la justicia, la comenzaría

Digitized by Google

por mí, librando á la sociedad de la peste de mi insuficiencia.

—¡Qué consuelo tan grande!

—Crecen mis bríos pensando en el aspecto singular de esta causa. No es una de tantas vulgares. Sí, señor; quizás sean delirios excitados por los desvelos que me produce, pero yo creo en maquinaciones, yo percibo algo misterioso, obscuro; repercuten en mí latidos de la opinión, y á veces... á veces se me antoja que don Salvador no tiene arte ni parte en este asunto.

—¿Es posible? Entonces...—Y Juan abría desmesuradamente sus ojazos.

—Mire usted, será casualidad, pero yo no puedo creer que don Salvador fuera capaz de nada malo,—dijo Magdalena.

—No son mas que cavilosidades, y en este misterio no podemos ahondar, ni á mí me incumbe; pero lo que sí me corresponde es luchar por los inocentes, por ustedes, por Manuel con especialidad, más comprometido; y lo confieso, la obra me llena de orgullo, aunque con su miajita de temor, como todo principiante, pues no sé si quedaré á la altura de mi misión.

—Quedará usted como las propias rosas—afirmó Magdalena.

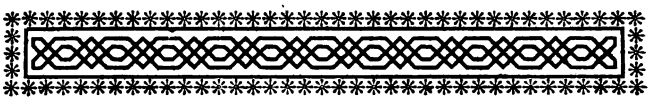
—¡Y que lo digas! ¡Olé los hombres valientes!—añadió Juan muy animoso.

—Si usted lo cree, Magdalena, lo creeré yo también—dijo el abogado galantemente.

Digitized by Google

Cuando volvieron á su casa, la excitación pasajera que les producía la fe y el entusiasmo del defensor, calmándose, se trocaba en abatimiento. El luto de la casa caía sobre todos. Juan, amargada su vida, no estaba tranquilo; soñaba con la cárcel, en las horas lúgubres que allí pasó y que amenazaban volver, ya definitivas por la condena. Marta, que nada decía por distraerle, queriendo disimular, era presa por dentro de mortales congojas, y Magdalena de angustia se sentía morir.

Digitized by Google



CAPÍTULO XXVII

"Tiempos en que amor solía
colmar piadoso mi afán...„

MAGDALENA, en vista de los apuros crecientes de la familia, que por tantas vicisitudes, capaces de echar por tierra otro presupuesto más sólido, estaba á las últimas, no contando en su oficio con elementos bastantes de resistencia, se dedicó á las faenas más rudas, á cuanto pudiera producirla, á costa de trabajos ímprobos, una remuneración.

Abandonados, cercenaban su escasa comida para procurar algún alivio á Manuel, aunque éste, conocedor de la situación, procuraba disuadirlos; pero el amor de Magdalena no lo consentía y en medio de todo, por venir de ella, sabíale á glo

A todo esto se iba la joven desmej
afección se agravaba y los días de escase

Digitized by Google

bre disimulada, colaborando con los disgustos, parte principal de la ruina orgánica, pian, pianito, incesantemente, sin manifestar sus estragos de pronto, cumplían su labor.

No había que pensar en botica ni médicos. Ni tenían tiempo de estar malos, lujo escandaloso, absorbidos por la tarea aplastante, por la guerra sin cuartel que los declaró la miseria.

Feliz era cuando á costa de sacrificios podía llevar su cesta de comida á la cárcel y suministrar al preso cualquier chuchería ó cigarros con que distraer las horas largas de la prisión. Juntábase entonces con otras que iban á lo mismo, mujeres que ofrecían pasmosas singularidades. En el tranvía ó en la espera, cambiaban frases y comentarios acerca de las malaventuras de los seres queridos, de las esperanzas de buen suceso, de los delitos que los acumulaban. Las había habituales, tratando la cárcel como algo suyo, de su patrimonio, á fuerza de hospedar á sus hombres, y aun ellas mismas no ignoraban el sabor del rancho carcelario, en la de su sexo, alternando ella y él en visitarse cuando les ocurría una desgracia, y en socorrerse, menos cuando la fatalidad y las malas voluntades hacían que los dos á un tiempo estuviesen en chirona. Aquello era lo terrible y un conflicto que los reven-

Suelto uno, ya se las agenciaría para los dos,
muy conveniente para entendérselas con la
husmear, ver por dónde iban las aguas y
las clavijas en las triquiñuelas que la expe-

Digitized by Google

riencia, á costa de su pellejo, los enseñó, y eludir en lo posible responsabilidades con ayuda de los amigos que lo saben ser, que no *cantan*, que hoy por ti y mañana por mí, sirven para un fregado como para un barrido y no deslucen, como los pápa-ros, la prueba mejor urdida.

Por los medios de comunicación ingeniosos con que se las buscan quienes lo han menester, ellas tenían al corriente á los presos de cuanto importa-ba. Las tales solían poner cátedra, abriendo los ojos á los pipiolos, dando instrucciones y metiéndose á veces en honduras donde nadie les iba á la mano en el desbarrar.

El auditorio componíalo, dando escolta por la ca-lle, ó sentadas en un desmonte, ú oreándose un poco hacia la Moncloa, ó por el paseo de Rosales, bello balcón, otras semejantes, curtidas asimismo, que formaban el grave areópago de germanía, y nova-tas, en la luna de miel con algún *guapo*, degenera-das, condición de golfas, que por efecto de su dege-neración, de esa que convierte, por abortado ro-manticismo, al bandido generoso en héroe caballe-resco, aman al macho presidario vulgar y suspiran más hondo cuando le ven entre rejas, no faltando alguna que otra mujer sencilla, inocente, que llora su desgracia, obra de la fatalidad y que de buena fe, en sus ganas de esperanzarse, recoge las palo-bras ansiosamente. Claro es que el auditorio no fijo, sino movedizo en grado sumo, que vienen y y se mudan y cambian las que le forman y au-

Digitized by Google

y disminuye, reduciéndose á veces á la mínima expresión; pero el fondo es el mismo y desde la que ostenta las cicatrices de la crápula, los chirlos del amante, sello indeleble de su pasión, timbre de orgullo, ó de la bravía su rival, padrón de infamia, hasta la que en rudísimo trajín ha trabajado toda su vida, el desfile de mujeres por la Cárcel Modelo, en la confusión á que las obliga la estancia con igual fin en el mismo sitio, mientras esperan la comunicación ó la entrega de encargos para los que viven forzosamente allí, separados por la ley como por un abismo, viejas y jóvenes, astrosas la mayoría, descaradas ó vergonzosas, compañeras unas de criminales, unidas otras á delincuentes honrados, con vicios repugnantes ó abnegaciones sublimes, en que para muchas cada moneda representa un dolor y un sacrificio, el interés común que despierta la simpatía momentánea y la atracción para la defensa, la curiosidad fácil, sin repulgos ni melindres, promueven corrillos y tertulias como el apuntado, y no suelen faltar en el cuadro gitanas que en medio de su jerga lamentosa por los que van á ver, aprovechan ocasión tan propicia, por los *churumbeles*, de brindar con la buenaventura.

La *señá* Marta, piadosa siempre, con su pasividad de buena mujer, observando maternalmen-
[illegible] Magdalena, sostenía con la joven diálogos de
[illegible]or:
[illegible]ica, no puedes trabajar tanto.
[illegible]ué remedio?

Digitized by Google

—¿Tú no ves que estás arruinando tu salud?

—No, señora, estoy bien.

—A mí no me engañas. Tu pícara enfermedad dice aquí estoy. ¡Pobrecita mía, que no te podamos cuidar!...

—No se aflija usted. Pocas serán las aguas malas.

—Dios lo quiera.

—Cuando salga Manuel ya será otra cosa.

—¿Cuándo es la vista?

—Nos ha dicho don Luis que muy pronto.

—Pero entre tanto no te puedes descuidar. Lo que al principio tiene remedio, después es difícil.

—Le digo á usted, *señá* Marta, que nada tengo, y es una suerte, porque si no, me aguantaría. Bien estamos para enfermedades.

—Todavía puedo yo ayudar.

—¿Más que hace usted?

—Sí, hija, estoy siendo un estorbo en estas circunstancias.

—¡Qué cosas tiene usted, señora!

—Si me dejarais con mi idea, podría...

—¿Qué ha de poder usted hacer ese disparate que intenta? ¿Ahora, á sus años, aprender oficios nuevos? Usted sueña.

—Puedo coger una cesta é ir á vender verduras por esas calles.

—Buen genio el de usted para eso, y haga el favor de no hablarme más de tal cosa. Ni el Juan ni yo lo consentiremos nunca.

—¿Vas á gimotear?

Digitized by Google

—Es deber mío trabajar cuanto pueda, y usted de sobra hace con cuidar la casa y á todos.

—En la casa hace falta alguien, es verdad, pero estarías tú...

—Eso es; yo, la joven, aquí, y usted por fuera, pasando trabajos... ¡Qué bonito sería! En verdad, *señá* Marta, que parece sin juicio.

—Tonta, vente á razones.

—Me atormenta usted.

—Estás enferma.

—No es verdad, pero aunque lo fuese... Sí que dirían entonces, con razón, que de fuera vendrá quien de casa nos echará. Yo, la de la calle...

—¿Por qué hablas así? ¿Qué razón tienes? Tú eres como nuestra hija.

—¿Ve usted cómo, por hablar tontunas, concluímos por desazonarnos? Déjeme proceder como hija y no me cause sentimiento con sus palabras.

Y en el estado de salud de la joven aquello le producía evidente perjuicio.

Una noche, después de despachada una cazuela de patatas solas, *viudas*, hablaron de sobremesa:

—Os tengo que decir una cosa.

—¿Qué es, Juan?

—Cosas de la vida que no les deben importar á los hombres, pero como vosotras sois mujeres...

Acaba. Ya estamos hechas á sufrir.

es ninguna calamidad. Lo echáis todo á

. Es que me han despedido.

¡Válgame Dios! ¿Por qué?

Digitized by Google

—Porque sobra gente y falta trabajo; porque lo que es cumplir, cumplo yo como el primero, y el maestro no me echaría.

—¿Y ahora, Juan?

—¿Ahora? Pues á buscar trabajo en otra parte. Todos los males fueran esos.

—¿Te parece poco? En la situación... ¡Qué desgracia la nuestra!

—El maestro, en cuanto pueda, me admitirá, si no encuentro antes. Será cuestión de poco.

—Para nosotros es cuestión de vida; pero, en fin, ¿qué le vamos á hacer? Ya nos arreglaremos como se pueda.

Y la insensibilidad de la bestia sometida al yugo invocábase de nuevo en la presente tribulación.

Magdalena, como saliendo de un sueño, con profundo suspiro, dijo:

—Aquí sobran bocas y es necesario suprimirlas.

Con la suya abierta la miró Juan.

—No te comprendo—exclamó Marta.

—Bien claro hablo. Somos muchos.

—¿Y qué? Nos iremos arreglando como hasta aquí, en buen amor y compañía.

—Tocaremos á menos, pasando el hambre juntos—añadió él con una jovialidad que hacía daño.

—No hay más remedio que conformarse con lo que venga y poner á mal tiempo buena cara. más, será por poco tiempo.

—¿Qué dices, Magdalena?

—Tendremos que separarnos. Buscaré..

Digitized by Google

—¿Que tú te vas de con nosotros?

—Eso es *discarriarse*.

Marta se lanzó al cuello de Magdalena, como si la perdiera para siempre, y las dos confundieron sus lágrimas.

—¿Verdad que tú no sabes lo que has dicho, mujer?

—¡Vaya un pago que quieres darnos!

—Comprenda usted, señor Juan...

—¡Cállate! Sola y enferma... No tienes corazón.

—¡Qué nochecita! Con unas cuantas como ésta...

—¿Y Manuel? Nos pondría buenos. Y con razón. Vamos, que la salida...

—Tampoco has pensado en la pena que le darías al preso.

—Si yo digo que las mujeres son el demonio. Ea, sólo sabéis llorar—y el hombre procuraba hacer firme el balbuceo de su voz.—No se hable más de esa asnería. Lo he dicho y basta, porque yo soy muy hombre.

Y el puñetazo sobre la mesita, aunque contenido, estuvo á punto de desbaratarla.

Aquella noche, por la emoción sufrida, la pasó muy mal la enferma. Marta la tuvo que velar. Los niños fueron los únicos que durmieron de un tirón, pues aun Juan, naturaleza ruda, sana, sin desequilibrios, que en la cárcel sobrellevaba la adversidad grandes panzadas de sueño, durmió intranquiente.

l otro día, agotada la costura, sin que en los

Digitized by Google

obradores le proporcionasen labor, Magdalena parlamentó con una vecina.

Hay que consignar que algunas veces, por mediación de la misma persona, la cual, como lavandera, servía mucho para tamañas comisiones, había ido ratos á cuidar á algún enfermo ó servir de asistenta con modestas familias ó señoras solas, tal cual pensionista, con especialidad para los recados de fuera, compras y engorros. Ordinariamente comía en la casa y llevaba una peseta á la suya, pero esa ocupación era muy eventual y tampoco como norma la convenía en sus circunstancias, agarrándose á ella por recurso extremo, el cual ni aun pudo aprovechar á la sazón, porque no sabía la lavandera de ninguna casa; pero, compadecida, la propuso sustituir á una *ayudanta*, á quien por entonces apretó el reuma hasta obligarla á permanecer inactiva; pero que lo mirase bien, porque ella estaba enclenque y era un oficio de perros.

Magdalena no reparó y aquel mismo día fuese con la lavandera, tras de vencer la oposición de Marta.

—Tú no puedes con ese trabajo.

—Allá veremos. Es por pocos días.

—De ningún modo. Eso sería matarte.

—¿No ve usted que no tenemos que comer?

—Que no te vas. No me disgustes.

—¿Y mi hija? ¿Y ustedes? ¿Y todos? El hambre no espera. No me predique, *señá* Marta, porque es sermón perdido. Lo que más siento no son las fa-

Digitized by Google

tigas, que otras tan buenas como yo pasan y no se mueren por eso, sino que en los días de más tarea no podré ir á ver á Manolo. No falte usted, *señá* Marta, y lleve á Ancita.

Y la modistilla pizpireta de otros tiempos, ahora enfermiza, descuidada en su persona, vestida ruinmente, con abultado talego al brazo, siguiendo á su maestra temporal, fué á un lavadero junto al Manzanares.

No podía, no podía; pero hizo de tripas corazón, como la lavandera hizo la vista gorda, afrontando, mientras durase la suplencia, la responsabilidad ante sus parroquianas. Magdalena, caída en el avispero de un lavadero público, entre inmundicias, humilde aceptaba su cruz, y alguna vez que otra levantaba los ojos para mirar en dirección á la Cárcel Modelo.

Digitized by Google

CAPÍTULO XXVIII

"Beberé grato licor de fuentes vírgenes y me apresuraré á coger desconocidas flores."

CON que ya sabréis que la vista de la causa está señalada para el día catorce de Junio?

—No han tardado.

—Les corría prisa. Nos ha dicho don Luis que se abrevia en estos casos y los tribunales no se duermen.

—Más vale salir pronto de dudas.

—En pleno verano nos mandarán á tomar el fresco.

Juan aparentaba estoicismo, indiferencia, pero por dentro andaba la procesión. Desde que supo el día fijo de la vista causa aumentó su zozobra. . tras no hubo señalamiento, en el trabajo todo, que volvió á encontrar, se distraía. .

Digitized by Google

—Usted saldrá bien, pero ¿y Manolo?

—Lo mismo. No hay que apurarse.

—Yo tengo mucho miedo.

—¿Por qué? Su inocencia es más clara que el agua.

—¿Quién sabe, Juan, si tú mismo?... Hay tanta injusticia...

Se ahogaba al decirlo. Quería disimular, pero á veces se la escapaba sin querer la inquietud, que sin abandonarla un momento, aunque hablara al parecer con la mayor tranquilidad, la reconcomía.

—Tenemos tan mala sombra...

—¡Valemos tan poco!

—¿Os queréis callar?—gritó Juan, temblando de modo imperceptible.—Dais un susto al miedo, como dijo el otro. ¡Malditas mujeres!... ¡Muera la pena negra!

En aquellos días el abogado reclamaba frecuentemente datos para la defensa. En el ardor de un neófito de su laya, falto de medida, exageraba las proporciones de su papel, amontonaba un fárrago de cosas, cuya mitad, por lo menos, no había de servirle, á lo que contribuía la inquietud del que va á verse sin experiencia en estrados, ante unos señores duchos en las lides del foro y abroquelados por la práctica contra las emociones, de aspecto de expresión severa, que empezarían con ojos itivos desde que se presentase, embarazado toga, sereno en apariencia, birrete en mano, zgarle á él.

Digitized by Google

Hubo ensayos con Juan, de los que salió airoso, aunque con la duda el defensor de que se trabucase al descorrerse el telón para el estreno y, desmemoriado, lo echara todo á rodar. Gracias á que su inocencia absoluta era una garantía.

La víspera fué noche de vela en casa de Juan, y tampoco durmió su abogado. Ganas de comer Dios las diera, y mucho antes de la hora, todos, incluso los niños y la vecindad en masa, fuéronse al gran claustro de las Salas de lo criminal. Vedado el acceso á los no llamados por cualquier concepto, fuera se quedó el público, y con Juan entraron en la galería su mujer y Magdalena, puestas en lista de testigos, y los muchachos. Poco á poco llegaron todos los que en la causa intervenían, y desde el coche celular, esposados y entre civiles, fueron conducidos al calabozo Manuel y don Salvador. Se agolparon á verlos, y entre confusión de gritos y lágrimas, sin poderlo evitar ni hacer mucho tampoco para conseguirlo, segura la custodia, fueron abrazados los presos por las mujeres. Don Salvador murmuraba palabras obscuras y se inclinó para besar á los niños.

El acordar la vista á puerta cerrada fué un contratiempo que originó murmullos de protesta que se extinguieron con los grupos. Los tenaces más desocupados, envidiosos del zahorí, eternos esperadores, clavados al sitio donde ocurren sucesos, rondaron el casón. Acechaban nuevas.

A don Salvador no fué posible traerle á manda-

Digitized by Google

miento. Hizo lo mismo que en la indagatoria, exactamente igual: echarse la culpa sin atenuaciones, sin nebulosidades y negar su locura, en que estuvo á dos dedos de caer el defensor, obteniendo siempre á sus preguntas exculpatorias contestaciones que malograban sus planes.

Protestó desde luego el ex cura de que se arrogasen los magistrados funciones de tribunal, que se creyesen con derecho á juzgarle; al fiscal le interpeló con dureza:

—¿Quién eres tú para acusar á tus hermanos?

A sus compañeros de banquillo les gritó:

—¿Qué hacéis aquí? Concluyó el imperio de los escribas. Os mando que os marchéis.

Quiso discutir con los doctores, y al fin le tuvieron que expulsar de la Sala.

El juicio siguió sin él.

En el recinto severo, mezquino, tamizada la luz de las dos grandes ventanas conventuales por gruesos cortinones y transparentes con los atributos clásicos de la Justicia, reinaba una media claridad, menor aún en la parte del estrado, donde se veía el rojo dosel, recogido por haces dorados de lictores, el retrato real y los grandes sillones debajo, la mesa del relator y las que sirven de tribunas al ministerio público y á los defensores, aumentando la austeridad las figuras vestidas de negro, [illegible] se destacaban los vuelillos de encaje en las [illegible]gas de los magistrados y los reflejos áureos de [illegible]signias sobre su pecho.

Digitized by Google

Los médicos examinaron el caso concienzuda, técnicamente. Fué un informe el suyo, rebatiendo el de los peritos de la defensa, los cuales tibiamente afirmaban, porque sí, la irresponsabilidad, digno, según los cronistas, de ilustraciones de tal fama. Los actos de don Salvador, extravagantes, fuera de lo ordinario en la vida, como los realizados en la presencia augusta del tribunal, eran propia derivación, serie lógica de un modo de pensar elaborado fría y serenamente. Nadie sería osado á decir que don Salvador no distinguiese el bien del mal; los hechos suyos tan manifiestos, su caridad, su amor á los humildes, probaban que aquel hombre de exquisita sensibilidad conocía mucho el dolor, lloraba con los sufrimientos, se enternecía con las buenas obras y se indignaba contra las malas acciones. Conocía las leyes, su alcance y su fin, y las discutía por creerlas más ó menos justas, según su criterio, conscientemente definido sobre todas las cosas. A ver, ¿había alguien dispuesto á defender que don Salvador juzgaba un acto lícito el matar; que no sabía, de un modo claro, en sus menores detalles, lo que hacía y su responsabilidad en un atentado como el de que se le acusaba? Pues entonces... El caso presente era un extravío de doctrina, pero el error del entendimiento no exime de culpa. Por su amor exagerado al prójimo, como los extremos se tocan, según se afirma por el vulgo, á ese grado de perturbación, en las ideas, en dase bien. y su conducta es fruto de una labo

Digitized by Google

telectual, muy digna de apreciarse, de un sistema armónico, encadenado con mentalidad superior y vigorizado con extensa cultura. No es que nosotros, por ejemplo, llamados á informar, declarásemos cuerdo á don Quijote, que sólo desatinaba en el punto de su manía; es que se trata del caso de un hombre que razona siempre, que no disparata nunca, que á sabiendas de lo que ejecuta y por causar daño á la sociedad, de quien abomina filosóficamente, quiere su exterminio por una perversión moral, premedita y dispone su crimen, y no se le ocurre confundir con gigantes los molinos de viento.

De la prueba no resultaron cargos contra Manuel y Juan. Toda la acusación se fundaba en dichos de éste y sobre negar su intención y lo que de ella se pudiese derivar, lo cierto es que carecían de substancia, como tantos y tantos que se pronuncian en el vociferar huero en que sobresalimos, siempre con tonos heroicos, con retórica énfasis, con fanfarronería castiza. Más que la acción amamos el grueso hablar, aunque después, calando el chapeo, no ocurra nada.

Había el descubrimiento de las bombas, pero ni el menor rastro de culpabilidad para los dos procesados á que nos referimos. Enfrente estaba la declaración explícita de don Salvador, sin la cual, [illegible]ieto hubiérase visto la consabida Temis para [illegible]gar sobre alguien su espada temible.

[illegible] que resaltase más lo endeble de la acusa-

Digitized by Google

ción contra Juan, base de la formulada contra su compañero, se insistió hábilmente por la defensa en que las imprudentes é ilusorias matonerías verbales de Juan se remontaban al verano anterior, á distancia de los sucesos, y recalcó el poco asenso que merecían, porque, de lo contrario, aparte de su inverosimilitud, cabría responsabilidad estrecha á quienes dejaron meses y meses de seguir la pista hasta el momento crítico, cuya oportunidad despertara suspicacias, y que de haberse retrasado pudiera haber sido origen de una catástrofe de consecuencias internacionales. No se comprende que vigilado Juan, como se debía, no cayera en el garlito. Como, al revés, sus idas y venidas eran notorias y podía seguirse al minuto sus pasos y los de Manuel, de vida transparente, la acusación se borraba igual que malos sueños al abrir los ojos despiertos en plenas claridades.

Todo esto, que pensaba desarrollar en su informe, en el cual puso toda su alma, lo fué preparando don Luis con preguntas sutiles, donde se enredaron los delatores, y aun retrocedieron, miedosos de lo que les pudiera sobrevenir. Quedó con eso y con lo demás el discurso en el cuerpo del defensor, pues llegado el momento, retiró la acusación el fiscal para Juan y Manuel.

Sostúvola contra don Salvador, naturalmente, pues el hecho material de las bombas halladas pedía un autor, y á falta de otro, había de atenerse al confeso. Obscuro aparecía todo lo relacio-

Digitized by Google

nado con el negocio, pero la sociedad necesitaba una vindicación y que se la tranquilizase, herida en lo más íntimo, en sus cimientos, en su esencia. Fué concienzudo el análisis de la declaración, demostrando, por las circunstancias del sujeto, su verosimilitud. Construyó el fiscal, según referencias, una admirable pieza jurídica, con citas oportunas, que trajo á cuento su erudición, y apoyándose en el informe pericial, disertó elocuente y con profundo concepto sobre el tema de la locura de don Salvador, que no se podía, después de los razonamientos del representante del ministerio público, sostener.

El abogado de don Salvador, á quien tan triste papel cupo en causa tan perdida, limitóse á cumplir su deber, pidiendo clemencia, llamando al corazón de los jurados, inconmovibles como recios pilares de la sociedad. Don Salvador fué condenado á presidio.

Pasada la oportunidad y perdido el interés de la causa, no le dió la prensa proporciones de acontecimiento; insertó la reseña algo más amplia de lo acostumbrado en la sección judicial, y después la flor del día se marchitó para el gran público.

En la mesa del café, en la insustancialidad de la charla, en el acaloramiento que se resfría al trasponer la puerta vidriera, se comentó zumbonamen- [illegible] al, el proceso.

[illegible] n servicio!

[illegible] ó la sociedad!

[illegible] ra, le han condenado á tonticomio?

Digitized by Google

—Los dos compadres se habrán ido tan ufanos á casa.

—Me huele ese Juan Lanas á confidente de la policía.

—Vámonos á la cuarta de Apolo.

En los pasillos de la Audiencia hubo la escena consiguiente. Casi accidentada se abalanzó Magdalena á Manuel, Marta á Juan, y cogiendo entre los cuatro á los niños se confundieron en una sola manifestación de alegría.

A don Luis se dirigieron efusivamente, estrechándole las manos, abrazándole ellos, suelto Manuel, pues el llevarle á la cárcel era para cumplir requisitos, cuestión breve, y aquella noche dormiría en libertad. Don Luis agradecía las manifestaciones, pero descontento en el fondo por aquella victoria ganada con poco esfuerzo.

—Manolo, te esperaremos á la puerta de la cárcel.

—Sí, sí.

—Mejor será que os vayáis á casa.

—De ningún modo. Yo quiero estar contigo todo lo que pueda. Bastante tiempo me han robado tu compañía.

—Ahora os podéis desquitar los dos.

—Vamos, vamos, juicio—decía Marta, reventando de risa.

—Tomaremos el tranvía, y mientras te d chan en el *Abanico* llegamos nosotros.

—Hasta luego.

Digitized by Google

—Déjale, mujer, que no te le comen.

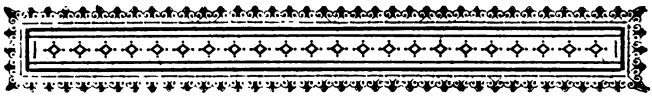
Reían alborozados, juguetones; era un momento de suprema felicidad.

En el coche celular fué Manuel restituído á la cárcel, y cumplido el programa, se fueron todos juntos á pie, para gozar más á sus anchas de la libertad.

Ya en casa, tras de la recepción general de vecinos, celebró su Pascua aquella familia, iluminando la pobreza con los esplendedores de su contento.

Magdalena parecía haber resurgido. Se creyera al mirarla que abiertas las rosas de su corazón, vida perdurable la regeneraba. Tuvo una alegría como de delirio, sintiendo en el fuego de su pasión fundirse las cosas para modelarse en la forma inmortal de su deseo, nunca saciado de amor, de amor siempre resplandeciente, siempre delicioso, siempre renovado, por los siglos de los siglos.

Digitized by Google



CAPÍTULO XXIX

"Cuando abrió el sexto sello del libro se volvió negro el sol."

FIRME la sentencia de don Salvador, por haberse negado á entablar recurso, procedióse á ejecutarla.

En el día señalado para la conducción, en el mes de Julio, á la puerta de la cárcel esperaban Manuel, Magdalena, Marta, Juan y los niños. El día era caluroso, abrasador. Aunque muy de mañana, no podía hablarse de marchar con la fresca, porque el bochorno apretaba de firme. Algunos madrugadores se dirigían á la Moncloa, y entre ellos jóvenes que, en competencia con los pájaros, charloteaban.

Entre guardias civiles apareció don Salvador, asegurado con esposas. Macilento, exangüe, la barba y la cabellera en desorden, descuidadas por

Digitized by Google

completo, presentábase con aire temeroso de Cristo bizantino, expirante en el fondo de vetusta capilla, donde el tiempo, los siglos, han dejado sus lobregueces y leyendas. Su figura tornaba sombrío el opulento amanecer y hasta el sol, que comenzaba á surgir con la pompa de un monarca asiático, parecía antorcha fúnebre que aguardase la veladura del cataclismo.

Efectos eran de la pena con que le contemplaban, y las mujeres rompieron á llorar á gritos, mientras se despedían para siempre, porque á aquel cadáver, movido por el resorte de la voluntad, no era fácil volverle á ver. Los hombres se descubrieron, y conmovidos, sin atreverse á pronunciar el sarcasmo de que llevara buen viaje, le dirigieron tiernas palabras; los niños, viendo llorar, lloraron, y, aunque rehacios al pronto, porque sentían miedo de aquella cosa insólita que veían y también del cautivo, al fin, requeridos con ansiedad por sus madres, fueron hacia don Salvador y le besaron las manos ligadas.

El preso dijo solamente:

—¡Adiós!

Pero con los ojos, con su mirada misteriosa, contestaba á las salutaciones.

El más veterano de los guardias civiles había [illegible]do con Juan en el ejército. Se reconocieron.

[illegible]i quisieras, Fernández, hacerme un favor, te [illegible]adecería mucho.

[illegible]anda lo que quieras.

Digitized by Google

—Primero, que cuides lo posible de don Salvador. Es un santo.

—Descuida.

—Después, que si ocurriera algo, vamos, alguna novedad (Juan no se atrevía á formular claramente su pensamiento), me avises.

—Te doy mi palabra.

—Que lo hagas. Mira que será un gran favor y no sabré cómo pagártele.

—Ya te comprendo. Temes que se nos quede en el camino. Te avisaré sin falta.

Y el rostro seriote, acostumbrado á mirar frente á frente, curtido y basto, con fuertes bigotes, del guardia civil, inspiraba seguridades.

—Toma las señas de mi casa.

Por la calle de la Princesa se alejó la comitiva y el grupo de amigos de don Salvador quedó atrás, consolando los hombres á las mujeres.

A presidio le llevaban por tránsitos, y cuando se encontraron en la polvorosa carretera, sin sombras, fuera de Madrid, los guardianes, seguros de que no se había de escapar, quitaron las ligaduras al prisionero. Este no decía una palabra. Impasible iba, procurando sus custodios reprimir la marcha para no fatigar en demasía al espectro viviente que les entregaron.

En los campos, los sembrados amarilleaban. Un sol de plomo fundido, contra el cual no había defensa, aplanaba el paisaje. La llanura, con tal cual ondulación, con alguno que otro cerro pelado, de

Digitized by Google

reflejos calizos, se extendía sin manchas verdes que recrearan, sin agua refrigerante, con pedazos labrados llenos de mieses, inmóviles las espigas en la madurez y sosiego de su maternidad robusta ó tumbadas por la hoz de los segadores, sin más música que la de los cantores ásperos y monorítmicos de la siesta.

Despoblada la comarca, sólo hallaron con regularidad la casilla del peón caminero, cerrada á piedra y lodo contra el calor y las moscas, que junto á la puerta lamentaban con su zumbido la expulsión airada de las habitaciones á obscuras, contentándose el perro, echado bien á gusto á la sombra de las paredes, con levantarse un poco para cumplir su obligación de ladrar, mientras secas gallinas, como desmejoradas por la temperatura, calmosas, picoteaban entre hierbajos.

Fué creciendo de modo alarmante la extenuación de don Salvador, hasta preocupar á los guardias. Donde hallaban refugio se detenían para aliviar al preso, que inspiraba la compasión de las pobres mujeres de faz tostada y morenucha como caoba, de pardos vestidos con remiendos, descalzas de pie y pierna ó resguardados con alpargatas los pies deformes.

Después seguían, seguían, y era en verdad muy larga para don Salvador la calle de la Amargura, [illegible] hasta los carros parecían sin carreteros, [illegible]idos bajo el toldo ó protegidos del sol incle[illegible] como podían, gobernada por el instinto la

Digitized by Google

reata de mulas, con su tintineo, perezosas y soñolientas.

El estado de don Salvador hacía penosa la jornada é interminable. Si no fuera por eso podían llegar de sobra á poblado antes de mediodía. Descansando allí continuarían la peregrinación á horas más oportunas.

Cambió la pareja impresiones en un aparte.

—¿Qué hacemos?

—Este hombre se nos va por la posta.

—¡En mitad del camino!...

—No va á haber más remedio que el primer carro que pase en esta dirección cargue con él.

—El pueblo está cerca.

—¿Pero podrá llegar?

—Veremos si animándole...

—Ya nos falta poquito. Haga usted un esfuerzo.

—No desmaye usted. Descanse y después, cuando menos pensemos, llegamos.

—El pueblo está ahí, á la vuelta.

—Allí le verá el médico si se siente mal.

Don Salvador movió la cabeza negativamente.

Y en verdad que no padecía enfermedad concreta, *catalogada*. La muerte venía más deprisa de lo que se pudo presumir.

El esfuerzo le hizo, apoyándose últimamente en los guardias, quienes en vez de procurar que no se les fuera, ya atendían sólo á que no se cay que en despoblado, en aquella soledad de fueg realizara la escapatoria para la cual no hay

Digitized by Google

tería certera ni balas que alcancen al fugitivo. En tal facha hicieron su entrada por la calle Real del lugarón, entre sucias casuchas bajas, de adobes, guaridas que semejan levantamientos naturales del terreno, en su avidez campesina de que nada libre de su árido reflejo las almas desoladas y los cuerpos enjutos. Los muros enanos, con aleros salientes de tejas anchas, negruzcas, proyectaban, el sol en el cenit, sombra tan leve en la calle, destartalada, sin urbanizar, puerca, como la del camino de que era continuación; la gris torre chata, con los agujeros del campanario, á fuer de comadre más vieja, parecía vigilar, mirando torva, para que Job no se escapase del estercolero.

Contados vecinos asomaron su faz terrosa á los huecos irregulares de las fachadas ó miraron, con la asombrada fijeza de los espíritus de escasa complicación, desde las esquinas, en mangas de camisa y con el sombrerón clavado á la testa. En la plaza fueron público dos feligreses de la taberna, de los pocos zánganos del villorrio, que bebían sentados al exterior, sin importarles el resistero, y el alguacil, que en el umbral del Consistorio, también sin chaqueta, pero calada la gorra con insignias de sus tradicionales funciones, rumiaba su holganza.

Allí, en la ruin casa del pueblo, entraron los caminantes, despeados, de fea catadura con el sudor y el polvo; metieron á don Salvador, sostenido siempre, en el cuartucho inmundo, destinado á cár-

Digitized by Google

cel de villa, y al soltarle, instándole á que descansara, se tendió en el suelo, en cruz los brazos, para morir.

Aprisa llamaron al médico, quien llegó para certificar que todo había concluído y no molestasen á nadie, como al sacristán no fuese para que doblara las campanas.

A poco el litúrgico toque resonó, produciendo en el lugar, que no barruntaba difunto por entonces, natural sobresalto, con la consiguiente pesquisa; mas al informarse de que era un forastero, con la añadidura de presidiario, conducido por la Guardia civil, la vida ordinaria, uniforme, continuó en la modorra de la naturaleza.

Avisados fueron el alcalde, labriego con conchas, el riñón bien cubierto, material y metafóricamente, rechoncho, velludo, azuleándole las rasuras, ojos vivos, pequeños y pardos como su gramática; y el secretario, cincuentón, de buena estatura, recio, guiñando los ojos al hablar, no se sabe si por marrullería, cerdoso el bigote teñido, con traje á la europea, valga el decir, pero con el sello del campo en el cutis y el del ayuntamiento rural en el aire.

Llamaron al juez municipal, un labrador de cuerpecillo sarmentoso, lince para su hacienda, de la opinión del secretario en las cuestiones jurídicas; y al cura, con entrecejo de matorral, de carrillos lucientes, de largas piernas, de brazos como aspas, ágil por el ejercicio, muy hábil tresillista,

Digitized by Google

llevando al desgaire la sotana y sobre la tonsura gorro de terciopelo.

Se enteraron de los pormenores que pudieron suministrar los guardias. Quedó claro que se trataba de un anarquista terrible y un mal sacerdote.

Lleváronle al cementerio y quedó en depósito en un anejo de la ermita contigua, un cuarto para guardar utensilios, no metiéndole en ella por ser cadáver indigno de sepultura eclesiástica.

El veterano guardia recordó su promesa á Juan y por conducto de uno del pueblo, que iba á la corte, mandóle aviso.

Carecía el lugar de estación de ferrocarril. La más próxima distaba dos leguas.

Nunca viene sola una mala noticia. Así pudieron decir en casa de Juan, cuando llegó el recado de la muerte de don Salvador. Más agua amarga al mar.

Magdalena, que resistió heroica lucha con su complexión débil, tan azotada, pareció revivir con la libertad de Manuel; pero fué engaño de la naturaleza, preparada á cobrar usurariamente la cuenta minuciosa que lleva á todos.

La emoción terrible de la mañana, al ver el suplicio de don Salvador, fué la causa determinante del ataque. Su enfermo corazón se rompía; cayó mortal y don Roberto, tras de su examen, la desahució.

uello podría durar algo, tal vez se librase del ıente peligro, pero el resultado, por desgracia, ıfalible. La libertad de Manuel, cuyas peripe-

Digitized by Google

cias acabaron de destruirla, llegó tarde para salvarla de la muerte.

No habían podido ser felices. Imaginaos la desolación de la casa.

Manuel, acobardado, sintió dentro de sí un vacío que produjo vértigos en su razón que se despeñaba. En la cárcel no le envolvieron jamás aquellas negruras.

Ancita no se apartaba de junto á su madre, muy sorprendida de su angustia, que le producía malestar, concluído en llanto, mezclado con voces mimosas, teniendo todos que acudir á tranquilizarla.

En un momento de alivio cogió á Ancita Magdalena, comiéndosela á besos, haciéndole daño, y miró con expresión de tan horrible súplica á Manuel, que éste se inclinó sollozando, y las tres cabezas uniéronse en el dolor y en ósculos profundos de su ternura.

Magdalena tuvo la convicción de que no dejaba á su hija sola en el desierto del mundo, en cuyo abrasado suelo moría, con espejismos de oasis nunca gozados. Heredaba la tutela de un varón fuerte.

Y en esa ocasión llega la triste noticia. Que no esté solo como un perro, es el clamor de todos; pero Manuel, en plena crisis la enferma, á quien ocultaron la verdad, no puede dejarla, codicioso de las horas, quizá muy pocas, que les restan y que no vuelven.

El término fatal, predicho por el doctor, laba en el atardecer de una existencia pró-

Digitized by Google

flores, marchitadas en cuanto se abrieron á la luz. Que fuera Juan, y para consuelo del espíritu de don Salvador—superstición candorosa—que llevara á los niños.

Y con ellos se fué el buen hombre, y la alegría del primer viaje deslumbró á las criaturas, suelto de nuevo el raudal de risas, sin que lo cohibieran.

La caminata desde la estación la hizo Juan malamente, porque su hijo, muy resuelto al principio, como un hombre, que era el aplauso con que le galardonaba su padre, aflojó después, más que por cansancio por mimo y envidia. Tuvo, por último, que cargar con él, como con Ancita, caballera forzosa desde el primer momento, y alegres los galopines, abusando de la buena pasta de Juan, hallaban muy de su gusto la expedición. A la entrada del pueblo bajó al muchacho, y siempre con la pequeñita á cuestas, tras informarse del veterano su amigo, se fué al cementerio.

En una especie de corraliza, mal resguardada de la profanación, estaba el cadáver. Yacía en tierra, sin caja, esperando la cava de la fosa clemente donde desaparecer para siempre el vencido, para siempre jamás amén.

El aire sofocaba; el cielo, sin nubes, tenía ese tono pálido en el azul que le daba el orgullo del sol mirífico soberbiamente. El laboreo del verano [illegible]a de ruidos geórgicos la campiña. Con el se[illegible]rero, un labrador más, que con el mismo aza[illegible]bría surcos y sepulturas, entró un grupo de mu-

Digitized by Google

jeres de las más pobres, espigadoras, dedicadas siempre á recoger migajas, representación real de parábolas evangélicas, las cuales se santiguaron devotamente y compartían su curiosidad entre el difunto y los que para acompañarle fueron de los Madriles.

Unas golondrinas, en sus revuelos insistentes por aquel espacio, tocaban con sus alas la cabeza de don Salvador.

Juan, que abrumado por tantas penas sentía encorvarse su corpanchón más y más, mientras sonaban los azadonazos que deprisa y corriendo abrían la sepultura, con impulso irresistible se arrodilló y mojó de llanto la diestra de don Salvador al besarla; los niños, á su ejemplo, se arrodillaron también, y lo mismo hicieron las humildes mujeres, que adaptándose á la ocasión, propensas de suyo al lagrimear, hicieron funerales inesperados. Los niños, muy sorprendidos, como siempre los ocurre, por la apariencia del muerto, le miraban, abriendo tamaños ojos. Ancita, como atraída por algo, espontáneamente se inclinó sobre el rostro de hielo para acariciarle. No quiso entonces Juanito ser menos.

Con la recomendación de su amigo halló Juan hospitalarios trajinantes que le ahorraron la fatigosa vuelta á la estación, permitiéndole montar con los niños en los carros donde trafican.
triste regreso. El acto de que venía, lo que le e
raba en su casa, el vencimiento, la sal de la

Digitized by Google

disuelta, le tornaban indiferente á la noche espléndida, noche sagrada de verano, cuyo beso fecundo, omnipotente, fascinador, consuma la alianza misteriosa del cielo y la tierra con el nido.

Cuando se despidió de sus compañeros de viaje, á medida que se aproximaba á su hogar crecía la tristeza. Muertos ambos de sueño, llevaba al niño de la mano y á Ancita en hombros, como un San Cristóbal. Cruzó así las calles, viéndolas como si fuesen galerías de camposanto, los faroles lámparas, los transeuntes sombras, el pavimento piedras de sepulcro... ¡Miserere!...

La niña que llevaba Juan en sus hombros se llamaba Esperanza.

FIN

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

		Páginas
CAPÍTULO PRIMERO.	— ¡Cuál gritan esos malditos!...	5
— II.	— Allá va la nave.....	14
— III.	— Dulces cadenas.....	21
— IV.	— ¿Qué es la vida? Una ilusión..	28
— V.	— ¡Ser ó no ser! Planteemos el problema.....	35
— VI.	— ¡Apurar cielos pretendo!.....	42
— VII.	— Esto, Inés, ello se alaba.....	49
— VIII.	— De racional el título se borre—al que nunca en sus obras ha pensado.....	60
— IX.	— Sueños de la noche de Santa Valpurgis.....	67
— X.	— Cosas tenedes el Cid.....	74
— XI.	— Oyó Néstor el bélico tumulto..	80
— XII.	— Santo silencio profeso.....	84
— XIII.	— Por mí se va á la ciudad doliente.....	92
— XIV.	— ¡Cuán otra, Margarita desdichada!.....	101
— XV.	— Conócete á ti mismo.....	108
— XVI.	— A fe, Sancho—dijo Don Quijote—que á lo que parece no estás tú más cuerdo que yo.	116
XVII.	— Primavera, tú eres una carta que yo la escribo.....	126
XVIII.	— El desengaño en un sueño.....	133

Digitized by Google

Páginas

CAPÍTULO XIX. — La verdad sospechosa..... 141
— XX. — Nombráis á Juan Valjean y á Juan Mathieu, y yo no los conozco..... 156
— XXI. — En esto á las voces de Constanza salió á los corredores la Argüello..... 169
— XXII. — Nadie podía consolar á la esposa de Sigfrido..... 179
— XXIII. — Hallaron al rey Lear demente como el mar..... 187
— XXIV. — Explícate, decía, noble Ulises, honor de Grecia..... 208
— XXV. — ¡Vive Dios que me espanta esta grandeza...!..... 219
— XXVI. — El corazón de Ossián está sumido en la noche de su dolor como el sol envuelto en espesa nube..... 231
— XXVII. — Tiempos en que amor solía — colmar piadoso mi afán..... 240
— XXVIII. — Beberé grato licor de fuentes vírgenes y me apresuraré á coger desconocidas flores... 250
— XXIX. — Cuando abrió el sexto sello del libro se volvió negro el sol... 260

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google